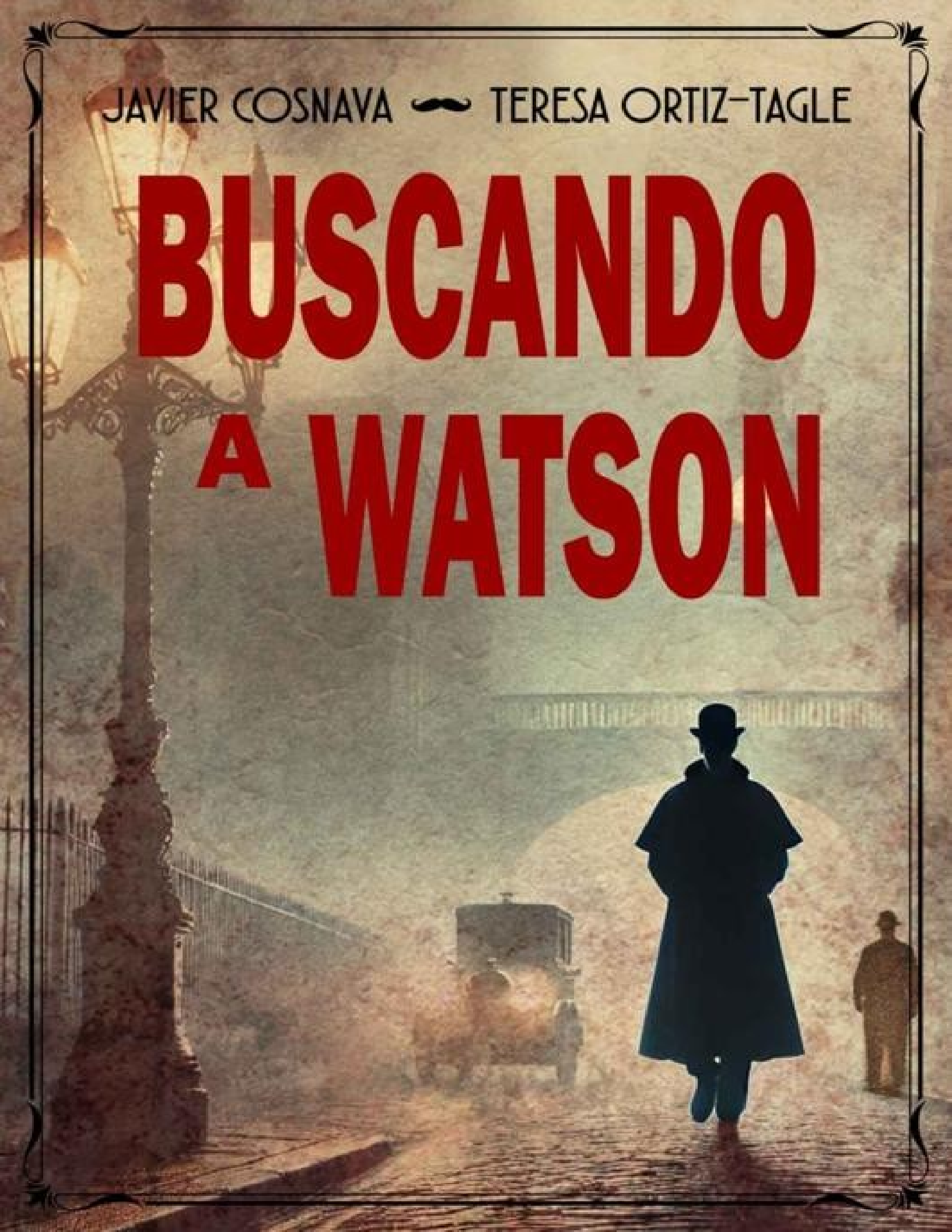
JAVIER COSNAVA — TERESA ORTIZ-TAGLE

BUSCANDO A WATSON



JAVIER COSNAVA / TERESA ORTIZ-TAGLE

BUSCANDO A WATSON
(El falso Sherlock Holmes 1)

Título original: BUSCANDO A WATSON

Por Javier Cosnava / Teresa Ortiz-Tagle

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

«Querido Watson, eres el único punto fijo en este mundo cambiante.»

—Arthur Conan Doyle, *Su último saludo en el escenario* (*His Last Bow,* 1917)

«**Te digo, Watson, con toda seriedad,**
que si pudiera vencer a ese hombre (Moriarty),
si pudiera librar a la sociedad de él,
sentiría que mi carrera habría alcanzado su cumbre
y estaría dispuesto a dedicarme a una vida más apacible.»

—Arthur Conan Doyle, *El problema final* (*The Final Problem,* 1893)

PRÓLOGO

Moriarty interroga a un peligroso asesino

(Diciembre de 1930)

Moriarty no era un criminal cualquiera. Era evidente. Por eso, cuando cruzó la habitación en dirección a Anton, su paso era firme y majestuoso: el paso de quien no necesita levantar la voz para ejercer un poder absoluto sobre sus súbditos.

Avanzó con las manos cruzadas a la espalda. Cada pisada parecía tener su propio eco. El aire mismo parecía plegarse a su paso, como si la habitación se encogiera para dar espacio a un ser superior… a una mente superior.

Anton tragó saliva, aterrado. Y eso era lo extraño. Lo inverosímil. Lo prodigioso. Porque el hombre que Moriarty tenía delante no era de los que se echan a temblar por cualquier cosa.

Y, sin embargo, allí estaba, mirando al suelo, incapaz de sostenerle la mirada.

—No estoy contento contigo, Anton. Nada contento —dijo Moriarty.

—Pero…

—Me has defraudado.

Anton Karst volvió a tragar saliva. Medía un metro noventa y no pasaba desapercibido. Tenía el cabello blanco como la cal y una barba espesa que parecía de alambre, recortada con meticulosidad militar. Dejó atrás los muelles y los astilleros hacía tiempo, pero su rostro seguía oliendo a carbón y a pólvora. Se le veía por los callejones de Whitechapel o por los pasadizos de los muelles desvencijados de South Bank, siempre de negro riguroso, como si guardase luto por el siguiente desgraciado al que iba a arrancar de este mundo.

No hablaba mucho. Dirigía diversas operaciones para Moriarty con la misma precisión que un almirante de guerra, solo que su campo de batalla eran las tabernas clandestinas y los almacenes donde se manipulaban armas o se destilaba alcohol ilegal.

A los cuarenta y cinco años, su reputación era ya leyenda: se sabía que había empezado como matón de burdel en Hamburgo. Siendo apenas un niño, partió la mandíbula de un proxeneta con un mazo de carnicero, y en su primer año en Londres había hecho

desaparecer a tres recaudadores de deudas con métodos que nadie se atrevía a describir.

Fue uno de los primeros en traer aguardiente del Báltico sin pagar impuestos, el cual vendía a precio de oro en los clubs privados del Soho. Pero eso era solo una línea más de un negocio más vasto: extorsión, apuestas ilegales, venta de revólveres a pandillas del East End, chantajes a políticos menores y control de los accesos a los túneles subterráneos de Londres.

Karst era el último vestigio de un orden brutal, anterior a la policía moderna, anterior a las normas y a la civilización. Algunos decían que incluso Scotland Yard prefería no cruzarse en su camino. Porque la ley de Anton no se escribía en papel; se tallaba a puñetazos en la carne de quien osaba contradecirle. No alzaba la voz ni advertía con gestos. Cuando alguien cruzaba la línea (una palabra mal dicha, una traición real o posible), simplemente actuaba. La violencia no era su recurso: era su lenguaje.

En una ocasión, un contrabandista de Pimlico llamado Harris intentó abrir su propio negocio de alcohol en Dover, evitando los depósitos que Karst controlaba. Aquella misma semana, Harris apareció en su propio almacén colgado de los tobillos, como una res. Le habían roto todos los dedos de ambas manos, y en su pecho, grabadas con un cuchillo, aparecían las palabras: "NO SEGUÍ LAS REGLAS".

Nadie volvió a tocar una botella de licor sin permiso de Anton Karst.

Con los que eran "de su bando" no era más benévolo. Si alguien le fallaba en un encargo, no había segundas oportunidades. Un tipo apodado Billy el Zurdo desapareció tras perder una valija con dinero sucio en una redada. Días después, encontraron su cabeza flotando en el Támesis.

Así era Anton. No rugía, no amenazaba, no discutía. Y, sin embargo, cada palabra que decía era un veredicto. Y cada veredicto, una condena. En su mundo, eso bastaba.

Pero a él no le bastaba… no para enfrentarse a su amo.

—Per-per-done, señor Moriarty —tartamudeó Anton—. Yo… es que…

Su interlocutor frunció el ceño. Nadie en los bajos fondos conocía su verdadero nombre: James Smith. Aquel era un nombre demasiado común, y moverse en el mundo de los negocios turbios con un nombre así habría sido como pintarse la palabra "mediocre" en la frente. Así que eligió ocultarse a plena vista: tomó para sí el apodo del archienemigo de Sherlock Holmes en los relatos de Conan Doyle. Moriarty le pareció un buen apodo, sonoro, apropiado. Casi como un homenaje.

—Yo te perdono, Anton —dijo, con voz aterciopelada—. Siempre he confiado en ti. Te di un puesto preeminente en mi organización porque pensé que eras el mejor. Nunca fallabas. O no lo hacías… hasta ahora.

Moriarty suspiró.

—Pero ya sabes cómo es esto. Llevo un negocio. Y hay otros como tú. Hombres que codician tu territorio, que susurran cosas en mi oído con la esperanza de sustituirte si caes. Y no me gustaría tener que darles la razón.

Los ojos del gigante brillaron de rabia y de miedo.

—No tienen razón. No la tienen. No hay nadie más duro que yo. Esto es una racha de mala suerte. Ese hombre… ese maldito siempre se me adelanta. Pero voy a matarle. Personalmente. No volverá a interponerse en mi labor. Se lo juro.

Ya le había hablado antes de él. Un entrometido que desde hacía meses saboteaba sus operaciones. Había frustrado un envío de alcohol destinado a los clubes privados más allá de Oxford Street. Había logrado que arrestaran a dos de sus hombres por asesinato y extorsión. Una vez, incluso, había interceptado una entrega de armas cortas en Camden, destinada a gente del IRA. Nadie sabía cómo lo había descubierto. Estaba en todas partes. Y parecía imposible de detener.

—Dices que vas a acabar con ese intruso —murmuró Moriarty, sirviéndose una copa—. Pero no me has dicho su nombre.

Anton se removió en el asiento. Quiso hacerse el tonto, pero Moriarty se había dado cuenta de que ocultaba algo.

—El nombre es lo de menos, señor Moriarty. Lo importante es que pronto estará muerto y…

—¿Cómo se llama?

—Bueno…

—Anton. Su nombre. Ahora.

El gigante bufó, atrapado.

—Se llama… se hace llamar Sherlock Holmes.

Moriarty enarcó una ceja. Y, por un instante, solo por un instante, esbozó una sonrisa. Un tal Holmes que se enfrenta a la organización de un tal Moriarty. Para morirse de risa.

—Cuéntame más —dijo Moriarty. Sus ojos se clavaron en Anton con la fuerza de un bisturí.

—Es raro. Raro de verdad —empezó el gigante, frotándose las manos como si quisiera borrar la culpa de sus dedos—. Parece que…

Se detuvo un momento. Moriarty esperó. Anton se frotó la nuca y dijo:

—Parece que Arthur Conan Doyle, el hombre que creó a Holmes, dejó escrito antes de morir hace unos meses, en su testamento, que todas las cartas que los fans le enviaran a Sherlock pidiendo ayuda, cartas reales, de gente real, debían ser redirigidas a ese hombre.

Moriarty entrecerró los ojos.

—¿Estás diciendo que un falso Holmes recibe las súplicas de justicia de media Inglaterra porque Arthur Conan Doyle así lo quiso?

—Eso digo. Y no solo Inglaterra. Le escriben a Holmes desde Escocia, Irlanda, América y toda Europa. Hay días en que llegan varias bolsas con cartas a su casa.

Qué maravilla, se dijo Moriarty. Era aún más gracioso de lo que había pensado de inicio: un falso Moriarty enfrentado a un aparentemente falso Holmes… aunque tal vez no fuera falso del todo.

Y entonces dijo:

—¿Crees que podría ser el verdadero Holmes? Porque si Doyle dejó eso escrito, si realmente dispuso que esas cartas se le enviaran… ¿quién te dice que no sea el verdadero? O al menos alguien que

recibió el encargo de serlo. Porque casi estamos ya en 1931, y Holmes, de existir desde la época en que le dio vida el escritor, debería tener… ¿cuánto?, ¿ochenta años?

—No sé quién es en verdad —admitió Anton—. Lo que sí sé es que no tiene ochenta años. Cuarenta y muy pocos, diría yo. Pero sea quien sea, actúa como si realmente fuera Sherlock Holmes. De entre las cartas que le envían, escoge los casos más complejos, los que están lejos de su casa, en la otra orilla del Támesis. Se suele mover justo en mi zona: South Bank, Lambeth, Borough… Ahí es donde se mete. Al menos de momento. Es como si estuviese comenzando con su carrera de investigador y no quisiese trabajar demasiado cerca de lo que conoce. Quiere enfrentarse a retos y dificultades lejos de donde se siente cómodo. Yo hice algo parecido cuando llegué a Londres y quise hacerme un nombre en los bajos fondos.

—¿Y trabaja solo?

—Con Watson, como en los libros. O con varios Watson, en realidad.

—¿Varios Watson? ¿Qué significa eso?

—Lleva tiempo buscando a un tal John H. Watson —dijo Anton—. No debe saber quién es en realidad el hombre que busca, solo debe saber su nombre… o parte de él. Lo curioso es que ya ha contactado con varios. Tres, que yo sepa: John Harold Watson, John Hamilton Watson y John Horace Watson. Los atrae, los convence o los contrata… y luego los despide. Ninguno le ha durado más de dos meses.

Moriarty no dijo nada, pero ladeó la cabeza, un gesto de concentración y acaso de asombro. Anton se inclinó hacia un portafolios de cuero ajado, sacó un periódico doblado en cuatro y lo dejó sobre la mesa.

—Lo vi esta mañana. The Times. Página siete. No es una broma.

Moriarty desplegó el periódico con cuidado, como si se tratara de un manuscrito antiguo. El anuncio, encuadrado con una sobria línea negra, decía lo siguiente:

SE BUSCA A JOHN H. WATSON
Edad entre 30 y 55 años.
Veterano del ejército y del cuerpo >médico.
Imprescindible lealtad, sentido de la observación y mente abierta >.
Ofrezco residencia compartida y participación en la resolución de los más complejos enigmas contemporáneos.
Mandar respuesta a 221B Baker Street , Londres.

Cuando acabó de leer, Moriarty no habló durante unos segundos. Sus ojos estaban clavados en el papel, pero su mente ya iba mucho más lejos.

—Este asunto es… increíble —murmuró, como si se lo dijera a sí mismo—. Creo que, al fin, he encontrado un rival digno de mi intelecto o, al menos, una historia lo bastante interesante como para merecer mi tiempo.

Se alzó. Caminó un par de pasos por la sala. Se detuvo. Se volvió.

—Ah, Anton… —murmuró Moriarty, sin rastro de odio en la voz, casi con lástima—. Por muy extraordinario que sea ese Holmes, no puedo pasar por alto tus errores de estos meses.

El movimiento fue rápido. Preciso. Letal. Alargó la mano derecha y, con un giro limpio de muñeca, cortó la carótida del gigante con una navaja plegable que había aparecido de la nada. Anton ni siquiera alcanzó a gemir. Cayó al suelo como un saco roto, las piernas pataleando por puro reflejo, mientras la sangre manaba en borbotones oscuros y calientes sobre el suelo mugriento.

Moriarty dio un paso atrás para no salpicarse.

—No puedo mostrarme débil con mis subordinados —dijo, contemplando el cuerpo convulso con expresión serena—. No es bueno para el negocio. Mis otros… "trabajadores" acabarían por no tenerme respeto. Me robarían a la primera oportunidad o me delatarían. Lo entiendes, ¿verdad?

Anton ya no se movía. El charco crecía.

—Me entiendes, lo sé. Siempre fuiste un buen sirviente. Pero no lo bastante listo. Y yo prefiero mil veces a un traidor que a un tonto. A los traidores se les puede usar. Puedes anticipar cuándo te venderán, incluso sacarles provecho antes de eliminarlos. Pero a un tonto… —bostezó— nunca sabes qué error va a cometer, qué desgracia puede atraer sobre ti. Nunca estás a salvo si te rodeas de idiotas.

Limpió la navaja, la guardó, se ajustó el abrigo y se dio la vuelta.

—Porque cuando viste que te enfrentabas a un rival de un intelecto superior al tuyo, tendrías que haberme llamado el primer día —dijo, sin girarse—, en lugar de fracasar una y otra vez, aferrado a tu arrogancia de matón de taberna.

Salió de la habitación con paso firme. El edificio era uno de esos hoteles baratos de King's Cross, con paredes finas, olor a humedad y huéspedes que no hacían preguntas. En el pasillo, una bombilla colgaba desnuda, parpadeando.

—No soporto a los idiotas —murmuró al pasar junto a una pareja de borrachos dormida en las escaleras.

Ya en la calle, se detuvo un instante. Miró a su alrededor. Vagabundos, mendigos, prostitutas con cara de sueño, hombres grises que salían de turnos eternos por sueldos miserables. Idiotas y perdedores por todas partes.

—No soporto a toda esta gentuza —repitió, con calma.

Entonces bostezó de nuevo, abriendo mucho su boca. Y luego dijo:

—Pero, por suerte… parece que ahora tengo la ocasión de tratar con alguien distinto. Será un descanso… tras tanta mediocridad y estupidez.

Y entonces Moriarty, el Napoleón del crimen, se perdió entre la niebla de Londres.

LIBRO PRIMERO

EL CASO DE LA MUJER ENAMORADA

(Marzo de 1931)

1
EL WATSON NÚMERO CUATRO

—En el año 1915 obtuve mi grado de Medicina por la Universidad de Edimburgo, y al poco tiempo fui destinado, tras el correspondiente curso en Aldershot, como médico militar en el *Royal Army Medical Corps*, más conocido por sus siglas: RAMC. Apenas había completado el entrenamiento cuando fui enviado al frente occidental, en plena carnicería de Ypres, donde aprendí más de anatomía humana por culpa de la metralla que en todos mis años de estudio. Serví con distinción, aunque no con suerte, durante dos años, hasta que una explosión me dejó sepultado bajo escombros durante horas. Sobreviví, pero arrastro desde entonces una ligera cojera (solo visible para mí mismo) y un insomnio persistente.

«Recuperado parcialmente, solicité el traslado a otro frente. Me destinaron primero a Palestina, donde acompañé al 10.º de Húsares durante la ofensiva hacia Jerusalén. Más tarde, en 1919, fui enviado a la frontera afgana, en calidad de observador médico en misiones de contrainsurgencia. Aquellas tierras (piedra, polvo y sangre) me mostraron una violencia diferente, más silenciosa, más íntima. Aún conservo cicatrices de ambas guerras, visibles e invisibles.

«Al regresar finalmente a Inglaterra, tomé un tren hasta Surrey, donde aún quedaba en pie la antigua casa familiar. Había perdido la costumbre del hogar y el gusto por las conversaciones triviales. No tenía parientes cercanos ni afectos estables. Mi propiedad era modesta, a las afueras de Guildford, medio oculta por los setos crecidos y los árboles sin podar. Al llegar, encontré las tejas ladeadas, la verja oxidada y un aire de abandono que parecía anterior a mi ausencia. Dormí allí algunas semanas, sin más compañía que el viento y las ratas del granero. Hace unos meses la vendí. Por poco, pero me basta de momento para subsistir. Y sin dirección clara, comencé a ir de un lado a otro, como tantos otros veteranos sin nombre.

«Ahora vivo en una pensión en Highgate Village. Nadie me conoce allí. Y, a decir verdad, yo tampoco reconozco el mundo al que he regresado.

«Fue en ese estado (falto de rumbo y de propósito) cuando ayer

mismo vi su anuncio en el periódico. No sé por qué me detuve a leerlo. Quizás por el nombre de la persona que buscaba. Quizás por el tono de las palabras. Quizás fuera el destino.

«Y bueno… aquí estoy.

Holmes me miró largamente. No con desconfianza, sino con esa especie de escrutinio tranquilo que uno imagina en un astrónomo observando una estrella antigua. Me había estrechado la mano con firmeza y me había interrogado sin que lo pareciese. Una frase tras otra, una pregunta disfrazada de comentario. Sin cruzar la línea de la cortesía, fue llevándome a contarle (casi sin darme cuenta) a grandes trazos mi vida, desde la trinchera hasta la pensión donde había pasado la noche anterior. No supe en qué momento dejé de responderle y empecé simplemente a hablar.

Estábamos sentados en su salón. O, para ser más preciso, en el salón de la casa que él llamaba su 221B de Baker Street. Y era cierto. El número estaba en la puerta de la calle; en pequeño, casi imperceptible, debajo del número real. La distribución de la vivienda era la esperada: la escalera de madera, el pasillo angosto, el salón lleno de papeles, libros y otros objetos citados en las novelas. Pero ambos sabíamos que el 221B real no existía como dirección habitable. Aquel número, en 1931, pertenecía a la *Abbey Road Building Society*, una compañía de seguros que ocupaba buena parte de la manzana, de los números 215 a 229. Los despachos administrativos se alzaban en lo que un día pudo haber sido una residencia, y aunque muchos fanáticos seguían enviando cartas allí, nadie podía vivir en el lugar donde se alzaba la casa de Holmes en los escritos de Arthur Conan Doyle. Sencillamente, nunca existió.

Por eso, Holmes había escogido esta alternativa: una calle vecina, de numeración similar, a menos de dos minutos a pie de la Baker original. Había reconstruido el interior como si cada rincón obedeciera a una ilustración de *The Strand Magazine*.

Pero lo más desconcertante no era el decorado, ni los objetos cuidadosamente dispuestos, ni el violín que descansaba sobre una silla (aunque jamás le vi tocarlo). Lo más desconcertante era él. Su forma de habitar ese espacio. La manera en que se movía con una

familiaridad que no parecía construida, sino innata. Como si el cuarto, el número y el nombre hubieran estado esperándolo desde siempre.

Y así, cuando terminé de hablar, cuando dejé de contarle mi historia y lo miré en silencio, me pareció que no estaba ante un actor, ni ante un excéntrico, sino ante un hombre que, sencillamente, había decidido ser quien decía ser. Y que lo había logrado.

—¿Me considera un buen candidato? —dije de pronto—. Para ser Watson, me refiero. Bueno, ya soy el doctor Watson, pero no sé si soy… su doctor Watson.

Nunca he sido amigo de rodeos. Me entrenaron para curar a los enfermos, no para conversaciones de salón.

Holmes no respondió al instante. Solo meneó la cabeza muy levemente, como quien sopesa dos opciones, ambas plausibles.

—Al menos —dijo al fin—, es sincero y honesto.

—¿Y cómo lo sabe? —pregunté. Lo hice sin desafío, con una curiosidad real.

Mi interlocutor no me miró directamente.

—Su maletín, doctor Watson —dijo—. Cuando lo ha colocado junto a su silla, asomaba una correa cruzada: el extremo de un cinturón de un oficial de Su Majestad, el *Sam Browne*, la hebilla todavía brillante. Nadie cuida así un viejo cinturón si no valora la disciplina hasta en los gestos más triviales; y la disciplina es la hermana mayor de la sinceridad.

Guardó silencio un segundo, luego prosiguió.

—Asomaba también del maletín su número de servicio. Y una estampa: "RAMC. 1927". El año de su último ascenso, si no me equivoco.

—Así es.

—Luego están sus botas. Modelo 1914. Antiguas, pero en buen estado. Se hallan perfectamente lustradas, aunque con barro seco en la suela. Un barro espeso, grisáceo. Supongo que ha caminado hasta aquí desde su pensión. Me he fijado en el cuero retintado, en

los clavos de acero que repiqueteaban sobre mi entarimado. No las ha cambiado porque carezca de medios, sino porque son un talismán de su pasado en los hospitales de campaña. La lealtad a un objeto tan modesto revela una mente que rehúye la impostura.

Los ojos de Holmes se posaron entonces por fin en mí.

—Y, por último, el detalle más elocuente. Cuando se ha inclinado para dejar el abrigo en el perchero, he visto el revólver colgado de su axila. Un *Webley Mk VI*. Cañón ligeramente oxidado en la boca, pero el martillo limpio. No lo lleva por vanidad. Lo lleva por costumbre. El detalle de la chapita en la culata ("S.B. Depot — 1928") me dice que fue inspeccionado antes de su licencia definitiva. Un hombre común habría preferido una pieza más vistosa, un arma más moderna, pero usted lleva esa reliquia con la naturalidad de quien no teme que le juzguen.

Se inclinó ligeramente hacia mí, con algo parecido a una sonrisa.

—Todo lo que he visto me dice que usted es un veterano, un hombre de orden que ama la disciplina y viejos valores como la lealtad, que no abandona a un objeto que le ha servido bien, mucho menos a una persona.

Se reclinó en el sillón.

—Así pues, en respuesta a su pregunta, le diré que aún no sé si es un buen candidato. Pero, sin duda, es… un buen hombre y una persona de fiar. Y eso, hoy día, es raro. Muy raro.

Sus palabras me impresionaron más de lo que quise mostrar. Estuve tentado de decirle que, fuese yo o no el acompañante adecuado para las investigaciones que quería emprender, él ya se comportaba como un Holmes digno de ese nombre. Pero no lo hice y me quedé callado, a la espera de acontecimientos.

2
MARY-BELLE SHORE

Pasaron los días, y comencé a visitar con frecuencia la casa de Holmes. No siempre por un caso, ni siquiera por una razón concreta. Simplemente… me sentía a gusto allí. Aún no era oficialmente "su nuevo Watson", pero hablábamos mucho. A veces de crímenes pasados, también de literatura y, en ocasiones (las menos), de nosotros mismos. Holmes tenía una manera extraña de conversar: al principio parecía que hablaba para sí mismo, pero poco a poco me iba incluyendo en el torrente de sus pensamientos.

Aunque, a veces, parecía absorto, en otro mundo. En esas ocasiones, apenas me hablaba y se dedicaba a leer.

La biblioteca de Holmes era una mezcla de orden obsesivo y caos meticulosamente seleccionado. Los lomos desgastados de *Martineau's Treatise on Moral Philosophy*, *The British Pharmacopoeia* de 1928 y una edición ya deshojada del *Manual de toxicología aplicada* de Taylor descansaban en los estantes superiores, mientras que cerca de la ventana, a mano, se alineaban las obras de referencia que Holmes consultaba a diario. Entre ellas, un ejemplar encuadernado en tela verde oliva destacaba por su aspecto pulcro y reciente: el *Bradshaw's Monthly Railway Guide*, recién llegado por correo, todavía con el envoltorio rasgado en el suelo.

Cuando no me incluía en sus pensamientos, yo también leía, o paseaba por la habitación o, sencillamente, dejaba pasar el tiempo. De cualquier forma, regresaba al día siguiente.

Fue durante una de esas visitas, una en la que llegué con retraso, que conocí a Mary-Belle Shore.

Ella apareció al caer la tarde, al salir de su trabajo como secretaria en la *Abbey Road Building Society*. Traía en dos bolsas de tela las cartas del día, perfectamente ordenadas. Era increíble cuántas personas escribían a Holmes desde todas las partes del mundo.

Recuerdo que aquel día nos fuimos los tres a Regent's Park, que no quedaba lejos, en el extremo norte de Baker Street. Caminamos por el parque, entre las estatuas, junto al lago artificial, y hablamos de asuntos tan dispares como la prensa, la política o los caramelos de menta que Mary-Belle adoraba.

La relación entre nosotros se fue afianzando con una naturalidad que me sorprendió. No tuvimos que esforzarnos: sencillamente, éramos un trío de amigos muy bien avenidos.

—Hoy hay nada menos que ochenta y seis cartas —nos dijo una mañana Mary-Belle, dejando caer un puñado de ellas sobre la mesita del salón.

—Hoy cien —anunció otra tarde, más asombrada que cansada por el peso de los fardos.

Yo me entusiasmé ante aquellas cifras. Me parecía algo prodigioso e incomprensible. No lo decía abiertamente, claro (uno aprende a ser discreto con Holmes), pero no podía evitar lanzar ciertas indirectas cada vez que el montón crecía sobre la mesa.

—Sin duda hay algo interesante en ese montón —murmuré cierto día, casi como quien piensa en voz alta, mientras revolvía el té.

Holmes no contestó. Se limitó a lanzarme una mueca de indiferencia. Mary-Belle, en cambio, me apoyó.

—Yo creo que el misterio más interesante está en la carta número doce —dijo, hojeando el fajo—. O tal vez en la treinta y cuatro. Un robo de joyas y un posible asesinato.

—Banalidades —respondió Holmes.

Yo me sumé entonces al juego, tratando de convencerle.

—Piénselo, Holmes. Hay gente que escribe desde Yorkshire, desde Brighton, incluso desde Marsella. ¿No le parece un poco arrogante desecharlas todas sin siquiera leerlas completas?

—No —respondió él, seco, aunque sin acritud—. Lo arrogante sería pretender que mi tiempo puede desperdiciarse en sospechas sin fundamento y acusaciones vagas.

Mary-Belle soltó entonces una risa suave, pero no abandonó.

—Y si una de esas "sospechas sin fundamento" esconde algo real, ¿no sería usted el arrogante por no reconocerlo?

Holmes alzó la mirada. La observó un segundo más de lo habitual, luego dejó la pipa sobre el platillo.

—Si uno de esos lamentos esconde algo real, lo sabré. No porque me lo pidan ustedes, sino porque lo deduciré. La diferencia es

importante.

—Por supuesto —replicó Mary-Belle, divertida—. Solo que, mientras tanto, John y yo vamos a seguir apostando por la carta número doce.

—Yo digo la treinta y cuatro —añadí.

—¡Oh, no, me ha traicionado! —dijo Mary-Belle entre risas—. Pensé que me apoyaría.

Holmes no dijo nada en ese momento. Tomó una carta al azar, la abrió y comenzó a leer. Pero la comisura de sus labios se curvó con desagrado.

—Banalidades —repitió, lanzándola al montón.

—¡Vamos, Sherlock! —dijo Mary-Belle.

Era una mujer joven y atractiva, de unos veinticinco años. Llevaba el cabello castaño recogido en un moño alto, siempre impecable. Su figura esbelta y sus ojos azules, vivaces, hacían que pareciera siempre en movimiento, incluso cuando estaba sentada. Pero era su sonrisa lo que más destacaba: cálida, sin afectación, de esas que invitan a hablar.

Aunque aquella sonrisa no hacía mella en Holmes, que añadió:

—Problemas domésticos, perros desaparecidos, parientes sospechosos… trivialidades y… una vez más… banalidades.

Pero incluso entonces, había algo en su gesto que sugería que seguía buscando. Como si supiera que, entre todo ese ruido, una nota diferente estaba a punto de sonar. Y él quería estar presente cuando lo hiciera.

Y por fin, lo hizo. Fue la carta número veinticinco de un martes a finales de marzo, un día nublado y húmedo como tantos en Londres. Mary-Belle depositó las cartas sobre la mesa y Holmes pronto cogió una de ellas.

—Caligrafía interesante —comentó Holmes.

El sobre era blanco amarillento, rugoso al tacto. El remitente, escrito en letra pequeña y temblorosa: *B. Moran*, y unas señas de Sydenham. Holmes lo abrió sin ceremonia, desplegó el papel. Yo me incliné ligeramente. Mary-Belle se apoyó en el respaldo de una silla.

Y entonces, Sherlock leyó:

Señor Holmes:

No sé si esto es el modo correcto. No he escrito nunca a alguien como usted. No sé si me creerá, pero mi hermana Clara… en fin… todo empezó con su marido. Él desapareció. Se dijo que se había marchado, que tenía deudas, pero Clara nunca lo creyó. Yo tampoco. Y hace cinco noches, ella, mi pobre hermana… no regresó a casa.

Lo de su marido… no… no fue una simple desaparición. No fue eso. La gente dice muchas cosas, pero Clara sabía algo. La vi nerviosa, mirando por encima del hombro, como si esperara que alguien apareciera. Me dijo que "él" la había escrito. Que "el asesino" se había puesto en contacto con ella.

Yo no sé a quién se refería. Ella no me lo dijo, o no se atrevió. Pero tenía miedo.

Señor Holmes, no sé a dónde más acudir. Por favor. Clara es lo único que tengo.

Ayúdeme.

(Miss Bastianne Moran)

Cuando Holmes terminó de leer, dejó el papel sobre la mesa. El silencio que siguió fue breve, pero revelador.

—Ah —dijo al fin, con un brillo distinto en los ojos—. Esto es otra cosa.

Dio un pequeño bote en su asiento y se puso en pie. Mary-Belle aplaudió suavemente.

—Nunca le había visto así —susurró—. Le he visto aceptar otros casos, pero reaccionó de una forma más mesurada.

Porque Holmes caminaba de un lado a otro de la sala, su silueta proyectada contra las cortinas. Avanzaba tan rápido que era como si bailase, como si estuviera entregado a una danza loca, circular, arrebatada…

—Esa mujer está nerviosa, sí —dijo Holmes, deteniéndose de improviso—. Confusa, pero su preocupación es genuina. En esa carta hay verdad, aunque ella no sepa cómo contarla.

Se detuvo frente al escritorio. Me miró:

—Mande un telegrama urgente a la señorita Moran. Dígale que la espero mañana. Hoy mismo, si lo prefiere. Cuanto antes.

Y así, sin mayores preámbulos, comenzó el caso de la mujer enamorada.

3
CICLOS CRIMINALES

Recuerdo que estábamos esperando la llegada de la señorita Moran.

Holmes parecía inusualmente inquieto. Paseaba de un lado a otro del salón, las manos enlazadas a la espalda, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Cada pocos pasos se detenía, examinaba distraídamente un objeto, movía un papel de sitio, encendía y apagaba su pipa.

Levanté la vista del periódico al notar de pronto su ausencia.

—¿Holmes? —pregunté.

Me levanté del sillón y lo encontré en la habitación contigua. Era una estancia vacía, sin muebles… bueno, no estaba vacía del todo, porque las paredes estaban infestadas. Allí, cientos de notas, recortes de prensa, mapas de calles y nombres escritos a mano colgaban sujetos con alfileres y chinchetas. Cada muro de aquella estancia parecía tener su especialidad: fraudes bancarios al norte, robos de arte al este, crímenes políticos al sur. Pero la pared más alejada de la puerta (y la que Holmes miraba ahora con intensidad) estaba dedicada en exclusiva a un único nombre: Moriarty.

—¿Otra vez aquí? —dije, aproximándome.

Mi amigo solía perderse durante horas entre aquellas paredes llenas de papeles. Parecía un alquimista frente a su laboratorio, buscando transmutar la confusión en claridad.

Holmes no se volvió.

—¿Le he hablado alguna vez de los ciclos criminales, Watson?

—Creo que no —admití. Me había hablado de muchas cosas, pero aquel concepto me era desconocido.

—Todo en el crimen ocurre en ciclos —continuó—. Mire: en el siglo XVIII, Jonathan Wild fue el amo secreto de Londres. Organizó redes de ladrones, revendió objetos robados y manipuló la justicia en su favor. Cobró su porcentaje, reinó en la sombra… hasta que la cuerda se rompió.

Se apartó ligeramente, permitiéndome ver mejor las líneas que unían recortes de distintas épocas.

—Luego llegaron Charles "Darby" Sabini, Billy Kimber, Edward Emmanuel y Alf Solomon. Nuevos criminales que protagonizaron sus propios ciclos perversos. Y la vieja rueda sigue girando, Watson: poder oculto, avaricia organizada, violencia dirigida con precisión de cirujano. Lo que creemos nuevo no es más que el eco de algo antiguo.

Me miró fijamente.

—Moriarty reina ahora en Londres. Ya me he enfrentado a él en varias ocasiones. A sus lacayos, al menos. Y, como sé que acabaré de nuevo por combatirle, nunca pierdo de vista esta pared llena con recortes de casos, ideas, pistas…

Se acercó de nuevo a la pared y, con un alfiler rojo, fijó un recorte de prensa que acababa de añadir.

—"Anton Karst hallado muerto" —leí en voz alta, acercándome.

La noticia hablaba de uno de los hombres más temidos de los bajos fondos londinenses. Su cuerpo había sido rescatado del Támesis, tras pasar un tiempo aún indeterminado sumergido en las aguas heladas. Estaba en un estado avanzado de descomposición, pero pudo ser identificado por los tatuajes que cubrían sus antebrazos: un as de espadas y una serpiente enroscada. La causa de la muerte había quedado clara: degollado con precisión quirúrgica.

—¿Quién era ese Karst? —pregunté, incapaz de ocultar mi interés.

Holmes no apartó los ojos de la pared.

—Uno de los hombres de Moriarty —dijo—. Su mano derecha, creía yo. Aunque, como ve, tal vez me equivocaba... o tal vez mi enemigo no tiene reparos en cercenar a sus propios aliados cuando lo considera necesario.

Añadió con una media sonrisa:

—¿Conoce la cita bíblica, Watson? "Si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo lejos de ti". Parece que, al Napoleón del crimen, el bueno de Anton Karst dejó de serle de utilidad o cometió algún error que, siguiendo la cita del Antiguo Testamento, le escandalizó. Probablemente, el que yo le derrotase en un par de ocasiones.

—Vaya —murmuré, tocándome instintivamente el costado donde

reposaba mi revólver bajo la chaqueta—. Ese hombre parece peligroso. Pero si nos encontramos con él, estaré preparado.

Holmes dejó escapar una breve risa.

—No creo que Moriarty cometa el error de exponerse al alcance de un arma, ni siquiera la suya, que, por su historial, infiero que debe ser certera.

—Todos cometemos errores. También ese Moriarty —dije, encogiéndome de hombros.

—Este hombre no —replicó Holmes con gravedad—. Además, el destino ha querido que me enfrente de nuevo a un Moriarty. Por tanto, no puede ser un rival común, debe ser un hombre complejo y magnífico como el original. O tal vez el mismo Moriarty. Si yo soy Holmes… ¿por qué no habría de ser él mi verdadera némesis?

Asentí, intrigado. Era la primera vez que aludía al misterio de su presencia en el Londres de cuarenta y tres años después del momento en que viera la luz en las historias de Conan Doyle.

—A veces me pregunto, acerca de quién es usted, si acaso…

Holmes me dedicó una mirada retadora.

—No pregunte nada, Watson. Porque no le voy a contestar.

Iba a replicar (porque ya había aprendido que Holmes disfrutaba con mis reacciones tanto como con sus propias deducciones), pero en ese momento sonó la campanilla de la puerta principal.

El eco agudo resonó en el pasillo, cortando nuestra conversación de golpe. Holmes enderezó la cabeza.

—Parece que nuestra cita ha llegado.

Y, dejando de lado toda especulación, nos dirigimos juntos hacia la puerta.

4
BASTIANNE MORAN

La señorita Moran tenía esa clase de belleza que no busca aprobación. De unos cuarenta y pocos, alta, de espalda recta y andar silencioso, sus movimientos tenían la exactitud de un metrónomo. Su cabello, castaño oscuro, caía en una melena pulida que parecía moverse siempre hacia atrás, como empujada por un viento invisible. Los ojos, de un verde grisáceo, tenían una fijeza felina, y su boca delgada, curvada hacia abajo, hablaba más de un hábito que de un estado de ánimo. Sus manos eran fuertes, sin adornos, como el resto de su figura. Vestía con una elegancia sobria pero impecable (y acaso también implacable), como una viuda que ha decidido seguir de luto, no por dolor, sino por estilo. Nadie la recordaba riendo. Nadie quería verla enfadada.

—Pase, señorita Moran —dijo Holmes, con un leve movimiento de la mano.

Ella avanzó con paso firme. Holmes, sin prisa, se dejó caer de nuevo en su butaca y juntó las puntas de los dedos frente al pecho, gesto que yo ya empezaba a reconocer como señal de concentración profunda.

—Siéntese en el canapé —añadió—. Le ruego que se ponga cómoda. Esto puede requerir tiempo.

La señorita Moran obedeció sin titubear.

—Es importante que sea precisa en los detalles —dijo Holmes, inclinándose ligeramente hacia adelante—. En asuntos como este, la verdad se esconde a menudo en matices que otros considerarían insignificantes. No omita nada, por trivial que le parezca.

La mujer hinchó ligeramente el pecho como si se dispusiera a descargar un peso invisible, y luego exhaló el aire con lentitud, midiendo sus palabras antes de soltarlas.

—Estoy muy preocupada. Mi hermana es muy importante para mí —dijo, y su voz llevaba un trasfondo de angustia.

Holmes asintió levemente, sin apresurarla.

—Pero Clara no ha tenido suerte en la vida —continuó ella, bajando ligeramente la vista—. Al principio sí, claro. Se casó joven. Siendo

apenas una niña conoció a un oficial que no la trató demasiado bien. No me dio detalles y nunca lo conocí, pero, cuando acabó esa relación, apareció el hombre de su vida: William Carter. Parecía ser todo lo que una familia podía desear: trabajador, de buenos modales, con un salario fijo en una compañía de exportación. Un esposo perfecto para ella y un cuñado digno para mí.

Se detuvo un momento, como para calibrar nuestras reacciones, pero al ver que Holmes seguía imperturbable, prosiguió.

—Vivíamos juntos en la casa de mi familia, de los Moran, en Sydenham. Es un hogar sencillo, de tres plantas, con un jardín pequeño. Yo ocupaba el ático; Clara y William, la planta principal. Mis padres fallecieron hace ya tiempo y, bien, todo era correcto... en apariencia.

Había algo en su tono que me hizo observarla con más atención. Quise preguntar a qué se refería con aquel "en apariencia", pero permanecí en silencio, dejando que Holmes guiara la entrevista.

—Clara era la luz de esa casa —añadió Bastianne, y sus labios apenas esbozaron lo que en otro rostro habría sido una sonrisa—. Siempre cantando, siempre arreglando flores, siempre con alguna nueva receta que probar.

»¿No es maravilloso vivir todos juntos, hermana? —me decía a menudo—. "Un lugar donde todo está en su sitio y cada día cuenta". Ella veía belleza en la repetición. En preparar el desayuno juntas. En mil pequeñas tareas cotidianas.

Por un instante, su voz pareció quebrarse, pero se recompuso de inmediato.

—Yo nunca sentí envidia —prosiguió—. No soy una mujer inclinada a los celos. No tengo marido ni lo necesito. Pero... era evidente que William y yo no compartíamos la misma afinidad que él profesaba por Clara. No discutíamos, no hacíamos escenas. Simplemente, la cordialidad era forzada. Y con el tiempo, más aún.

—¿Y entonces desapareció?

—Sí. Un día, sin la menor razón, se marchó. Dejó la casa una mañana cualquiera, diciendo que volvería a la hora del té. No volvió.

Ningún aviso, ninguna carta. La policía... bueno, ya sabe cómo son. "Hombres que abandonan a sus esposas no son novedad, señora Carter", le dijeron.

»Yo, en el fondo, sospechaba que nos había dejado. Que había conocido a otra. Pero Clara… ella… nunca quiso creerlo. Siempre mantenía encendida la lámpara de la entrada, como si fuese a aparecer cualquier noche.

Se detuvo. Holmes tenía los ojos clavados en ella, expectantes.

—Continúe, señorita Moran —dijo con suavidad.

—Pasaron los meses. Luego los años. Cinco años en total.

»Clara no rehízo su vida. Ella decía que seguía casada. Y por eso seguía esperando. Nunca dejó de preparar una tercera taza de té. Nunca dejó de poner en la ventana esa maldita lámpara encendida, como si su luz pudiera guiar a William Carter de regreso a casa.

»Decía que volvería —murmuró Bastianne, clavando la vista en el tapizado del sofá, como si viera otra escena superpuesta—. Que cualquier día, cualquier tarde… abriría la puerta, se sacudiría la gabardina y pediría el periódico.

Se llevó una mano a la sien, pensativa.

—No crea que estaba loca, señor Holmes. No de una manera… clínica, por así decirlo. Pero dejó de ser la misma. Ya no reía como antes. Sus reacciones eran… impredecibles. A veces, en plena conversación, gritaba. O rompía a llorar por algo trivial. Creo que lo amaba con una devoción que rozaba el fanatismo.

Hizo una pausa breve.

—Apenas salía de casa. Solo para hacer la compra o visitar la biblioteca del barrio o alguna librería. Amaba la lectura. Yo… —se encogió de hombros— nunca entendí esa pasión. Nunca he sido amiga de los libros. Así que, poco a poco, Clara y yo nos fuimos distanciando. Nunca tuvimos nada en común.

—Y entonces, un día, recibió una carta —dijo Holmes.

Bastianne se tensó.

—Sí, pero no me permitió verla. La tuvo entre sus manos todo un día. Daba vueltas al sobre, la abría, la releía, como si esperara que

las palabras cambiaran o adquirieran nuevos significados.

»Me miró, y por un instante creí ver verdadero miedo en sus ojos.

»—"Ese hombre sabe la verdad —me confesó.

»—¿Cómo sabes que es un hombre quien escribió la carta? —pregunté, intrigada.

»—"Una mujer daría rodeos, explicaría, pediría disculpas o sería cruel" —me dijo Clara—. "Pero esto… esto es seco. Brutal. Solo un hombre escribiría así."

—¿Pero qué decía exactamente esa carta? —dijo entonces Holmes.

—No lo supe al principio —admitió Bastianne—. No me confió el contenido. Tal vez... tal vez pensaba que yo era en parte culpable. Que con mi desapego, con mi frialdad... empujé a William a marcharse. Y quizá, en su mente, no podía perdonarme del todo. Aunque si estaba muerto y alguien era el culpable de su desaparición, eso significaba que no tenía nada que ver conmigo. Pero Clara dudaba.

Se frotó las manos, nerviosa.

—Y entonces, al día siguiente, hizo lo mismo que William. Dijo que salía un momento. Que volvería a la hora del té.

Bastianne nos miró fijamente, primero a Holmes, luego a mí.

—Eso fue hace cinco noches.

Holmes se inclinó ligeramente hacia adelante, los ojos brillando de concentración.

—Interesante —opinó—. Un marido desaparecido hace cinco años… y una esposa desaparecida hace cinco días.

Se alzó de pronto, como si un resorte invisible lo hubiera impulsado.

—¿Puedo ver la carta?

—Sí. Cuando desapareció, registré su habitación y la encontré en un neceser.

Bastianne metió la mano en su bolso, extrajo un sobre algo arrugado y se lo entregó a Holmes.

—Gracias.

Sherlock tomó el sobre con sumo cuidado. Sacó la carta. Solo había tres líneas escritas:

Su esposo no volverá.
Está muerto y enterrado.
Rehaga su vida, señora Carter.

Holmes leyó el contenido dos veces, sin levantar la vista, los labios fruncidos. Luego miró a Bastianne.

—Tenía razón su hermana —murmuró—. Una mujer habría justificado, explicado o rogado. Esto... es directo. Lacónico. Definitivamente, masculino.

Con la carta aún en la mano, comenzó a caminar de un extremo a otro de la sala, como un león enjaulado, los pasos cada vez más rápidos. Yo estaba acostumbrado ya a aquellos arranques de energía súbita. Holmes se detuvo frente a mí y extendió la mano.

—Watson, eche un vistazo. ¿Qué le sugiere?

Tomé el sobre y lo estudié.

—Matasellos de nuestro barrio, de Marylebone —dije al instante.

—Exacto —asintió Holmes—. Y mire la caligrafía.

—Letras firmes, separadas, ligeras inclinaciones a la derecha —murmuré.

Holmes parecía complacido con mi respuesta.

—¿Lo ve? Cada trazo tiene un equilibrio clásico. La "R" de "rehaga", la "M" de "muerto", y especialmente las mayúsculas... Todas las letras denotan una instrucción caligráfica de primera. El tipo de educación que solo recibe un caballero o alguien instruido, tal vez en gramática antigua, retórica o derecho.

Carraspeó y añadió:

—En suma, no se trata de un criminal cualquiera. Quien escribió esto tiene cultura y estudios.

Caminó de nuevo hacia la ventana.

—Una mente cultivada —dijo—. Pero capaz de emplear su saber para propósitos muy poco cultivados.

Holmes, sin decir palabra, cogió la carta de mis manos, sacó su lupa de mango de marfil y la examinó bajo la luz de la lámpara.

Observó primero el sobre, luego el papel de la carta, pasando de un ángulo a otro como un joyero inspeccionando un diamante. De vez en cuando murmuraba para sí, asentía ligeramente o fruncía el entrecejo. Después se dirigió a una de las estanterías de su biblioteca, rebuscó entre varios volúmenes polvorientos y extrajo un tratado encuadernado en piel oscura.

—Raro, muy raro —musitó mientras hojeaba el índice—. Ajá.

Volvió a la mesa, puso de nuevo la lupa sobre la carta y dijo:

—El papel. Observe, Watson. Tiene un ligero tono azulado, casi imperceptible. No es una casualidad. Este tipo de papel de calidad solo lo produjeron y por un corto espacio de tiempo dos imprentas en Londres: Hargreaves & Sons, aquí mismo, en Marylebone, y Cranleigh Press, en Fitzrovia. Ambas imprentas pequeñas, ambas especializadas en trabajos para notarios y pequeños bufetes de abogados.

Me acerqué un poco más, intrigado.

—De nuevo el barrio Marylebone. No puede ser casualidad. Debió comprar el papel en Hargreaves & Sons.

—Exacto. Es un material caro, selecto, no algo que uno compre en una papelería de barrio. Además, hace tiempo que el papel habitual, el que usa todo el mundo, es de color blanco estándar. El autor de la misiva solo puede encontrar el papel que le gusta en imprentas selectas, donde aún quedan resmas antiguas. A nuestro amigo le gusta "la textura de antes" y escribe todavía con plumín.

Levantó entonces el papel con sumo cuidado, mostrando la esquina inferior derecha.

—Y hay algo más. Mire aquí. ¿Ve esta mancha?

Me acerqué más, pero no vi nada especial.

—Una ligera película de hollín, con trazas de álcali —me explicó—. Ceniza de fotografía. En particular, la que se produce cuando se

revelan negativos de plata.

Abrí los ojos con asombro.

—¿Cómo puede saberlo? —pregunté.

—Porque el hollín común es uniforme. Este tiene motas blanquecinas en su estructura, producto del álcali residual de los baños de fijador mal limpiados. Lo he visto antes, aunque ahora, al igual que sucede con el papel, está en desuso. Creo que nuestro amigo practica fotografía pictorialista, como los maestros de hace medio siglo; revela y quema copias de albúmina que dejan esas trazas alcalinas. Es un romántico, un hombre que vive en un mundo anacrónico.

Se giró entonces hacia Bastianne.

—¿Puedo quedarme con la carta, señorita Moran?

Ella dudó un instante, pero dio su permiso. Holmes tomó el sobre y lo depositó cuidadosamente en una carpeta de archivo de cartón rígido.

—Gracias. Ahora, si me permite, debo trabajar en esto. Le prometo que en cuanto tenga noticias, la haré llamar. Hasta pronto, señorita Moran.

La frialdad con la que la había despedido no pasó desapercibida. Holmes, a menudo, estaba más interesado en el misterio que en las personas que lo suscitaban. Y también, a menudo, no lo disimulaba. Bastianne se irguió, visiblemente ofendida.

—¿Y cuándo será eso?

Holmes repuso, con la máxima cortesía de la que fue capaz:

—Lo antes posible. Adiós.

Se inclinó en señal de despedida. Bastianne, tras una breve vacilación, se marchó.

Cuando se cerró la puerta, Holmes se dejó caer en su butaca, encendió su pipa con una cerilla y, tras un par de caladas meditativas, dijo:

—Esto, amigo mío, es un misterio de al menos dos pipas. Ahora debo pensar. No me moleste.

Me acomodé en mi sillón, dispuesto a esperar.

Sabía que las mejores deducciones de Holmes solían llegar envueltas en humo.

5
PRIMERAS PESQUISAS

—¿Qué buscamos exactamente, Holmes? —pregunté por tercera vez, alzando la voz para hacerme oír por encima del tráfico.

El detective caminaba deprisa, con las manos entrelazadas a la espalda, su gabán largo ondeando tras él. Mary-Belle y yo le seguíamos como podíamos, zigzagueando entre los transeúntes del barrio de Marylebone. La joven había llegado a la casa con nuevas cartas en la mano, justo cuando estábamos a punto de salir. Al enterarse de que íbamos a investigar un caso, había pedido acompañarnos. Holmes se había limitado a encogerse de hombros, un gesto que todos interpretamos como una aceptación silenciosa.

Sin embargo, ni Mary-Belle ni yo sabíamos realmente cuál era nuestro papel en la expedición. Holmes se detenía de pronto frente a una tienda, examinaba su letrero, se desplazaba velozmente hasta la siguiente esquina, recorría la acera a grandes zancadas, guiado por esos arranques de energía que me habían fascinado desde el primer día.

Era ya la tercera vez que le preguntaba sin obtener respuesta.

—Holmes, ¿podría darnos una pista sobre el objeto de esta caminata? —insistí, mientras nos abríamos paso entre un grupo de oficinistas.

Finalmente, a la cuarta, decidió responder.

—¿No es evidente, Watson? —dijo, deteniéndose de golpe—. Nuestro hombre escribió una carta a Clara Carter y la dejó en la oficina de correos de Marylebone.

Señaló hacia nuestra izquierda, donde se alzaba la fachada oscura del edificio de correos.

—Compró el papel azulado en Hargreaves & Sons —añadió, indicando hacia la derecha—. Y sabemos que es un hombre culto, seguramente un lector voraz. Así que buscamos una tienda de libros, un comercio entre esos dos puntos al que creo que acude habitualmente. Allí encontraremos a alguien que pueda reconocerlo. Los libreros tratan de entablar cierta amistad con los clientes para aconsejarles los libros que necesitan. Un empleado de una tienda de

comestibles, o de una imprenta (como hemos tenido la ocasión de comprobar), puede no reparar en él, pero un librero… bueno, hablamos de un observador, como yo, del alma humana. Estoy seguro de que podrá decirnos mucho más de nuestro sospechoso.

Ya habíamos visitado, en efecto, Hargreaves & Sons. El dependiente, un joven de cara pálida y gafas demasiado grandes, no pudo proporcionarnos mucho. Nuestro sospechoso pagaba en efectivo. No parecía especialmente adinerado: llevaba un abrigo raído de tweed gris, zapatos viejos pero bien cuidados, y un sombrero hendido por el uso. Se había fijado en la ropa, pero no en su cara, que describió como vulgar. Tenía, en todo caso, la apariencia de un empleado que gana un sueldo modesto, alguien que pasaba desapercibido en la multitud.

Holmes no parecía decepcionado por la escasa información.

—Porque hablamos de un hombre de costumbres —prosiguió Holmes—. Un hombre que hace el mismo tipo de fotografía desde hace décadas, que frecuenta siempre las mismas calles y los mismos establecimientos. El tipo de persona que no cambia de rutina a menos que se vea forzado a ello.

No tardamos en dar con una tienda de libros de segunda mano. Londres era una ciudad donde los libros usados encontraban refugio tanto en escaparates vistosos de calles principales como en locales oscuros y apretados, perdidos en patios traseros o sótanos polvorientos. Holmes, acertadamente, había razonado que nuestro sospechoso buscaría sus lecturas en establecimientos discretos, donde se vendieran ejemplares baratos (el papel que compraba era raro pero de un precio módico, lo que decía mucho de él) y donde su presencia no llamara la atención.

La hallamos en una calle lateral, poco iluminada, a espaldas de Dorset Square. Un rótulo desvencijado colgaba sobre la puerta: "Mullins & Co., Libros Raros y de Segunda Mano". Dentro, el aire olía a polvo, cuero viejo y papel húmedo. Los estantes se alzaban hasta el techo, torcidos por el peso de miles de tomos, apretados unos contra otros.

Detrás de un pequeño mostrador cubierto de volúmenes

encuadernados en tela, un librero de cabello ralo y nariz ganchuda hojeaba distraídamente una edición antigua de Shakespeare.

Holmes se acercó.

—Usted es un hombre al que no se le escapa un detalle, y mucho menos un rostro, estoy seguro —dijo, depositando discretamente un billete de una libra sobre el mostrador.

El librero miró el billete con codicia apenas disimulada y se enderezó.

—Está usted en lo cierto —aseguró con un guiño.

Holmes le habló de un hombre hipotético que compraba libros en su tienda; un hombre que amaba la fotografía antigua, con no mucho dinero, pero buen conocedor de volúmenes raros y con gustos específicos y refinados.

—Ah, sí... —murmuró el librero, frotándose la barbilla—. Una descripción exacta. No puede ser otro. Un caballero muy correcto. Se llama Samuel… ¿Reeves? No. Samuel Graves. Seguro. Viene a menudo buscando libros. Historia, filosofía, algo de química, sobre todo relacionada con asuntos fotográficos... No compra novelas, eso seguro. No habla mucho, pero es educado. Hace tiempo que no viene, cerca de una semana. Algo raro, porque visita mi local cada día sin falta.

Holmes asintió con satisfacción.

—¿Sabe a dónde iba después de visitarle? ¿O dónde vive?

El librero asintió.

—Suele dirigirse a la Biblioteca Pública. Trabaja allí. Podría recordar dónde vive por otra libra. Le hemos llevado libros a su casa más de una vez.

Un segundo billete cambió de manos. El librero apuntó una dirección en un fragmento de papel y Holmes le agradeció con una leve inclinación de cabeza.

Salimos de la tienda. Ya en la calle, Mary-Belle apenas podía contener su excitación.

—¡Ya tenemos a nuestro sospechoso! ¿Es siempre tan divertido? —preguntó, con las mejillas sonrosadas por la emoción.

—Oh, esto ha sido un día de lo más soporífero —replicó Holmes con desdén—. Una investigación puede ser mucho más entretenida.

—Y peligrosa —tercié.

Holmes resopló.

—Sí. Cuando es peligrosa resulta verdaderamente interesante. Pero en ese caso, créame, no habríamos traído a la señorita Shore.

Mary-Belle sacudió la cabeza.

—Me gustaría seguir de cerca esta investigación, sea o no peligrosa. Me aburro mortalmente trabajando como secretaria en una empresa de seguros.

Holmes le dedicó una sonrisa casi paternal y solo dijo:

—Ya veremos.

Y echó a andar de nuevo, con paso aún más resuelto.

6
UN BIBLIOTECARIO

A la mañana siguiente, Holmes y yo nos encaminamos a la Biblioteca Pública de Marylebone. Mary-Belle había dicho que se nos uniría por la tarde, cuando terminase su horario de trabajo en la *Abbey Road Building Society*.

El edificio principal de la biblioteca, severo y macizo, olía a madera encerada y papel viejo. Tras preguntar en recepción, nos dirigieron a una mujer de mediana edad, de rostro arrugado y vestido gris sin adornos, que hojeaba un fichero de préstamos.

—¿El señor Graves? —dijo, alzando las cejas cuando la interrogamos—. Ah, sí. Me temo que no está. Llevo varios días sustituyéndolo.

Holmes, siempre cortés, se inclinó ligeramente.

—¿Podría decirnos qué ocurrió? ¿Y cuándo ocurrió?

La mujer dejó el fichero sobre el mostrador con un leve suspiro.

—Desapareció hace cinco días. Así, sin más. Ni un mensaje, ni una carta, ni siquiera una nota de renuncia. Se esfumó como si la tierra se lo hubiera tragado.

Holmes intercambió una mirada conmigo, pero no dijo nada más. De nuevo en la calle, habló por fin:

—Vamos, Watson. Si queremos dar con el señor Graves, debemos acudir a la mayor brevedad a la casa donde vive. Antes de que huya. Esperemos que no lo haya hecho ya.

Pero no tuvimos mejor suerte en su domicilio. La señora Edith Halberd, la casera, era una mujer enjuta, de moño apretado y delantal perpetuo. Nos recibió en la entrada, que apestaba a repollo hervido.

—Graves es un buen inquilino —nos dijo—. Hombre tranquilo, cumplidor. No entiendo qué le habrá pasado. Se marchó una mañana y no volvió. Y no había faltado ni un solo día en esta casa desde en diez años.

—¿La policía investigó? —pregunté.

La señora Halberd soltó una risita amarga.

—Sí, vinieron, hicieron unas preguntas... pero me dijeron que en

Londres desaparece tanta gente cada año que no había que darle importancia. "Probablemente estaba aburrido de su vida", añadieron. "Volverá cualquier día de estos". Eso fue todo.

La casera nos invitó a pasar. Mientras se alejaba para preparar el té, Holmes se inclinó hacia mí.

—¿Lo ve, Watson? —murmuró—. A la sociedad no le perturban las desapariciones. No hasta que asoman los cadáveres. Hasta entonces, todo se excusa: deudas, problemas, el deseo de un nuevo comienzo en un lugar lejano...

—A veces es verdad que la gente huye de su vida —opiné.

—Pero no en el caso de Samuel Graves, tampoco en el de Clara Carter.

La señora Halberd regresó con una bandeja donde humeaban tres tazas.

—¿Sería posible inspeccionar las habitaciones del señor Graves? —preguntó Holmes, sin rodeos.

La mujer no pareció muy contenta con la petición.

—No me gusta que nadie husmee en mi casa, señor. Además, vaciaré sus habitaciones esta misma semana si Graves no da señales de vida. Solo pagó hasta final de mes y, si no aparece, buscaré un nuevo inquilino. Me da igual el tiempo que lleva conmigo. Soy muy seria con estas cosas.

Intervine de inmediato para salvar la situación.

—Ha entendido mal a mi amigo, señora. Soy exoficial del Cuerpo Médico, y estoy pensando en trasladarme a esta zona. Si el señor Graves no va a volver... podría interesarme el alquiler de su cuarto. Por eso queremos verlo.

La señora Halberd se ablandó de inmediato.

—Ah, bueno, claro, en ese caso sí. ¡Por supuesto! Síganme.

Y subimos la escalera de madera, que crujía bajo nuestros pies como si protestara. Holmes iba en primer lugar, impaciente. Yo le seguía, y detrás, la señora Halberd, apretando con fuerza su llavero contra el pecho.

El piso superior estaba enteramente ocupado por Samuel Graves:

una gran buhardilla iluminada por dos grandes ventanas, que dejaban entrar la luz gris de la mañana sobre un espacio pulcro y meticulosamente ordenado. No era la habitación de un hombre caótico. Había libros cuidadosamente alineados por tema, una estantería con carpetas etiquetadas a mano y, junto al tocadiscos de gramófono, una pila de vinilos de música clásica alemana.

Holmes examinó los títulos con gesto aprobatorio.

—Schubert, Brahms… incluso algo de Mahler. Buen gusto. El señor Graves tiene un oído educado.

Mientras recorría el perímetro con la vista, su paso se volvió más lento. Entró en una pequeña habitación al fondo, emitió una suerte de sonidos de satisfacción y me llamó:

—Venga, Watson.

Era un pequeño cuarto oscuro. Las ventanas estaban cubiertas con varias capas de tela opaca y papel rojo, y una sola lámpara de seguridad proyectaba su tenue resplandor. El aire olía a vinagre, a plata y a humedad. Una cubeta de revelado, frascos de reactivos y pinzas colgaban ordenadamente sobre una repisa estrecha. Un grifo mal instalado goteaba en una pila de zinc. Sobre un cordel, varias copias de albúmina, aún húmedas, colgaban como espectros atrapados entre luces y sombras. En el suelo, aunque había sido barrido, había pequeños restos de ceniza.

Salimos muy satisfechos del hallazgo y entonces Holmes se detuvo ante una estantería de madera de roble, agachándose para inspeccionar una caja en la parte inferior.

Me mantuve a cierta distancia, fingiendo revisar una edición del *Fausto* de Goethe encuadernada en cuero. En ese instante, vi cómo Holmes emitía un casi imperceptible "¡ajá!", ese murmullo satisfecho que solo pronunciaba cuando el azar le confirmaba una hipótesis.

Juntó las yemas de los dedos, apoyándolas sobre los labios un instante. Luego metió la mano en la caja y extrajo una fotografía. Entonces comprendí que había encontrado algo importante. Tenía que distraer a nuestra anfitriona para que pudiese concentrarse en su hallazgo. Además, nos miraba desde hacía rato con gesto despreciativo, considerando (y con razón) que era de lo más

descortés la forma en que hurgábamos en las cosas de su inquilino.

—Señora Halberd —dije, volviéndome con una sonrisa amable—, al subir me ha parecido ver que tenía usted un precioso jardín en la parte trasera. ¿Podría enseñármelo? Una generosa parcela es una de las cosas que más aprecio a la hora de alquilar unas habitaciones. Y pagaría un buen precio por una vivienda con un jardín frondoso como el suyo.

Ella dudó apenas un segundo y luego asintió, visiblemente halagada. Salimos juntos al jardín. Le hice preguntas sin importancia: sobre las flores, el clima, los vecinos. A ella le bastó para empezar a hablar sin pausa durante casi media hora.

Al regresar a la casa, Holmes ya nos esperaba al pie de la escalera, el abrigo abrochado hasta el cuello.

Me acerqué a él y dije en voz baja.

—Es nuestro hombre, ¿verdad?

Holmes asintió.

—He mirado en su correspondencia y comparado su letra: escribió de su puño y letra la carta que fue enviada a Clara Carter. El resto de pistas lo corroboran. Es nuestro hombre, sí, ya es cosa segura.

Pero el detective, antes de irnos, se detuvo de improviso en el vestíbulo.

—Una última pregunta, señora Halberd —dijo, volviéndose hacia la casera—. ¿En el precio del alquiler de la buhardilla… entra algo más?

—¿Algo más?

—Sí. Por ejemplo, un lugar donde guardar un vehículo.

Los ojos de la señora Halberd se iluminaron.

—¡Ah, el garaje! Claro, claro. Está al fondo del jardín. Se me ha olvidado enseñárselo al señor Watson hace un momento. ¡Vengan, por aquí!

Nos condujo por un sendero empedrado hasta una estructura baja, de madera, con puertas de doble hoja. Yo lo había tomado por un cuarto de aperos. La señora Halberd abrió el candado de la cochera con manos torpes y la cerradura rechinó.

Dentro, el aire olía a aceite viejo y madera mojada. En el centro,

cubierto de polvo y telarañas, descansaba un Morris Oxford de principios de los años veinte. El coche estaba en buen estado, pero lo que llamó de inmediato nuestra atención fue su guardabarros delantero izquierdo: doblado y abollado, con señales evidentes de un intento torpe de enderezarlo a martillazos.

Holmes rodeó el vehículo lentamente, los ojos entrecerrados.

—¿El señor Graves utiliza este coche a menudo? —preguntó.

—No, señor —dijo la señora Halberd—. No lo ha usado desde hace años. Solo lo limpia de vez en cuando. Una lástima. Es un buen coche.

Holmes se agachó junto al guardabarros.

—¿Cuánto tiempo hace que no lo usa… tal vez, cinco años? —aventuró, con un mohín de satisfacción en los labios.

—Por lo menos. Tal vez más.

Holmes se incorporó, sacudiéndose el polvo de las rodillas.

—Vamos, Watson —dijo con aquel tono seco y vibrante que siempre presagiaba el final de un descubrimiento—. Aquí no queda ya nada que ver.

Yo me volví hacia la señora Halberd y le aseguré:

—Tendrá pronto noticias nuestras, señora.

Nos acompañó hasta la puerta principal, donde nos despedimos. Una vez en la calle, Holmes encendió su pipa y caminamos unos metros.

—Con el hallazgo del garaje y su contenido —dijo de pronto—, todo queda explicado, ¿no es así, Watson?

Lo miré de reojo.

—¿De verdad?

—Claro. Es evidente. Elemental, me atrevería a decir. El caso está resuelto.

Negué con la cabeza, divertido.

—Por muy evidente que sea para usted, Holmes, le confieso que a mí me haría inmensamente feliz que me explicase el caso… y, si es posible, con todo lujo de detalles.

Holmes soltó una breve carcajada.
—Lo haré, amigo mío. Lo haré. No se preocupe.

7
SE RESUELVE EL CASO

Nos encontrábamos en la casa donde yo aún vivía por entonces, en Highgate Village, un lugar que aún conservaba el aire rural de décadas pasadas. Aunque en el anuncio del periódico Holmes ofrecía residencia compartida a la persona que aceptara convertirse en "su Watson", lo cierto era que aún no habíamos hablado al respecto. Demasiado pronto. Al fin y al cabo, era nuestro primer caso juntos.

—Estoy deseando oír sus explicaciones —dije, nervioso.

Habíamos recogido a Mary-Belle de camino; Holmes me había prometido que, por fin, íbamos a conocer la resolución completa del caso Moran. Pero se hacía de rogar.

El cielo estaba cubierto y una niebla ligera comenzaba a descender sobre la casa. Era una tarde perfecta para encerrarse a hablar de asesinatos. Holmes, lejos de acomodarse para exponer sus conclusiones, parecía inquieto. Se movía de una habitación a otra, cruzando el pasillo de madera sin decir palabra, observando las paredes encaladas, los marcos de roble oscuros, las molduras sencillas de los techos bajos. La casa era funcional, discreta, construida hacia mediados del siglo pasado, sin lujos, sin adornos superfluos.

Yo le dirigí una mirada a Mary-Belle, que estaba sentada en un sillón tapizado en lana gris.

—Holmes ha dicho que ya ha resuelto el caso —le informé.

—¡Ah, qué maravilla! —respondió ella, con los ojos brillando de expectación.

Conversamos unos instantes, pero Holmes no nos prestaba atención. Se había detenido junto a la puerta de mi dormitorio y examinaba una prenda colgada del perchero: mi antigua túnica del Royal Army Medical Corps, con las hombreras descoloridas por los años y el sol.

—Capitán-médico —dijo, sin apartar la vista—. El tono grisáceo indica años de uso, pero ha sido bien cuidada.

Después, se acercó a una estantería baja, donde aún conservaba mis viejos manuales de anatomía. Sacó uno, hojeó sus páginas.

—Me gustan sus libros, Watson —dijo—. Son interesantes. Algo desfasados… pero interesantes. Aunque tengo una duda.

—¿Cuál?

—¿Por qué se los trajo a Londres?

—Son mis libros. Les tengo aprecio.

Holmes frunció los labios levemente, gesto que en él equivalía a una meditación profunda.

—Quiero decir… usted no piensa volver a la medicina. Si no recuerdo mal lo que me explicó, vendió la casa familiar tras su regreso, gasta poco, vive de sus ahorros y, aunque no lo admita abiertamente, se está tomando un año sabático. Tan sabático… que ahora investiga a mi lado ciertos misterios.

—Tal vez vuelva a la medicina en el futuro —dije tras un instante—. De forma consciente no lo he pensado, pero podría ser. No sé…

Me quedé pensativo. Holmes dio un paso hacia mí y, con una suavidad inesperada, me puso una mano en el hombro.

—No le dé más vueltas. Mientras resolvemos el caso, estoy intentando conocerle. En breve… antes de lo que imagina, voy a pedirle que se traslade conmigo a mi vivienda. Es amplia, perfectamente habitable, y usted cabría en ella sin esfuerzo. Podría reducir sus gastos y prolongar así su año sabático.

Dio una vuelta más por el salón antes de continuar, sin mirarme.

—Es un gran paso. Los otros "Watson"… —hizo una pausa, como si lamentara la palabra—, los que me acompañaron antes que usted, no recibieron esa invitación. No eran lo bastante... watsonianos. No sé cómo explicarlo. No eran lo que yo esperaba.

Se volvió hacia mí con los ojos más brillantes de lo habitual.

—Pero usted es distinto. Desde el principio hubo una conexión. Estoy intentando comprenderle, eso es todo.

Aquella confidencia... ¿había sido en verdad un cumplido? No lo tenía del todo claro. Pero me bastó para decir, simplemente:

—Gracias.

Holmes caminó en círculos pequeños por mi salón, entre las alfombras de lana y el mobiliario antiguo. Finalmente se sentó frente

a mí, con Mary-Belle a su izquierda.

—Y ahora —dijo, mientras cruzaba una pierna sobre la otra y encendía su pipa—, resolvamos el caso.

El humo comenzó a ascender en espirales tenues. Me levanté y serví a Holmes un vaso de whisky con soda. A Mary-Belle le ofrecí un cordial de flor de saúco, ligero, perfumado y apropiado para la ocasión. Ella lo aceptó con una inclinación de cabeza.

—Intentemos comprender los hechos mostrándolos en su orden —dijo Holmes—. No el orden en que nosotros los hemos vivido, sino aquel en que ocurrieron realmente. Así pues, no comenzaremos con la llegada de Bastianne Moran anunciando la desaparición de su hermana Clara, sino que retrocederemos cinco años atrás.

Parpadeó un par de veces, uniendo piezas del puzle en su prodigiosa mente.

—William Carter, esposo de Clara, sale de casa una tarde cualquiera, diciendo que regresará a la hora del té.

—Pero nunca regresó —repuso Mary-Belle.

—Exacto —asintió Holmes—. No regresó porque fue atropellado por un bibliotecario: Samuel Graves. Un hombre retraído, de hábitos precisos, que conducía un Morris Oxford de color oscuro, cuyo guardabarros delantero sufrió un daño visible. Un desperfecto que, como hemos comprobado, jamás fue reparado del todo.

»¿Y qué hizo Graves? Se asustó. Probablemente iba algo bebido, o al menos no en pleno dominio de sus facultades. Bajó del coche, enterró el cuerpo de forma apresurada, cerca del lugar del accidente, y se marchó. Tuvo suerte. El cuerpo no fue hallado. No hubo sospechosos. La desaparición nunca preocupó de verdad a las fuerzas policiales.

Holmes se aclaró la garganta.

—Y entonces entran en juego los dos polos de este drama: obsesión… y culpa. Clara Carter, profundamente enamorada, jamás aceptó la pérdida. No rehízo su vida, se volvió reservada, melancólica, casi estaba recluida. Se refugió en los libros (¿recuerda, Watson, que Bastianne mencionó ese detalle?) y en una rutina que

giraba en torno al fantasma de William.

—¿Y Graves…? —pregunté.

—Graves vivió con el peso de su culpa. Se aisló aún más. Él era ya retraído por naturaleza; fue una evolución natural y previsible. Su mundo se limitó en adelante a su trabajo en la biblioteca y a la fotografía. Pero no cualquier tipo de fotografía. No capturaba escenas bucólicas o retratos ornamentales como haría un pictorialista. No. Graves fotografiaba ausencias. Un mismo lugar y sombras extendidas sobre bancos desiertos. Imágenes donde no había nadie, porque alguien faltaba.

Y en ese instante, Mary-Belle y yo comprendimos que no hablaba solo de arte, sino de una confesión. Holmes extrajo un pequeño fajo de fotografías cuidadosamente envueltas en papel encerado. Las desplegó sobre la mesa como si fueran naipes de una partida muy particular.

—Miren esto. Todas tomadas en el mismo lugar, en distintos días. El mismo parque, el mismo sendero, el mismo banco. Pero nunca hay nadie.

Observé las imágenes. En efecto, parecían idénticas, pero no lo eran: cambiaba la luz, la longitud de las sombras, el movimiento de las hojas y, a veces, la posición del fotógrafo, algo más lejos o más cerca, a la derecha o a la izquierda.

—Graves buscaba la nada —dijo Holmes—. Vacíos. La repetición como penitencia.

»Y aún más revelador: en algunas de las fotografías también hay ceniza. Y, de nuevo, no es hollín común. Es ceniza de emulsión fotográfica. Más aún, tiene los mismos compuestos químicos que detectamos en la carta que recibió Clara. Exactamente la misma mezcla.

—Pero no adelantemos acontecimientos —añadió—. Clara vivía en un luto perpetuo. Visitaba bibliotecas, leía compulsivamente, alimentaba su tristeza con libros y compartía una vida gris con su hermana Bastianne. Y entonces, cierto día…

—Visita la Biblioteca de Marylebone, donde trabaja el asesino —dijo

Mary-Belle, adelantándose.

Holmes, con una sonrisa inusualmente amplia, aplaudió una sola vez.

—¡Le está usted superando, señorita Shore! No lo permita, Watson.

Reí, sin molestarme.

—Lo intentaré, pero es que la señorita Shore es una mujer de gran inteligencia.

Holmes asintió, complacido.

—Volviendo al caso… Clara es reconocida por Graves. Tal vez no al principio. Pero hablan mientras ella busca tal o cual libro. Tal vez ella le cuenta la desaparición de su esposo. En adelante, él la observa vagar por su biblioteca: demacrada, triste, obsesiva. Aquello es una señal del destino. Hasta su trabajo, su santuario, ha llegado una persona destruida por su crimen de cinco años atrás. No puede ser casualidad. Son los hados. Y, tocado por la culpa, decide escribir una carta a la viuda.

»Le dice lo esencial: su esposo ha muerto, rehaga su vida, etc. Pero ese acto noble (porque lo es, a su manera) despierta algo en Clara. No es una mujer simple. Es como nuestra amiga aquí presente, una mujer muy inteligente. Así que Clara ata cabos. Ve el matasellos de Marylebone. ¿A quién conoce ella en Marylebone? Solo ha ido allí un par de veces… y solo ha hablado con un bibliotecario amable, que escuchó su historia. ¿Puede ser él quien le envió la misiva? ¿Por qué le escribe ese hombre? ¿Le ha dado pena su situación o realmente sabe algo? ¿Y si es el asesino de su querido William?

—¿Y las fotografías? ¿Qué lugar juegan en todo esto? —preguntó entonces Mary-Belle.

—Ah, no se le han olvidado —dijo Holmes con una chispa de aprobación, mirando a la joven—. Bien hecho. Recordemos que hemos dicho que Samuel Graves fotografiaba su culpa. Una y otra vez, capturaba el lugar donde nació su propia obsesión: el sitio exacto donde mató, aunque fuera por accidente, a William Carter.

Entonces sacó de entre el fajo una fotografía distinta a las demás.

No era una imagen cerrada ni repetitiva como las otras. Tenía un plano más abierto, casi panorámico. Holmes la depositó sobre la mesa con delicadeza, como si colocara una prueba ante un tribunal.

Me incliné sobre la imagen, al igual que Mary-Belle.

Era una explanada amplia y salpicada de árboles jóvenes. Un camino de tierra surcaba el centro de la composición. Al fondo, casi imperceptible, un automóvil (oscuro, de líneas anticuadas) se adivinaba avanzando lentamente entre las sombras alargadas de la tarde. La imagen transmitía una extraña inquietud, como si algo estuviera a punto de suceder o acabara de suceder fuera del encuadre.

Holmes se aclaró la garganta.

—Por lo visto, en una ocasión al menos, decidió fotografiar no solo el pequeño espacio de su obsesión, sino un plano más general del lugar donde cometió el crimen. Esta fotografía fue tomada a media tarde. La luz lo delata: observe las sombras largas, la orientación solar. Y ahí está la razón por la cual estamos aquí, en su casa, Watson. No queda lejos del lugar de los hechos.

—¿Qué lugar? —pregunté—. No lo reconozco.

—¿Y usted, señorita Shore?

Mary-Belle ladeó la cabeza.

—Me suena, pero… no sabría decir con certeza.

Holmes chasqueó la lengua.

—Deben ser más observadores. Fíjense en los detalles. Otro vehículo, a lo lejos, cruza una explanada sin tráfico, con vegetación natural en los márgenes, árboles dispersos, y sin señales de urbanización densa, por lo que debe ser un lugar protegido, donde esté prohibido construir y esté a las afueras. ¿Cuántos lugares en Londres permiten eso? No muchos. Y, desde luego, Parliament Hill Fields es uno de ellos.

Se recostó en el sillón con gesto satisfecho.

—Esa fotografía fue tomada allí. Lo sé. Y por eso, cuando el reloj marque las cuatro de la tarde, acudiremos. Porque en ese lugar, amigos míos, asistiremos a la parte final, terrible, de nuestro drama.

—¿Terrible? —murmuró Mary-Belle.

Holmes no respondió al instante. Aspiró hondo de su pipa y exhaló con lentitud.

—Mucho me temo que Clara se presentó ante Samuel Graves y se enfrentó a él. Le obligó, con palabras o con su llanto, amenazando con llamar a la policía… o de la forma que fuese, a confesar dónde se hallaba su esposo. El asesino la condujo hasta Parliament Hill Fields. Y allí… allí ocurrió lo inevitable. Clara y William Carter, separados durante cinco años, se han reunido por fin, y ahora reposan juntos, bajo la misma tierra. Por eso Samuel ha desaparecido. Tras cometer su segundo crimen, esta vez no por accidente, comprendió que ya no podía escapar. Y temió (con razón) que la justicia terminara por alcanzarlo.

8
UNA EXCURSIÓN CON FINAL IMPREVISTO

Holmes había acertado en todo… o en casi todo. Se equivocaba en un pequeño detalle, lo que demostró que no era infalible. Nadie lo es.

Llamamos a Scotland Yard y, tras hora y media de búsqueda, cavando en zonas donde la tierra había sido removida recientemente, justo cerca del banco que aparecía en la fotografía de Graves, dimos con un cuerpo.

Pero no era el de Clara Carter. Era el propio Samuel Graves. Holmes se irguió lentamente tras examinar los restos.

—Creo que subestimé la determinación de una mujer enamorada —murmuró—. Clara no solo quería encontrar a su esposo… quería vengarlo.

Mary-Belle se apartó un poco, visiblemente afectada.

—¿Y dónde puede estar ella ahora?

Holmes se quitó el sombrero con lentitud, dejando que el viento de la colina le despeinara ligeramente el cabello.

—Espero equivocarme de nuevo… pero mucho me temo que Clara, una vez supo lo que le sucedió a su marido y una vez le hubo vengado, ya no tenía razones para seguir viviendo.

Caminamos, dejando atrás la escena del crimen, mientras aguardábamos a que la policía terminara su trabajo. El lugar tenía una belleza apagada y triste. Parliament Hill Fields se extendía ante nosotros, salpicado de árboles delgados y bancos de hierro forjado. Las sombras se alargaban entre los caminos de grava y la hierba alta que hollábamos en silencio.

Mary-Belle fue la primera en hablar.

—Ha sido de nuevo muy emocionante —anunció—. Pero también… un poco triste.

Holmes apretó los puños.

—Nuestro oficio es así. Imperfecto como los hombres, lleno de su grandeza y de sus defectos. A veces hacemos justicia, otras solo contamos la historia cuando ya no hay nada que reparar.

—¿Y esta historia? ¿Cómo la contaremos? No me gusta este final

tan deprimente.

Holmes suspiró.

—Eso es cosa del amigo Watson aquí presente —dijo—. Él está destinado a encargarse de relatar mis casos.

Pero yo no estaba tan seguro.

—Tal vez la escriba —dije, sencillamente.

Una ráfaga de aire movió las ramas con suavidad. Las hojas caídas se arremolinaron a nuestros pies como testigos que se resistieran a abandonar la escena. Esperamos, mientras el sol descendía y el drama quedaba sepultado entre la tierra y la memoria.

Un par de días más tarde, el periódico traía una de esas noticias que suelen pasar desapercibidas entre la crónica parlamentaria y los resultados de las carreras: "Hallado en el Támesis el cadáver de una mujer sin identificar. Aparentemente, suicidio."

La nota, breve y sin imágenes, se limitaba a indicar que el cuerpo había sido rescatado cerca del puente de Battersea, que correspondía a una mujer de entre treinta y cuarenta años, y que la policía buscaba a sus familiares. Nosotros no necesitábamos buscar más. Clara Carter había aparecido.

Poco después del desayuno, aquel mismo día o tal vez el siguiente, la señora Bastianne Moran volvió a presentarse en nuestro particular 221B, sin previo aviso. Su porte era, como siempre, firme y erguido, pero su rostro parecía tenso. Se dejó caer en el mismo canapé que ocupara en su primera visita, esta vez sin cortesía alguna.

—He reconocido el cuerpo de mi hermana en la morgue. No pienso pagarle —dijo con frialdad.

—¿No? —inquirió Holmes.

—Quería que encontrase a mi hermana —prosiguió—. Y ella ha aparecido por sí misma. Usted no ha hecho nada útil.

—He encontrado al hombre que atropelló a su esposo, a William Carter.

—Mi cuñado me trae sin cuidado. Yo necesitaba a mi hermana viva para cumplir con sus obligaciones.

—¿Qué obligaciones? Usted misma dijo que ya no se llevaban tan

bien como antes y…

—La necesitaba para ayudarme a pagar los gastos.

Hasta yo pude darme cuenta en aquel instante de que Bastianne estaba angustiada porque, sin su hermana, no podría mantener la casa familiar de los Moran. Clara, más allá de aquel asunto, siempre le había traído sin cuidado. La máscara había caído y aquella mujer se mostraba ahora como realmente era.

—¿Sabe que la policía lleva un tiempo cavando en Parliament Hill Fields y no ha aparecido el cadáver de su cuñado? —dijo Holmes, cambiando de tema.

—¿Eso me atañe?

—Tal vez. Me pregunto si, después de todo, William sobrevivió al atropello. Pudo sufrir un golpe, quedar semienterrado en la cuneta bajo la hojarasca y ser hallado tras unas horas por un transeúnte. Pasó unos días en el hospital hasta que pudo recuperarse, inconsciente, indocumentado, pero finalmente despertó. Cuando le preguntaron, no respondió con su verdadero nombre o fingió amnesia o al menos cierta pérdida de memoria. Descubrió que le gustaba eso de no volver a ser William Carter. Y nunca regresó porque en casa le aguardaba una mujer dominada por una hermana que a él no le gustaba en absoluto, una mujer que…

—William me detestaba, sí. Y yo a él. Puede decirlo sin ambages.

Bastianne se incorporó. Era toda una ironía que Clara llevase años buscando a un esposo que decidió escapar de la vida que llevaba con las hermanas Moran. Que le buscase incansablemente, que le amase con locura, que matase y se matase por él.

—Ahora tendré que vender la casa —dijo Bastianne con un suspiro —. No puedo pagarla sola. Su investigación no me sirve. Es usted un fraude.

—No hago milagros.

Unos ojos de mujer le miraron con desprecio. Luego se alisó las mangas de su abrigo y se dirigió a la puerta con paso firme.

—Y se hace llamar Sherlock Holmes. No le llega a la suela del zapato.

Y salió, sin mirar atrás.

Sherlock permaneció unos segundos en silencio. Luego una hora. Luego la tarde entera. Algo le rondaba la cabeza. Le dejé a solas con sus pensamientos pero, cuando estaba a punto de salir camino del restaurante donde habíamos decidido acudir aquella noche, me atreví a hablarle:

—¿Va a cenar conmigo, Holmes? ¿O hago que le traiga algo la cocinera?

No respondió. Cruzó la habitación, tomó una tiza de un estante de su biblioteca y se dirigió a una de las paredes de la habitación donde acumulaba las pistas de sus casos.

Con movimientos precisos, escribió una serie de palabras en clave sobre la pared.

GXZDI OKTKG UDEOZ JKAJK IFUGF
GMGIO JAEJK MDTCJ XROXT ETHVN
ZFAHO XNEDR EUSYL HYHER KPFKK
LCLFE FGIJV DSOQP EKZRR HGXER
RUOQK ONYSG YEHHI XLJHP EKWOW
YIAKL DTVZF IDKFX EIUHV NZFXA
EQFUH HYZKI GIVNW DUBRO FMDRD LZE

—¿Qué significa eso? —pregunté.

Holmes no respondió. Pero ante mi mirada insistente, espetó:

—Es un asunto al que hace tiempo que le doy vueltas. Un asunto que no le atañe.

Volvió a sentarse, encendió su pipa… y miró fijamente la espiral de humo que comenzaba a dibujarse en el aire.

Y así, de esta forma tan enigmática, concluyó el caso de la mujer enamorada.

LIBRO SEGUNDO

LO QUE DE VERDAD PASÓ EN EL CASO DE LA MUJER ENAMORADA

1
MORIARTY CONCIBE UN PLAN

Por razones que ahora no vienen al caso, Moriarty consideró que debía dar muerte a Clara Carter. No tenía nada contra ella, pero le estorbaba de una forma que ahora no vamos a precisar. Tenía que morir, y punto. Una lástima. Aunque, en el fondo, no era para tanto porque Moriarty no valoraba mucho la vida humana… bueno, una sí: la suya.

El caso es que, aparte de querer ver muerta a la señora Carter, su principal interés era poner a prueba a Sherlock Holmes, ver los límites de su intelecto y cerciorarse de si era un rival a su altura.

Así que resolvió unir ambas historias en una sola. No le fue difícil porque, de una forma que tampoco va a explicarse ahora, estaban ya relacionadas.

Es bien sabido que el crimen perfecto es aquel en que otra persona es declarada culpable, así que se entregó a la desafiante tarea de encontrar un chivo expiatorio. Mientras hacía esto, mandó a sus secuaces a investigar a Clara Carter. ¿Cómo era? ¿Qué gustos tenía? Necesitaba cualquier detalle de su vida que pudiese encontrar para orquestar una buena mixtificación.

Moriarty exigía precisión absoluta. Quería saber a qué hora salía al mercado, qué tipo de flores compraba cuando estaba de buen humor, con qué mano sostenía el bolso y en qué punto exacto del trayecto hacía una pausa. Todo era (podía ser) importante.

Ordenó a dos de sus hombres seguirla por separado, tomando notas cada diez minutos. También ordenó a un mocoso que pasease por la zona y la observase.

Y, por supuesto, mandó escudriñar su correspondencia. No bastaba con saber cómo era Clara Carter desde fuera. Moriarty quería verla por dentro: sus palabras escritas, sus silencios entre frase y frase, sus reacciones privadas. Porque, antes de eliminar una pieza del tablero… había que saber qué papel exacto jugaba.

—Se pasa todo el día en casa, llorando —le dijo el crío que tenía a sueldo en una zona cerca de la casa de las hermanas, en Sydenham.

Era uno de esos chicos criado entre alcantarillas, con los dedos

negros de suciedad, y la mirada afilada del hambriento. Moriarty utilizaba a varios como él. Les pagaba por mirar, por escuchar, por correr tras alguien sin que ese alguien se diera cuenta. Sabían trepar a una valla, mentir sin pestañear y desaparecer antes de que nadie reparara en su presencia.

—¿Llorando o solo triste? Los matices son importantes, muchacho —preguntó Moriarty.

—Llora a veces pero está triste todo el tiempo. Vaga como alma en pena. Vive con su hermana, una mujer con cara de enfadada y que da miedo solo con mirarla. La señora Carter apenas habla con ella, y solo sale de casa para hacer la compra o para buscar libros.

—¿Qué tipo de libros?

—Novelas románticas, cosas así.

El chico era listo. Observador. Había una inteligencia callada en su forma de hablar, una economía de gestos y palabras que le recordaron a Anton Karst, su antigua mano derecha, y al que Moriarty había matado recientemente. Pensó, sin decirlo, que quizá el chaval pudiera ascender con el tiempo. Si sobrevivía. Si no cometía errores. Era un Anton en potencia. Podía durarle veinte o treinta años antes de tener que matarlo.

—¿Dónde compra esos libros?

—A veces en la tienda de segunda mano de Lawrence Road o en la librería *Stone & Keats*, en Crystal Palace. Pero también va a bibliotecas, señor. A la de Sydenham y, cuando se trata de un título raro... si no lo encuentra cerca, toma el tranvía y se planta donde haga falta. Si cree que ese libro puede estar allí, ella va. Pero el resto de los días… los pasa en casa. Esperando. Aún espera a su marido.

Moriarty se humedeció los labios.

—¿El señor Carter se fue?

—Eso dicen los vecinos. Hace cinco años, señor. Salió una tarde y no volvió. Ella lo sigue esperando. Cada día. Actúa como si fuese a aparecer en la puerta de un momento a otro.

Moriarty sacó unas monedas del bolsillo interior del abrigo, cinco

chelines envueltos en un pañuelo blanco, y se los entregó al chico sin mirarle directamente.

—Ve a tomar algo caliente y aliméntate bien —dijo, y luego añadió —: Voy a seguir necesitando tus servicios, Stephen Clay.

El muchacho se marchó, feliz, radiante, porque el jefe conocía su nombre. Y Moriarty hizo lo propio, también feliz a su manera. La partida de ajedrez, pensó, estaba en marcha.

Pero el ajedrez era un juego aburrido, lleno de opciones y posibilidades, y a Moriarty le gustaba jugar con las cartas marcadas. No porque le asustara perder, sino porque detestaba el azar. El azar era su peor enemigo. Un factor de riesgo en su sinfonía de control absoluto. Le gustaban los juegos en los que él diseñaba no solo la jugada, sino también la reacción del adversario. Adoraba los juegos donde los peones no sabían que lo eran y los reyes morían sin hacer ruido.

Así que, tras examinar el tablero, decidió hacer trampa. Se recorrió varias bibliotecas de Londres. No buscaba un libro como Clara Carter. Buscaba a un hombre. Un caballero bueno, débil, ingenuo aunque culto, con pocas habilidades sociales, alguien fácil de engatusar y de manipular. Porque el juego puede ser todo lo complejo que uno quiera, pero tampoco hay que complicar demasiado los movimientos.

Solo los idiotas complican las partidas sencillas.

Observó a un par de tipos. Uno en la British Museum Library que hablaba solo entre las estanterías. Otro en la de Camberwell que copiaba versos románticos en los márgenes de un manual técnico. Ninguno le convenció. Hasta que entró en la biblioteca de Marylebone y dio con Samuel Graves.

Era un bibliotecario de mediana edad, de rostro sereno y voz templada. Ordenaba los libros como si le confiara a cada uno un secreto. Moriarty se acercó, fingiendo buscar algo. Pero le buscaba a él.

—Perdón… le confieso que soy una persona muy sensible —dijo, tímido y sin alzar los ojos—. No quiero sufrir ni siquiera con un libro. ¿Tiene algo que me evite pasar un mal rato? Quiero algo bien

escrito, de un autor reputado, pero sin grandes tragedias.

Graves lo miró con atención, casi con ternura, y respondió:

—Pruebe con *Las aventuras de Raffles Haw*, de Arthur Conan Doyle. Es una de mis novelas preferidas. Tiene un tono esperanzador y es de los pocos libros de su autor donde el dolor, el crimen o el misterio no lo domina todo.

Conversaron unos minutos. Moriarty pensó que su alusión a Conan Doyle (padre creador de Holmes y también del criminal del que había tomado su apodo) era una señal del destino. Y lo era. No tardó en tenerlo claro. Graves era justo lo que buscaba.

Pero quería cerciorarse. Lo observó al salir del trabajo y le siguió por la calle. No tardó en comprobar su buen juicio al interesarse en el bibliotecario. En una esquina, un perrito asustado se soltó de su correa y estuvo a punto de ser arrollado por un carro de caballos. Graves, sin pensarlo, se lanzó, lo apartó y rodó por el suelo para salvar al animal. Al erguirse, estaba sucio y tenía un arañazo en la mano del que manaba sangre. Pero no emitió una queja. Saludó a la señora a la que había devuelto el animal y regresó a su casa.

—Ah… ya he encontrado a mi hombre —murmuró para sí mismo Moriarty, muy contento—. Es un necio superlativo. Y alguien así no merece seguir viviendo. No… no, de ninguna manera.

2
MORIARTY AVANZA EN SU ENGAÑO

El arte del engaño es, a veces, sutil; a veces, claro y directo. Cada presa pide una forma de actuar.

A algunos se los conquista con palabras escogidas, con gestos delicados, con la ilusión de un vínculo invisible que crece sin que se note. A otros se les da un golpe de realidad: una confesión, una herida compartida, una verdad desnudada de pronto que obliga al otro a bajar la guardia. El buen mentiroso no tiene un solo método. Adapta su máscara a la forma del rostro que tiene delante.

En el caso de Samuel Graves, el Napoleón del crimen utilizó una mezcla de varios estilos. Fue ganándose sutilmente su confianza, yendo a menudo a la biblioteca, mostrándose como un hombre solitario (como Graves), algo despistado (como Graves), sensible, lector voraz y con pocas habilidades sociales (una vez más, como el propio Graves). Un reflejo, casi. No idéntico, pero sí lo bastante parecido para generar esa familiaridad que une a los tímidos, a los que no encajan, a los que sienten que el mundo es una fiesta a la que no fueron invitados.

Al final de la semana, ya hablaban largo rato en la biblioteca de todos los temas posibles e imaginables, y el necio de Samuel incluso le regaló una palmadita en el hombro y una risotada. Una rareza en su rostro habitualmente serio.

Un igual, debió pensar el bibliotecario. Un hombre confiable, debió decirse a sí mismo. Alguien que no le exigiría explicaciones, que no se reiría de sus manías, que no le interrumpiría al hablar. Un pobre diablo, pensó Moriarty con una mezcla de desprecio y lástima, tan necesitado de contacto humano que bastaban unos libros en común y unos pocos clichés para convertirle en cómplice emocional de un completo desconocido.

Cuando ya se había cimentado (siquiera apresuradamente) su amistad, Moriarty fue más directo. Necesitaba conocer la casa donde se hospedaba. Pero tenía un problema: no quería que su casera, la señora Halberd, le viera la cara. Podría recordarlo. Podría señalarle más adelante ante Holmes como "ese amigo de mi inquilino", y bastaría con una descripción precisa para que las sospechas

recayeran sobre él.

Era un hecho que Sherlock Holmes no conocía todavía su rostro. Nunca se habían visto. Pero ese tipo de errores, esas imprudencias menores, eran precisamente las situaciones que dejaban la victoria de aquel juego en manos del azar. Y, como ya se ha dicho, Moriarty creía que el azar (ese pérfido energúmeno estropea-planes) era el peor de sus enemigos. Incluso más que el propio Sherlock Holmes.

Así que mandó a un rufián que robara el bolso y apalease a la tía abuela de la señora Halberd, llamada Marisa Claribel Tinsworthy-Morven. Habría mandado apalear a su madre, pero la buena mujer había fallecido de unas fiebres dos años antes. De cualquier forma, la desgracia de Marisa hizo que la casera de Samuel Graves saliera a la carrera hacia Mánchester, porque estaba muy unida a su tía, que la había cuidado siendo una niña y era la persona del mundo que más quería, cosa que no se cansaba de recitar a sus amigos y que, llegada la noticia a oídos de Moriarty a través de uno de sus hombres, selló el destino de la buena y anciana señora.

—Marisa Claribel Tinsworthy-Morven —repitió Moriarty con una mueca de disgusto—. Con un nombre así, lo raro es que no la hayan apaleado antes.

De cualquier forma, una vez la señora Halberd abandonó el nido, fue el momento de que la aproximación directa se terminara de cerrar. Moriarty apareció la mañana siguiente en la puerta de la casa donde vivía Samuel Graves con una cazuela envuelta en un paño: comida hogareña, humeante y deliciosa. Dentro había un guiso tradicional inglés: *Lancashire hotpot*, cordero estofado con cebollas, zanahorias y rodajas de patata dispuestas en capas. Era un plato sencillo, sustancioso, de esos que se cocinan despacio y huelen a infancia.

—He pensado que te vendría bien uno de los guisos de mi prima —dijo Moriarty, que no tenía prima alguna—. Ayer me dijiste que tu casera se había marchado a cuidar de un pariente y tenía miedo de que no comieras como es debido.

Samuel se quedó estupefacto, pero al poco se dio cuenta de que aquel hombre era mucho más que un conocido, un amigo casual de

biblioteca, sino que podía convertirse en alguien cercano, íntimo. Tal vez su mejor amigo, cosa que nunca había tenido, ni siquiera de niño.

—¡Oh, qué detalle! Pero, Dios, soy un maleducado. Pase, pase, señor Gelsey —dijo, apartándose de la puerta con gesto torpe y emocionado.

Matt Gelsey, así había dicho que se llamaba. Porque Moriarty se había inventado un apellido. Una vez más, no podía dejarse nada al azar. "Matt" era anodino, pero funcional. "Gelsey" sonaba lo bastante respetable para inspirar confianza y lo bastante genérico como para no levantar sospechas en el caso de que Graves lo mencionara a alguien. Ni demasiado común ni demasiado distintivo. El tipo de nombre que nadie recordaría con claridad si alguien llamado Sherlock hacía indagaciones.

Gelsey (o Moriarty, más bien) pasó al interior y charlaron animadamente mientras Samuel Graves comía a grandes bocados. El pobre diablo estaba muerto de hambre y, de no ser por su "amigo", se habría pasado días enteros comiendo lo único que tenía en la despensa: galletitas saladas, pan rancio con mantequilla casi líquida, restos de queso *cheddar* demasiado curado y unas cuantas tazas de té sin azúcar. Era lo que aquel soltero de limitadas habilidades culinarias podía improvisar en soledad, sin una casera que cocinara por él. Hay gente solitaria que no vale para vivir sola, lo cual es cuando menos una contradicción y cuando más una de esas crueles ironías del destino.

Sea como fuere, Moriarty, servicial, le sirvió otro cuenco de estofado y observó con cuidado cómo su víctima saciaba su apetito y abría su corazón al mismo tiempo. Entre cucharada y cucharada, Graves hablaba más y más, relajado, casi feliz.

Durante aquella visita, Moriarty encontró tiempo para curiosear en las habitaciones. Graves, inocente hasta la torpeza, no le negó el paso a ninguna estancia. En su deambular silencioso, Moriarty vio las fotografías colgadas con pinzas, los negativos cuidadosamente clasificados, el cuarto oscuro improvisado, el archivador donde reposaban hojas de papel de tonos azulados, y todo lo que

necesitaba para incriminar al imbécil.

Lo vio y lo memorizó todo. Porque en su mente ya se estaba cerrando el círculo de causas y efectos que formaban su plan maestro.

En los días siguientes, Moriarty se pasó varias veces más a ver al bibliotecario. Algunas visitas eran breves, otras largas. Siempre se mostraba afable, considerado, incluso bromista. Mientras su amigo revelaba unas fotos en su cuarto oscuro, pasó por la finca y encontró el coche de Graves, un viejo Morris Oxford con el guardabarros algo abollado. Sin dudarlo, estropeó un poco más el metal, golpeándolo un par de veces con un martillo.

Ya tenía el arma del crimen.

Cuando su amigo terminó de revelar sus fotos, Moriarty le preguntó por su automóvil.

—Pronto hará siete años que no lo conduzco. Soy demasiado despistado: me subía a los bordillos, chocaba con las paredes cuando trataba de aparcar… Un desastre.

Moriarty repuso, indulgente:

—No será para tanto.

—Te lo aseguro, amigo.

Aquella noche, Moriarty abandonó la vivienda, algo cansado ya de confraternizar con aquel hombre anodino. Pero los hados, que siempre le sonreían, decidieron poner fin a su sufrimiento. Un par de días después, recibió noticia de uno de sus hombres en Mánchester: la señora Halberd estaba a punto de regresar. Marisa Claribel Tinsworthy-Morven estaba mucho mejor, y la casera de Graves estaba ya preparando su equipaje para el viaje de vuelta.

Así que el falso señor Gelsey ya no volvió a la casa. En adelante, solo se pasó por la biblioteca. Pero ahora ya no hablaba de libros, sino de su "amiga", la pobre señora Clara Carter, obsesionada por la ausencia de un marido que la había abandonado.

—El señor Carter —le confesó Moriarty al bibliotecario— es hoy un borracho que malvive en Shadwell, una de esas zonas del East End donde las ratas duermen a pierna suelta en las calles con los

vagabundos. Una verdadera tragedia.

Aquello era también mentira, por supuesto. Nadie sabía dónde estaba William Carter. Lo más lejos que pudiera de las dos hermanas Moran, eso seguro. Pero Moriarty no necesitaba que la historia fuese cierta. Solo que sonara verosímil. El dolor, cuando está bien contado, no necesita pruebas. Y Samuel Graves era todo oídos.

—Nunca he tenido el valor de decirle la verdad a Clara —dijo Moriarty con voz lastimera, la mirada baja, los dedos entrelazados sobre el abatido corazón—. No quiero que la pobre lo vea en ese estado: alcoholizado, perdido, cubierto de mugre. Pero, por otro lado, temo por su cordura. No acepta la marcha del ser amado y eso la consume. Ha pensado incluso en el suicidio…

Samuel Graves meneó la cabeza lentamente. Le costaba imaginar tanto sufrimiento y, sin embargo, no le costaba empatizar. Se le humedecieron los ojos y un adarme de humedad asomó, tímido, por el lagrimal izquierdo. No era solo pena. Él también había sentido esa soledad absoluta y destructora del alma.

—Hasta, en un rapto de locura, he escrito una carta anónima… una locura, como ya te he dicho, porque ella conoce mi letra —suspiró Moriarty, fingiendo abatimiento—. Pero esto la salvaría. Te lo confieso, Samuel, estoy muy preocupado.

Era la primera vez que lo tuteaba. Hasta entonces, siempre había sido un "usted" respetuoso, incluso algo distante. Pero ahora le hablaba como a un hermano menor, como a un confidente. Y Samuel Graves, emocionado por la historia y aún más por la cercanía de su mejor (y único) amigo en el mundo, le tomó del brazo con firmeza y dijo, con un tono que le salió más grave de lo habitual:

—Enséñame esa carta.

Moriarty abrió el sobre con gesto solemne y se la dio.

Su esposo no volverá.
Está muerto y enterrado.
Rehaga su vida, señora Carter.

—¿Tú crees que funcionará? ¿No es algo cruel? —dijo Graves, con un tono de sincera preocupación.

—No hay crueldad, sino compasión en mis actos. Es lo que ella necesita. Una certeza. Alguien sabe la verdad, alguien le ha visto morir… de alguna enfermedad, de accidente, de una borrachera… ella atará cabos y completará el puzle. Puede que se haga preguntas, eso seguro, pero yo estaré a su lado. Haré que comprenda que debe seguir adelante. Que tiene derecho a vivir sin cargar con esa ausencia.

Samuel Graves pareció dudar. Sus dedos tamborilearon sobre la mesa. Una parte de él se resistía. Pero Moriarty fue insistente, hábil, casi dulce en su manera de empujarle.

—Es un acto de compasión, Samuel. Una mentira pequeña para aliviar un sufrimiento inmenso. Créeme. No hay otra forma.

Al final, como siempre pasa con los corazones solitarios que buscan un propósito, Graves cedió. Su voluntad no era débil, pero sí moldeable.

—Si tú lo dices… —murmuró, bajando la mirada.

Moriarty frunció el ceño, fingiendo contrariedad.

—Pero, como te he dicho, reconocería mi letra. La he escrito muchas veces. Su madre y la mía eran amigas y nos conocemos desde siempre. Clara ha visto mi caligrafía en muchas ocasiones.

Fue entonces cuando Graves pareció tener un impulso, una idea súbita que en realidad había sido sembrada con cuidado en su mente.

Sin decir nada, se levantó, fue hasta su escritorio de trabajo y tomó una de sus hojas azuladas (papel fino, que compraba en una imprenta cercana) y, con mano temblorosa, copió el texto de la nota que Moriarty le había mostrado. Luego, con idéntico esmero, copió la dirección de Clara Carter en un sobre que sacó de un cajón.

Moriarty lo observó todo con aparente sorpresa, y al final se golpeó la frente con fingida incredulidad.

—No sé cómo no había pensado en una solución tan simple. Mil gracias, amigo mío. De verdad. Me has quitado un peso de encima.

Le estrechó la mano con calidez y salió de la biblioteca sin prisa, con paso sereno. Había cumplido su objetivo: la carta estaba escrita.

Y añadió a la mezcla perversa un poco de ceniza que había recogido del suelo del cuarto oscuro de Samuel Graves y guardado en un pequeño frasco. Aquel era el tipo de detalles que tanto gustaban a un hombre como Sherlock Holmes.

La trampa, al fin, estaba lista.

3
MORIARTY TERMINA EL TRABAJO

Pero incluso las trampas más osadas deben ser puestas en marcha. Deben rodar, comenzar su camino y avanzar por los vericuetos sinuosos del destino humano. Una trampa es inútil mientras está solo en la mente del que la diseña. Debe soltarse al mundo como una piedra cuesta abajo, una piedra demoledora, resuelta a alcanzar su blanco.

Moriarty envió la carta a Clara Carter desde la oficina de correos más cercana a la biblioteca donde trabajaba Graves, poniendo buen cuidado en que se viera el matasellos del barrio Marylebone. Fue meticuloso, como siempre.

Y luego, se sentó a esperar.

Sabía que Clara se pondría nerviosa, que le daría vueltas a la cabeza preguntándose quién le había enviado aquella nota endemoniada. Que en su mente cansada se abrirían grietas por las que se colarían sospechas antiguas, rencores que nunca se habían dicho en voz alta. Y que, tarde o temprano (aunque salía poco de casa), abandonaría el hogar de los Moran. Daba igual la razón: para comprar comestibles, buscar un libro o pasear.

Y entonces… no regresaría.

—Está muerta, señor —le dijo uno de sus hombres pasados dos días.

—¿Seguro?

—Le di yo mismo un fuerte golpe en la cabeza. Luego la tiramos al Támesis, tal como usted ordenó. En el puente de Battersea.

Moriarty asintió en silencio. Sabía que el golpe en la cabeza sería explicado en la autopsia como algo normal en los casos de suicidio por salto desde un puente. Al chocar contra el agua o con alguna de las vigas laterales, era frecuente sufrir traumatismos craneales. Los forenses, habituados a la miseria de los barrios del sur, no harían demasiadas preguntas.

Otra pieza más del rompecabezas se ponía en su lugar. El tablero seguía desplegado y, poco a poco, sus fichas comenzaban a caer una a una. Pero faltaba la última parte de su plan: la *pièce de*

résistance, como decían los franceses. El golpe maestro. El detalle final que haría que todo encajara con precisión quirúrgica.

Y ese detalle… se llamaba Samuel Graves.

El bibliotecario, que era un hombre puntilloso, metódico, de los que sienten una inquietud sincera si un libro no está perfectamente alineado o si una fecha está mal archivada, solía quedarse dos veces por semana hasta tarde en el trabajo. Ordenaba volúmenes antiguos con guantes de algodón, anotaba a mano las entradas de los nuevos títulos en una libreta encuadernada en piel y repasaba el inventario con el celo de un contable. No lo hacía por dinero ni por reconocimiento: lo hacía porque creía que el orden, aunque invisible para la mayoría, era una forma de contribuir al funcionamiento del universo.

Moriarty, que conocía bien los hábitos de su amigo, no necesitó más que esperar al siguiente de aquellos días en que se quedaba hasta tarde. Dio la orden cuando vio salir al pobre Samuel Graves de la biblioteca de Marylebone una noche húmeda de marzo. El cielo de Londres estaba preñado de nubes negras como amenazas.

Eran pasadas las nueve. Las calles estaban casi vacías. Se oían pasos (los de Samuel), un tic-tac nervioso sobre la acera. Y detrás, sin que él lo supiera, otros pasos. Más pesados. Más firmes. Un par de sombras lo siguieron desde la esquina de Devonshire Street y lo interceptaron a media manzana de la última farola.

Dos hombres. Grandes. Parcos en palabras. Lo cogieron en volandas como a un niño y lo arrastraron hasta un carro oscuro estacionado en una calle lateral. El bibliotecario no tuvo tiempo de gritar. Lo lanzaron dentro, lo amordazaron y, finalmente, lo ataron de manos y pies. Mientras el vehículo avanzaba por las calles dormidas, Samuel Graves se dio cuenta de que el orden del universo que tanto amaba se estaba resquebrajando.

Lo llevaron hasta Parliament Hill Fields, un terreno abierto, rodeado de árboles desnudos y bancos de hierro que se oxidaban en la niebla. Lo bajaron a empujones y lo dejaron de rodillas sobre la hierba húmeda. Samuel temblaba. Se le escapaban sollozos.

Y entonces llegó él.

Samuel lo vio aproximarse entre las sombras. Un abrigo largo, un paso pausado. Una figura conocida. Y cuando lo reconoció, chilló a través de la mordaza:

—¡Llama a la policía, Matt! ¡Llama a alguien! ¡Por el amor de Dios!

Nunca supo si su amigo lo había comprendido, porque calló de golpe al ver el abrecartas en su mano. Era una hoja delgada, brillante, con un reflejo metálico que cortó el aire antes incluso de cortar su carne. Moriarty lo observó con tristeza. Casi con ternura.

—Pero, Matt… ¿qué te he hecho yo? —dijo el bibliotecario.

Moriarty suspiró. Lo había entendido a pesar del bozal que enmascaraba sus palabras.

—No has hecho nada malo, amigo mío. Todo lo contrario. Lo has hecho todo bien. Muy bien. Y te lo agradezco… de corazón.

Y entonces empezó a apuñalarlo. Varias veces. En lugares distintos y con poca fuerza.

—Es que se supone que te ha matado una mujer en un arrebato de ira —le susurró al oído, como si siguieran charlando sobre literatura —. No puedo matarte de una sola cuchillada. Se notaría mi fuerza masculina. Se supone que Clara ha cogido un abrecartas antes de venir a verte y lo ha guardado en su bolso… quería vengar la muerte de su esposo y, bueno, debes entenderlo. Todo debe ser verosímil para que Sherlock no sospeche nada.

Samuel lo miraba con los ojos muy abiertos, húmedos, confundidos. Su cuerpo, ya casi sin resistencia, se doblaba bajo cada nueva puñalada. Al final, cuando el bibliotecario ya no se movía, tumbado en un gran charco de sangre, Moriarty se agachó, le tomó el pulso y, bajando la cabeza en señal de respeto, le asestó un último golpe certero en el corazón.

—Gracias —murmuró, mientras se incorporaba—. Has sido… la mejor víctima propiciatoria que ningún hombre podría desear.

Moriarty sacó entonces un grupo de fotografías cuidadosamente envueltas en papel encerado, las desató con calma y se quedó observándolas unos segundos a contraluz, como si fuesen joyas o mapas del tesoro. Eran imágenes tomadas por él mismo durante las

semanas anteriores: distintas vistas de aquel pequeño espacio en Parliament Hill Fields, en distintos momentos del día. Las había tomado con el mismo tipo de cámara que usaba Samuel Graves, por la mañana, con la neblina aún sobre el césped; al mediodía, cuando la luz caía a plomo sobre los bancos vacíos; o por la tarde, cuando las sombras se estiraban hasta tocar el horizonte. Cada encuadre mostraba el mismo banco bajo un árbol seco, y cada fotografía servía como testigo de una obsesión y un sentimiento de culpa que nunca sucedieron.

—Enterradlo ahí, junto al banco —ordenó.

Los dos matones asintieron y comenzaron a cavar. El terreno estaba húmedo, pero no tanto como para dificultar la tarea. En menos de media hora, el cuerpo de Samuel Graves yacía oculto bajo una capa de tierra y hojas marchitas.

En ese momento apareció Stephen Clay, el muchacho al servicio de Moriarty. Tendría apenas doce años, pero ya era uno de sus mejores sabuesos. Llevaba un abrigo de segunda mano y una gorra ladeada.

—¿Te has acordado de ponerte guantes? —preguntó Moriarty.

Stephen, sin decir nada, levantó las manos. Aparecieron unos guantes de cuero marrón claro, raídos por el uso.

—Sí, señor —respondió con orgullo.

—¿Conoces la casa?

—Visité la zona como me dijo. Conozco bien la casa de la señora Halberd. Entraré sin problemas. Saltaré la valla baja del jardín trasero, esa que da al callejón, y desde ahí puedo meterme por la ventana de la cocina si la ha dejado entreabierta o por la del inquilino —dijo, y añadió con confianza—: si no, tengo una ganzúa pequeña. Me colaré sin hacer ruido.

—Es fundamental que no te vean, que nadie repare en tu presencia —le advirtió Moriarty, entregándole el sobre y el fajo de fotos—. Debes dejar esto en una caja pintada de rojo, en la parte inferior de una estantería de roble. Está justo al entrar en las habitaciones de Graves, a mano derecha. Pero recuerda: si entras por la ventana, te quedará a la izquierda. No te equivoques de habitación. Es una

buhardilla. No tiene pérdida.

—No me equivocaré, señor —aseguró Stephen, metiendo el sobre bajo el abrigo.

Moriarty lo observó un segundo, evaluando su valor y su audacia.

—Confío en ti, Stephen.

El chico salió corriendo como una flecha, cruzando el parque entre la niebla, con la resolución de un animal salvaje. Su abrigo ondeaba tras él.

Cruzó la verja de hierro oxidado, saltó la acequia y desapareció en la noche.

Moriarty lo siguió con la mirada unos segundos, y luego dijo:

—Un muchacho prometedor.

Y se permitió el raro lujo de sentirse plenamente feliz y satisfecho.

Pero la satisfacción no duró demasiado. Unos días después, cuando Moriarty ya estaba metido en otro de sus engaños (uno completamente distinto y mucho más peligroso), algo inesperado apareció de la nada. Y la culpable no fue otra que Bastianne Moran.

A través de una antigua prostituta que vivía en Sydenham (que también estaba a sueldo de Moriarty) y que era vecina de las hermanas Moran, llegó hasta Bastianne un rumor: alguien en Londres resolvía misterios imposibles o que no interesaban a la policía. Un detective, un tal Sherlock Holmes. "Sí, sí, como en las novelas esas tan famosas".

—Yo le mandaría una carta de inmediato —le dijo la mujer, apenas dos días después de que Clara desapareciera—. No tienes nada que perder.

Y eso hizo Bastianne. Sin pensar demasiado. Sin calibrar del todo las consecuencias.

Aquello puso en marcha de forma definitiva los engranajes del plan maestro de Moriarty. Las piezas comenzaron a ponerse en su sitio: la carta de Bastianne llegó, Holmes se interesó y todo parecía desenvolverse con precisión. Pero lo que Moriarty no había previsto era que Bastianne tenía su propio plan y sus propios engranajes que giraban y giraban...

Así que, cuando el caso concluyó, cuando el cuerpo de Clara fue hallado y Holmes erró en sus deducciones, Bastianne Moran apareció una tarde frente a Moriarty. Lo abordó con firmeza, sin preámbulos, en Gloucester Place, mientras él se disponía a subir a un taxi.

—Quiero dinero. Mucho dinero —dijo.

Moriarty se detuvo en seco. Aquella frase no parecía propia del juego que él estaba jugando. Aquello era otra partida.

—No comprendo, señora.

—Oh, pronto lo comprenderá.

Y entonces Bastianne le explicó que, aunque su hermana se casó con William Carter, antes tuvo otro novio, siendo apenas una niña. Así se lo había explicado en su día a Holmes. Aunque nunca llegó a conocer a ese hombre, sabía que no trató demasiado bien a la pobre Clara. Y, además, recordaba otra cosa de ese primer pretendiente.

—¿Qué cosa? —preguntó Moriarty, y aunque su tono era sereno, una sombra cruzó sus ojos.

—Su nombre —respondió Bastianne, triunfal.

Moriarty se mordió los labios.

—Ah —dijo—. Ahora entiendo. Me hace usted chantaje.

Bastianne le sostuvo la mirada sin parpadear.

—No, señor. No es chantaje. Es… una propuesta de negocios. Creo que podríamos llegar a un acuerdo mutuamente ventajoso.

—¿Qué parte de ese acuerdo sería ventajoso para mí?

—Necesito dinero —repitió entonces Bastianne en tono taimado, melifluo—. Mi casa no se mantiene sola. Y soy muy consciente de que usted se trae algo entre manos. Solo quiero ser su amiga y ayudarle en sus planes futuros.

Moriarty la observó. Meditó si lanzarse sobre su presa o dejarla viva para jugar un poco más.

—Una mujer inteligente y dispuesta a todo puede ser muy útil —añadió ella, como si le leyera el pensamiento.

Durante un instante, él consideró la posibilidad más simple. Mataba o mandaba matar a idiotas todos los días. Podía empujarla al Támesis, como a su hermana. Bastaría un golpe en la cabeza, el

mismo puente, la misma caída. La policía se encogería de hombros: otra mujer deprimida que se lanzó al vacío, en esta ocasión no a causa de un esposo desaparecido, sino por la muerte de su hermana. Pobrecillas, diría la gente: ahora están juntas.

Pero no lo hizo.

Miró a Bastianne Moran con atención. La estudió como un fenómeno digno de interés. La maldad de Stephen Clay, por ejemplo, era una promesa: una semilla aún por corromper. Había que moldearlo, instruirlo, orientarlo hacia el crimen y la degradación. Pero Bastianne no. Ella ya estaba corrompida. No había que enseñarle nada. Era malvada con una naturalidad admirable, como el propio Moriarty; con una falta total de culpa, con una eficacia seca y fría que rozaba el arte. No se podía comprar esa clase de maldad. Solo se podía descubrir.

Y entonces tuvo una idea. Despidió al taxista y dijo:

—Le daré dinero si es lo que necesita, señorita Moran. Y cualquier otra cosa que precise —dijo—. Pero deberá usted hacer algo por mí.

—Lo que haga falta —respondió ella al instante, sin pestañear. Y sonrió.

Él le devolvió la sonrisa. No una sonrisa de cortesía. Era una sonrisa de complicidad.

Cogidos del brazo, atravesaron Dorset Square, en el corazón del barrio de Marylebone. Era un vergel salpicado de caminos y vegetación, donde las ramas desnudas de los árboles se mecían con el viento.

Cualquiera que los hubiera visto pasar habría creído que eran marido y mujer. Se les veía cómodos, unidos por esa complicidad que solo dan los años de convivencia. Hablaban en voz baja, con inclinaciones de cabeza y risas francas.

Nadie, ni el más sagaz observador, habría sospechado que esa pareja tan compenetrada acababa de sellar un pacto criminal bajo la suave luz de una tarde londinense.

LIBRO TERCERO

EL CASO DEL VISITANTE SILENCIOSO

(Mayo de 1931)

1

WATSON Y HOLMES SE ESTÁN CONOCIENDO

Me trasladé a vivir a la casa de Holmes. La invitación había sido clara, aunque formulada con esa sutileza que solo Sherlock sabía emplear:

—Mi vivienda es amplia, doctor, y su presencia inmediata podría resultarme… útil.

Y así fue como dejé atrás mi pensión en Highgate Village y descendí, en más de un sentido, al corazón de Londres.

La vivienda, propiedad de Sherlock, se alzaba en una calle cercana a Baker Street, como ya se ha dicho. Nunca me dijo cómo había llegado a poseerla. Cuando insinué que quizá Conan Doyle, además de regalarle un caudal diario de cartas, podría haberle legado una modesta fortuna, Holmes respondió con una sonrisa vaga y un "quién sabe, Watson, es imposible conocer con exactitud lo que pasa por la cabeza de un escritor".

Mi habitación se hallaba en la planta baja, justo bajo su célebre salón del piso superior. Contaba con una sala de estar privada, un dormitorio espacioso y una pequeña biblioteca que comencé a llenar con mis pertenencias, incluido mi viejo maletín quirúrgico de cuero, y una fotografía enmarcada de un hospital de campaña en Flandes.

Mis estancias, a diferencia del caos organizado del piso de Holmes, eran más sobrias y simétricas: dos sillones, una chimenea modesta, un aparador de roble oscuro y un reloj de péndulo. Durante el día, una sirvienta joven y una cocinera de más edad venían a trabajar, aunque se marchaban al anochecer. Así lo prefería Holmes: presencias breves, manos limpias, bocas cerradas. Apenas acababa de encontrar a su Watson y creía (equivocadamente) que no estaba preparado aún para buscar a su señora Hudson.

Poco a poco fui trayendo el resto de mis cosas desde Highgate Village: libros, apuntes, un par de carpetas militares, cosas por el estilo. Y un día ya no quedaba nada por llevar. Me despedí de mi casera y comencé una nueva vida. Eso pensaba.

Durante las semanas siguientes resolvimos varios casos menores: una maleta robada que contenía una importante fórmula, un engaño bursátil que puso en jaque a empresarios poderosos y el caso del

escultor mudo de Hammersmith. Este último dejó muy impresionado al inspector Egan, nuevo en Scotland Yard pero de aguda inteligencia. Nos hicimos amigos y venía de cuando en cuando de visita. Admiraba a Holmes de una forma franca, sin envidias, que resultaba reconfortante.

Fueron días de calma, observación y conocimiento mutuo. Era evidente que Sherlock estaba evolucionando. Hasta hacía poco, había resuelto todos sus casos lejos de su residencia. Creo que necesitaba un lugar al que volver que no le recordara sus labores detectivescas: un lugar que fuera un lienzo en blanco. El caso de la mujer enamorada le condujo, por primera vez, a investigar en su propio vecindario, en pleno West End, no lejos de nuestro hogar, el "falso" 221B, como solía yo llamarlo en broma. El barrio de Marylebone, con sus calles grises y elegantes, ahora era también parte de sus investigaciones. Holmes pareció disfrutar de aquella proximidad inesperada, como si, por fin, hubiera terminado su crecimiento (su transformación de aprendiz de Holmes al verdadero Holmes) y, por tanto, "el verdadero" Londres viniera a buscarle a su puerta.

Estaba listo, por tanto, para asumir nuevos retos. Y modestamente, creo que mi presencia tuvo algo que ver en ese proceso. Después de todo, ser Sherlock Holmes medio siglo después de su época no debía de ser tarea fácil. El mundo había cambiado. Las voces, los modales, incluso los crímenes parecían seguir otras reglas. Y creo (aunque Holmes nunca lo admitiría) que yo no era para él solo un amigo o un asistente. Era un ancla. Una manera de aferrarse a lo que recordaba: la mirada de Watson, la pluma de Watson, el juicio de Watson.

Y yo disfrutaba también de mi propio proceso de transformación: de ser alguien que se apellidaba Watson a ser realmente "ese Watson" de novela que Holmes esperaba que fuese.

Fuera como fuese, Mary-Belle Shore seguía trayendo las cartas al final de su jornada laboral. Cada vez era más eficiente. Ella misma seleccionaba las más prometedoras, agrupaba los sobres por tema y adjuntaba notas con resúmenes. Holmes gruñía, hojeaba,

descartaba.

Un buen día, comprendí que, sin darse cuenta, Mary-Belle ya cumplía el rol que antaño ejerciera la señora Hudson en las novelas de Conan Doyle: nos traía el café, ventilaba las habitaciones y mantenía la paz y el equilibrio en nuestro hogar.

Holmes no parecía notarlo. Yo sí.

Una tarde, mientras Sherlock se quejaba de que todas las cartas de aquel día eran "banalidades insoportables", Mary-Belle y yo conversamos junto a la ventana.

—¿Nunca ha pensado en hacer de ama de llaves a tiempo parcial? —le pregunté, casi en broma.

—Disfruto mucho de mi trabajo en la compañía de seguros, doctor.

—Podría seguir con ello por las mañanas… y ocuparse de Holmes, de nosotros, el resto del día. Ya lo hace, en realidad.

—Es mucha responsabilidad. Y no me quedaría tiempo para mí.

—¿Y para qué lo quiere? Si se me permite decirlo, pasa las mañanas trabajando… y casi todas las tardes aquí. Hace prácticamente lo mismo que una ama de llaves… solo que sin sueldo.

Mary-Belle bajó la vista hacia su taza y no añadió nada más.

Holmes levantó otra carta, frunció el ceño y masculló:

—"Mi marido llega todos los días tarde del trabajo y sospecho que tiene una doble vida." Si vuelvo a leer una estupidez semejante, creo que lanzaré las cartas a la basura.

Mary-Belle y yo reímos.

—Seguro que hay alguna carta que se pueda rescatar, señor Holmes —dijo la muchacha.

—En absoluto.

Sherlock se levantó. Comenzó a dar vueltas por su salón como un gato enjaulado. Luego se sentó en una mesa baja, completamente absorto. Con el mentón apoyado sobre una mano y la otra pasando las páginas con gesto casi reverente, repasaba las minúsculas columnas del *Bradshaw's Monthly Railway Guide* de mayo. Sus ojos se desplazaban de línea en línea como si desentrañaran un

criptograma oculto entre horarios y destinos. A su lado, un bloc de notas y su pluma estilográfica acumulaban palabras aisladas, signos y flechas. No osamos interrumpirlo.

Mientras le miraba, encendí un cigarrillo. Sujeté la cerilla con la izquierda y la raspé hacia abajo sobre la caja, que descansaba sobre mi rodilla. La llama se alzó brevemente, iluminando mi rostro, y aspiré con lentitud, dejando escapar una espiral perezosa de humo.

Holmes alzó la vista un instante. Su mirada se posó en mis dedos, luego en el fuego, y finalmente se perdió. No en el humo. En algo más lejano. Sus ojos, que tantos detalles sabían atrapar, parecían mirar sin ver. Como si la habitación se hubiese desdibujado. Como si yo no estuviera.

Sin decir palabra, se levantó y se dirigió a la habitación pequeña, aquella donde guardaba notas, recortes y bocetos colgados con alfileres. También estaba la pared donde escribía, a veces, palabras en clave. Allí, en una sección despejada, apuntó con su tiza, con trazo firme, una palabra en letras perfectamente legibles:

AUTOMATISMOS.

Debajo, inclinándose, comenzó a escribir una nueva secuencia de palabras. Grupos de cinco letras sin sentido, ordenados en columnas, como ya le había visto hacer antes. No me atreví a preguntarle qué significaban; en más de una ocasión me había dicho que no era cosa mía.

Pero Mary-Belle, que había seguido la escena desde la puerta, se adelantó con timidez.

—¿Qué es eso, señor Holmes?

Sherlock no dejó de escribir.

—Un trabajo personal —dijo simplemente—. Algo que debo hacer por mí mismo. No me moleste.

Ella obedeció, dando un paso atrás. Yo apagué mi cigarrillo y la acompañé de vuelta al salón. Le dejábamos espacio en aquel tipo de situaciones.

—¿Sabe usted de qué va todo eso? —me preguntó, cuando nos sentamos.

—Creo que Holmes trabaja en un caso secreto.

—¿Algo que no piensa revelarnos?

—Eso parece.

—¿Y usted no ha tratado de sonsacarle?

Sacudí la cabeza.

—Cuando Holmes quiere hablar, lo hace. No sirve de nada forzarle. Y menos cuando algo le inquieta de verdad.

Desde donde estábamos, le veíamos escribir frenéticamente, de pie, encorvado sobre la pared. La tiza arañaba y rascaba. Se partió. Holmes soltó un exabrupto.

No parecía concentrado. Parecía enfadado. Y eso era lo más extraño de todo.

2
UN PASEO ANTES DE LA LLUVIA

Otro día más. Uno de esos que transcurren sin estridencias, en la calma sospechosa que a menudo precede a los grandes giros del destino.

Mary-Belle estaba otra vez de visita, como casi todas las tardes. En algún momento, sin que nos diéramos cuenta, su presencia había pasado de eventual a habitual. Holmes no parecía notarlo, o no le importaba o, lo que es más probable, hacía ver que no lo notaba y que no le importaba.

Afuera, el cielo comenzaba a cubrirse de una pátina gris acerada, y el crujido de las ramas del plátano frente a la ventana anunciaba que el viento traía malas intenciones. Empezaba a chispear y en casa olía a tabaco de pipa, un poco como siempre.

—¿Les apetece tomar algo fuera antes de que se ponga a llover de verdad? —pregunté, mirando por el ventanal.

Holmes, que hojeaba con desgana una carta en la que un caballero se quejaba de que sus vecinos conspiraban contra él usando día y noche el inodoro a fin de volverle loco, alzó una ceja, esperanzado.

—Un refrigerio antes de la lluvia. No suena mal. ¿Dónde?

—Me han hablado maravillas del café Rémy, en Villiers Street. Dicen que hacen los mejores bollos de grosella de todo Londres. Y con estas nubes de tormenta, un té caliente y algo dulce no nos vendría nada mal. Sherlock, ¿no dijo usted hace un rato que necesitaba aclarar sus ideas con un paseo?

Holmes dejó la carta con gesto teatral.

—Lo dije anteayer por la tarde, a las cinco y cuarto en punto —explicó, dejando la carta del inodoro enloquecedor sobre la mesa con alivio—. Pero es una afirmación que sirve también para el momento presente.

Mary-Belle parecía encantada.

—Además, yo adoro los dulces. Y he oído que en Rémy hacen un pastel de limón para chuparse los dedos.

Todos estuvimos de acuerdo y, minutos después, bajábamos los escalones del falso 221B. El aire olía a hollín mojado y metal. El

viento arrastraba consigo partículas de carbón de alguna chimenea cercana. Mary-Belle se ajustó los guantes. Holmes cerró su abrigo sin decir palabra. Yo alcé la solapa del mío y comenzamos nuestra caminata.

Hicimos el recorrido que yo consideré más corto. Oxford Street se desplegaba como una arteria viva, donde el humo de los autobuses se mezclaba con el perfume caro de los grandes almacenes. Al girar hacia Tottenham Court Road, el bullicio bajó de intensidad. Las veredas olían a serrín húmedo, a pan reciente y a carbón. En Charing Cross Road, las librerías se alineaban una tras otra, arqueadas bajo el peso de tomos antiguos de lomos dorados. Cruzamos Trafalgar Square justo cuando las palomas se arremolinaban en círculos amplios, asustadas por un automóvil que pasó demasiado rápido. La columna de Nelson se alzaba enmarcando un cielo cada vez más oscuro. La calle Strand nos recibió con su habitual mezcla de teatros y despachos, de paso acelerado y olor a tinta.

—Ya casi estamos —anuncié—. Tengo hambre.

Al final de Craven Street, mientras avanzábamos bajo una lluvia cada vez más decidida, notamos cierta agitación frente a una de las casas más modestas de la vía. Una patrulla policial se hallaba apostada frente a la pensión Tully, un edificio de ladrillo oscuro, de esos que parecen haber sido construidos para parecerse a todos los demás del barrio y no llamar la atención.

—¿El azar llama a nuestra puerta? —pregunté, señalando con la cabeza a los dos agentes que custodiaban la entrada de la pensión.

Vestían el uniforme habitual del cuerpo metropolitano: abrigo largo azul marino, botonadura plateada con el escudo de la corona y un cinturón de cuero negro del que colgaba una pequeña porra. En la cabeza, el característico casco cónico con visera, rígido y algo anticuado, pero todavía en uso. Uno de ellos llevaba guantes de lana grises y el otro, empapado, intentaba secarse los bigotes con un pañuelo.

Holmes apenas giró la cabeza.

—Un robo en una pensión, seguramente. Nada interesant… —dijo,

aunque dejó la frase suspendida al detectar, de pronto, un rostro conocido.

—¡Holmes! —exclamó un hombre joven con impermeable gris y gorra a cuadros—. ¡Qué maravillosa coincidencia!

Era el inspector Egan, a quien ya conocíamos por el asunto del escultor mudo. Un escocés de barba rubia, siempre nervioso, con gesto decidido y una evidente admiración por Holmes que no disimulaba.

—Hola, Inspector —dijo Holmes con una inclinación de cabeza—. Lamentablemente, llevamos prisa…

—Por favor —interrumpió Egan con una voz que no ocultaba su ansiedad—. Estoy ante un enigma. Diría que se trata de algo muy curioso. Creo que le interesará.

Holmes dudó. El viento agitaba los faldones de su abrigo. Comenzaba a llover con más fuerza.

—Bueno, si es algo realmente curioso…

Entramos.

La pensión era estrecha y olía a lejía y a polvo. Dos plantas, una docena de habitaciones, pero solo dos alquiladas actualmente.

Nada más entrar, advertimos un montacargas de ropa en desuso que bajaba desde la planta superior hasta la lavandería. Holmes lo miró con atención y luego se volvió hacia el policía.

—Hágame un resumen de los hechos, inspector.

—La víctima se llamaba Lionel Pearce —explicó Egan mientras subíamos una escalera chirriante—. Empleado del servicio de correos. Lo encontraron esta mañana, apuñalado en su habitación.

—¿Robo?

—Nada falta, aparentemente. La puerta estaba cerrada por dentro, presumiblemente por la propia víctima. Hay una ventana entreabierta. La propietaria se extrañó de que su inquilino no bajara a desayunar, le llamó sin respuesta y, finalmente, pasadas unas horas, decidió avisarnos. Afirma no tener llave de las habitaciones para preservar la intimidad de sus arrendatarios.

Holmes examinó la cerradura sin decir palabra.

—¿Alguna huella? —pregunté.

—En la cerradura no. Solo cabe destacar barro en el alféizar de la ventana —respondió Egan—. Y lo curioso: huellas de bota femenina. Pequeña, de tacón bajo. ¿Una mujer escalando por el muro para matar a Pearce? Me cuesta imaginarlo. ¿Y a usted?

Hizo una pausa mientras los tres mirábamos por la ventana, hacia la pared exterior que caía a plomo hasta el angosto callejón trasero. Era un muro vertical de ladrillo liso, apenas interrumpido por una vieja tubería oxidada que descendía desde el tejado hasta la alcantarilla, demasiado fina y floja para servir de apoyo seguro. Las losetas del revestimiento no eran más que bloques uniformes de piedra ennegrecida, sin salientes, sin repisas, sin posibilidad clara de agarre.

—No solo es una cuestión de fuerza —continuó Egan, frunciendo el ceño—. Es que, con ese tipo de superficie, ni el acróbata de un circo tendría buena suerte. Y si añadimos la lluvia de anoche, el ladrillo mojado, el musgo en las uniones… no, no veo cómo alguien podría haber escalado eso sin dejar más que un par de manchas de barro en la ventana.

Holmes no dijo nada. Inspeccionó la habitación sin emitir palabra. Su mirada recorrió los objetos dispersos con rapidez meticulosa: una taza de té a medio terminar sobre la mesilla, la ventana (como bien había descrito Egan) entreabierta y con barro en el alféizar, una cama y una alfombra ligeramente desplazada junto a la pared del fondo.

Sherlock levantó entonces la alfombra y recogió un objeto que guardó en un bolsillo de su chaqueta. Egan se dio cuenta, pero antes de que pudiese preguntar, Holmes lo detuvo alzando una mano:

—Ahora no. Luego le explico.

Y entonces, como si una corriente invisible lo dominara, Sherlock empezó a girar lentamente en torno a la estancia. Caminaba en círculos concéntricos; primero grandes, luego más pequeños, con las manos cruzadas a la espalda y la mirada ausente. Su andar comenzó poco a poco a volverse irregular, como si ya no estuviera presente

en el cuarto, sino viendo algo que nosotros no podíamos ver. Mary-Belle y yo lo observábamos sin decir nada. Egan también.

Entonces, comenzó a hablar.

—Un crimen ciertamente curioso. Sucede en absoluto silencio. No hay gritos. Nadie ve al asesino. Nadie lo oye. La puerta permanece cerrada. La ventana, apenas abierta. Ni un testigo. Ni una alarma.

Se detuvo junto al cadáver, cubierto ahora por una sábana delgada.

—No hay señales de lucha, ni huellas de entrada forzada. El asesino o asesina… es metódico. Preciso. Un invitado que entró sin anunciarse, hizo lo que vino a hacer, apuñaló en el corazón al señor Pearce mientras dormía y se marchó sin emitir un solo sonido.

Se irguió y miró a Egan.

—Un visitante silencioso. No fue visto, no fue oído. Pero estuvo aquí.

Por un momento vi en sus ojos ese brillo casi febril que solo aparecía cuando se sentía retado por un misterio a su altura.

—Este paseo ha sido mucho más fructífero de lo que habíamos planeado, ¿no es así, Watson?

3
NUEVAS PISTAS

Vagamos por la casa durante casi una hora. Holmes avanzaba como un sabueso olfateando lo invisible, tocando paredes, midiendo distancias con la mirada y con sus manos, deteniéndose sin previo aviso para inspeccionar el polvo de los rodapiés o la curvatura de una baranda. Cada gesto parecía responder a un razonamiento interno al que ninguno de nosotros tenía acceso.

Mary-Belle, que seguía sus pasos embobada, se inclinó hacia mí y me susurró:

—¿Cómo cree que el asesino entró en la habitación para matar al señor Pearce? —preguntó—. Estaba cerrada desde dentro, ¿no?

Asentí lentamente.

—Sí, eso ha dicho el inspector. No le encuentro sentido, a menos que el asesino entrara y saliera por la ventana…

—¿Y cree que eso es posible?

—No lo sé. Hay algo que no encaja, y eso significa que Holmes es nuestro hombre.

Mary-Belle se volvió entonces hacia el inspector Egan, que venía unos pasos por detrás.

—¿Tiene algún sospechoso, inspector?

Egan hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Ninguno —dijo con cierta amargura—. Por eso les he pedido que vinieran. La escena no tiene sentido y la víctima no tenía enemigos conocidos. Los otros habitantes de la casa no oyeron nada y afirman que dormían a la hora en que suponemos se produjo el asesinato. Y ninguno de los vecinos ha notado movimientos extraños. Es un lugar tranquilo. Una de esas pensiones donde la gente viene a esconderse o a malvivir, no a provocar escándalos.

—¡Qué emocionante misterio! —murmuró Mary-Belle.

Holmes, ajeno a nuestra conversación, se había detenido ante una marca apenas visible en el suelo. Se inclinó, la examinó con la lupa y, sin decir palabra, continuó su exploración.

—Inspector Egan —dijo—, necesito una lista completa de los habitantes de esta casa. ¿Quién vive aquí exactamente?

—Tres personas, contando al fallecido: dos inquilinos y la propietaria. Es una pensión pequeña, de renta baja. Lionel Pearce ocupaba un cuarto en el segundo piso. La señora Edith Crowley, la dueña, tiene una habitación en la planta baja. Viuda, cerca de los setenta, mujer de pocas palabras. El otro cuarto ocupado, en el primer piso, es el de la señorita Margaret Barnsworth: joven, soltera, taquígrafa en una oficina.

Holmes entrecerró los ojos.

—Traiga el calzado de ambas damas, si es tan amable. Y, ya que estamos, incluya también el de Pearce. Quiero comparar las suelas.

Egan no discutió. Dio instrucciones a un agente y, en pocos minutos, teníamos sobre una mesa improvisada varios pares de calzado, cada uno depositado cuidadosamente sobre papel de periódico.

Holmes se inclinó con reverencia.

—Bien… —dijo, tocando el primer par con la punta de su bastón—. Aquí tenemos las botas de la señora Crowley: cuero envejecido, costuras gastadas en los bordes, suelas de goma con clavos torcidos. Número cinco y medio. Talón cuadrado, desgastado hacia el exterior. Muy similares a las huellas halladas en el alféizar.

Pasó al calzado de la inquilina.

—Los zapatos de la señorita Barnsworth. De charol negro. Modelos cerrados, más propios de oficina que de paseo. Tacón medio. Pero hay un par de botas muy parecidas a las de su casera: también de cuero, bastante gastadas, pero de la talla seis. Un poco más grandes que la huella de la ventana.

Después de examinar el calzado de Pearce, Holmes se levantó de un salto y le vimos encaminarse de nuevo hacia la planta superior, donde estaba la escena del crimen.

Miró por la ventana de la habitación del difunto. Estábamos a más de ocho metros del suelo. Mucha distancia para una mujer de edad avanzada, la única persona de la casa cuya talla encajaba con la huella.

Holmes meneó la cabeza y prosiguió su examen de la habitación.

Regresó al pasillo, bajó las escaleras, e inspeccionó las habitaciones de la inquilina, la señorita Barnsworth; más tarde descendió a la planta baja e hizo lo propio con las de la dueña de la pensión Tully, la señora Crowley.

Mary-Belle le seguía como un perrito faldero, pero el inspector Egan y yo aprovechamos para charlar de todo un poco. Me preguntó por mi pasado como oficial y le relaté parte de mis experiencias en Francia durante la Gran Guerra, aquellas interminables jornadas en Ypres, entre el barro, la sangre y el eco de los obuses.

—Qué casualidad, doctor Watson… Mi padre fue sargento en Ypres. Debieron de luchar cerca el uno del otro. Habla mucho de aquella época. Dice que los médicos del RAMC eran verdaderos valientes.

Sonreí, con una mezcla de orgullo y melancolía; los médicos del ejército, la Royal Army Medical Corps, o RAMC, estábamos muy bien considerados. Y con razón.

—Dele saludos de mi parte a su padre. Seguro que él también luchó con valentía.

—Volvió con una pierna menos, y no pierde la oportunidad de enseñarnos sus condecoraciones.

Mientras Egan y yo conversábamos junto al ventanal de la escalera, Holmes parecía absorto examinando el montacargas: ese cajón angosto de madera con poleas chirriantes que descendía hasta la lavandería del sótano. Se levantó de pronto, con ese movimiento seco y preciso que anunciaba el despertar de su pensamiento. Caminó despacio unos pasos y, de pronto, sacó su libreta de notas. Escribió una sola palabra, clara, grande, como un titular:

AUTOMATISMOS.

Luego, de forma aún más inquietante, añadió una serie de letras agrupadas de cinco en cinco. No necesitaba leerlas para saber lo que eran: los mismos signos en clave que había trazado en nuestra casa, el falso 221B.

Me quedé inmóvil, mirándolo. ¿Tenía todo aquello relación también

con el asesinato de Lionel Pearce? ¿O formaba parte de ese otro misterio, más profundo, más personal, que Holmes aún no compartía con nosotros? ¿O todos los misterios formaban parte de un misterio mayor?

Holmes cerró la libreta, la devolvió a su abrigo y comenzó a avanzar por el pasillo con una expresión de creciente concentración. Entró de nuevo en la habitación de la propietaria, la señora Crowley. No parecía contento; algo faltaba en su razonamiento. Iba de un lado a otro, de una planta a otra, decidido a encontrar lo que necesitaba.

Finalmente, sus pasos le llevaron hasta el final del corredor del primer piso, donde una pequeña puerta de listones revelaba el armario comunitario. No era más que un hueco empotrado en la pared, mal ventilado, con un solo estante torcido y una serie de perchas oxidadas, varios pares de botas y productos de limpieza.

—Una casa humilde —dijo, más para sí que para nosotros—, donde cada metro cuenta y nada se tira si puede aún cumplir alguna función.

Abrió la puerta sin ceremonias. En el interior había un cubo, una escoba maltratada, una caja de zapatos con cordones sueltos, varias chaquetas viejas colgadas sin orden y una repisa de madera a media altura donde reposaban objetos más variados: una lámpara sin bombilla, un marco roto, una guía de autobuses y (Holmes se detuvo) una funda de terciopelo oscurecida por el polvo.

Metió la mano con cuidado y extrajo una daga pequeña, de hoja estrecha, el mango tallado en hueso. La sostuvo a la altura de los ojos. Había una mancha de color marrón oscuro justo en la punta: casi seca de todo, inconfundible.

—Sangre —murmuró—. El arma del crimen.

Del bolsillo interior de su abrigo sacó un sobre de papel grueso y lo abrió. Con suma delicadeza, introdujo la daga en su interior.

—¿Qué demonios hacía eso ahí? —preguntó Egan, acercándose—. ¿Cómo no lo han hallado mis hombres?

—Estaba bien escondida. A plena vista, que es donde se

encuentran los escondites más difíciles.

Holmes dejó la puerta del armario abierta. Chasqueó la lengua y dijo:

—Quiero hablar con la señorita Barnsworth. ¿Dónde se halla?

—La tenemos esperando en el salón de la planta baja —informó Egan—. A ella y a la señora Crowley. Les he pedido que permanezcan disponibles. Están algo inquietas, como es lógico.

—Perfecto. Vamos allá —dijo Holmes, dando un salto y abalanzándose corredor abajo en uno de sus raptos habituales de energía.

Yo le seguí, con Egan a mi lado. Mary-Belle, tras un momento de duda, nos siguió también. Era evidente que la señorita Barnsworth tenía algo que decir. Y Holmes estaba listo para escuchar.

4
EL INTERROGATORIO Nº1

Entramos en el salón. Era una estancia modesta pero pulcra, con una alfombra raída de motivos florales, un piano en la esquina y un reloj de pared que marcaba la hora con una lentitud solemne. Dos sillones de respaldo alto estaban dispuestos junto a la chimenea, donde las dos mujeres aguardaban sentadas. El rostro de la joven Barnsworth mostraba preocupación; el de la señora Crowley, algo más parecido al temor, o la duda, o… algo indefinible, algo que en ese momento no supe interpretar.

Holmes avanzó unos pasos y, tras una breve mirada a ambas, se detuvo en seco.

—No, inspector Egan —dijo con tono decidido—. He cambiado de opinión. Ordene que lleven a la señorita Barnsworth a otra habitación. Ya tendremos ocasión de hablar con ella después.

La joven lanzó una mirada fugaz a Holmes. Cuando la puerta se cerró tras ella, quedamos en el interior Holmes, Mary-Belle, el inspector Egan, la señora Crowley y yo mismo.

Sherlock se acercó a la anciana.

—Dígame por qué mató a su inquilino, señora Crowley. ¿Qué le había hecho el señor Pearce?

La mujer abrió los ojos de par en par. Se aferró con fuerza a los brazos del sillón. Sus manos, aunque arrugadas, no temblaban ni un ápice.

—¿Yo? ¡No…! Le aseguro que…

—No me mienta. Lo sé todo. Su historia no se sostiene. El señor Pearce le debía dinero, ¿no es cierto?

Ella palideció. Holmes sacó del interior de su abrigo un documento arrugado, con bordes doblados y membrete en tinta azul.

—Reconocerá esto. Lo he cogido cuando he registrado sus habitaciones. Es una carta suya, enviada hace un mes, en la que le daba al señor Pearce diez días para abandonar las habitaciones por impago.

—Eso no significa que yo…

—Pero él no se marchó. Se negó. Y usted presentó la oportuna

denuncia ante el Consejo Municipal de Westminster. Una queja formal que obra en poder de la administración. Hace poco le fue notificado que este próximo 6 de junio, la semana que viene, su inquilino iba a recibir una orden oficial de desahucio.

Holmes se inclinó hacia ella.

—Pero usted no quería esperar, ¿verdad?

La mujer tragó saliva.

—Yo no lo maté —dijo—. Lo juro por mi difunto esposo. Pero… sí, sí que deseaba que se marchara. Me hacía la vida imposible.

Holmes asintió, como si eso confirmase sus sospechas.

—Entonces dígame, señora Crowley… si no lo mató, ¿qué significa este cuchillo?

Holmes extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un sobre grueso, que abrió con un gesto seco. De su interior sacó la daga que habíamos hallado en el armario comunitario. La cogió con dos dedos, dejando que la empuñadura tallada brillara unos segundos bajo la luz de la lámpara.

—¿Negará que es suya? Las iniciales están bien claras: E. C., Edith Crowley.

La anciana miró la daga como si de pronto hubiese aparecido de la nada un recuerdo olvidado.

—Esa… esa daga… fue un regalo. De mi difunto esposo. La compró en Edimburgo. Era parte de un juego de escritorio… algo decorativo. No es un arma propiamente dicha.

—Y, sin embargo, está muy afilada y sirvió al propósito del asesino, que no era otro que apuñalar al señor Pearce y darle muerte.

La mujer pareció encogerse sobre sí misma. Pero no tenía el aire de quien ha sido atrapado, sino de quien duda de lo que sabe y de lo que ignora.

—No he visto esa daga en años. Pensé que andaba en algún cajón o… perdida. Yo… le aseguro que no. Yo no…

—No lo niegue más —intervino Holmes, esta vez con una voz curiosamente amable, casi compasiva.

Ella lo miró con los ojos vidriosos.

—Pearce era un hombre desagradable. Margaret Barnsworth, la joven que ha visto antes… me dijo que le hacía proposiciones… indecentes. Ella es una buena muchacha. Él no pagaba. No quería irse. Y ponía en peligro la honra de Margaret. ¿Y si decidía propasarse? Yo… algo tenía que hacer.

—¿Algo como matarlo?

—¡No! ¡Echarlo! A eso me estoy refiriendo.

Holmes levantó una ceja. Metió la mano en otro de sus bolsillos y sacó una pequeña horquilla de plata, con dos cabellos grises aún enroscados entre los dientes metálicos.

—Esto lo encontré en la alfombra, en la habitación del difunto. Estaba a unos centímetros del cuerpo.

Se la tendió. Ella la tomó con manos temblorosas, la examinó en silencio. Su rostro se endureció, luego se ablandó. La sujetaba como si fuese algo muy pesado.

—Es mía, sí. Y… sí, claro… es mi cabello. Nadie más en esta casa tiene el pelo blanco.

Parpadeó. Una, dos, tres veces.

—Pero… ¿cómo…? ¿Fui yo la asesina? ¿De verdad fui yo?

Miró a Holmes, desorientada, como quien se despierta en mitad de una pesadilla.

—Debí de ser yo, sí. Las pruebas parecen concluyentes.

Sherlock adoptó una pose triunfal, con los brazos en jarras.

—Así es como lo hizo —explicó—. Estaba furiosa. Una furia largamente acumulada. Discutieron, seguramente por la señorita Barnsworth. Da igual. Lo cierto es que el señor Pearce le cerró la puerta en las narices y se negó a hablar con usted. Y entonces, usted supo que no podía permitirlo. No después de todo lo que había tolerado.

Dio un par de pasos hacia el centro del salón.

—Salió a la calle, escudada en la oscuridad de una noche sin luna. Nadie la vio: ni un paseante anónimo, ni los vecinos. Nadie. Con sus botas del número cinco y medio, trepó por la pared como quien recupera, por un instante, la fuerza de la juventud. Una escalada

peligrosa. Y usted, señora Crowley, la hizo sin dudar. Porque es mucho más fuerte de lo que aparenta.

Edith Crowley miró a su interlocutor con ojos vacilantes.

—¿Lo soy?

—Sí, lo es, señora mía. Una mujer decidida y todavía ágil, resuelta a acabar con la injusticia que tenía lugar bajo su propio techo.

Holmes se detuvo un segundo. La anciana había bajado la mirada.

—Entró por la ventana, Pearce estaba solo, dormido. Tomó la daga que había traído consigo y le clavó el arma sin darle tiempo a gritar. Y, cuando se percató de que la puerta estaba cerrada por dentro… se sintió muy satisfecha. Porque nadie pensaría que una viuda septuagenaria pudiese escalar ese muro. Salió como entró. Cerró la ventana casi del todo. Se creyó a salvo.

—Sí —murmuró Edith Crowley—. Pasó tal y como lo cuenta. Yo no quería… pero no me dejó otra salida. Era un hombre cruel. Pobre Margaret. La puse a salvo. Ahora lo recuerdo… sí. Ahora recuerdo haber clavado esa daga en su pecho.

Mary-Belle se llevó las manos a la cara, horrorizada. Egan miraba a Holmes con una mezcla de incredulidad y admiración, como si no acabara de creer lo que acababa de escuchar. Y todavía menos lo que sucedió a continuación.

Holmes dio un paso adelante y lanzó un grito seco, que hizo vibrar los cristales de la ventana:

—¡Y ahora falta lo más importante! ¿Pensó que quedaría impune de su otro crimen?

—¿Otro crimen? —balbució ella, espantada.

—El de la señora MacGillicuddy, por supuesto.

Egan se volvió y me miró con los ojos muy abiertos. Su expresión decía con claridad: "¿De qué demonios está hablando?"

Me encogí de hombros, incapaz de ofrecerle una respuesta.

Holmes, imperturbable, había comenzado a caminar por la habitación como si hablara más consigo mismo que con los presentes.

—Todo el mundo comenta aún la horrible muerte de la señora

MacGillicuddy. Una anciana caritativa, conocida por sus donaciones al hospital del barrio, por las visitas semanales al asilo de mendigos de St. John's Lane, por las clases de lectura que daba a niñas huérfanas en su propio salón… Una mujer buena, devota, que no tenía enemigos. Y, sin embargo, alguien (un desalmado… o, mejor dicho, una desalmada) la empujó cuando pasaba el tranvía frente al Savoy Hotel.

Holmes se golpeó el puño en la palma de la mano.

—Ese crimen no fue cometido por odio, sino por envidia —prosiguió —. La señora MacGillicuddy tenía una posición social envidiada, una fama construida con décadas de buenas acciones. Solo alguien amargado podría haber querido borrarla de este mundo.

Edith Crowley abrió los labios con dificultad.

—Se lo juro… ni siquiera había oído hablar de esa mujer… —murmuró.

Holmes bajó la voz hasta convertirla en un susurro. Me llamó la atención que cambiara el tono y el volumen de su voz constantemente. Debía de tener una explicación.

—No puede mentirme a mí, señora Crowley. No a Sherlock Holmes. Yo lo sé todo.

Edith parpadeó. Le miró como si lo viera por primera vez. Sus ojos se agrandaron.

—¿Usted es…? ¡No puede ser! ¡El mismísimo Sherlock Holmes! He leído todos sus libros… todos. *El perro de los Baskerville*, *El signo de los cuatro*, *Escándalo en Bohemia*… ¡Ah! Qué historia tan tremenda aquella… ¡Irene Adler! Qué mujer…

De pronto, se detuvo. Su mirada se nubló.

—¿Yo maté a la señora…?

—MacGillicuddy —completó Holmes—. Sí. Lo hizo. La envidiaba.

Edith parpadeó de nuevo, varias veces.

—Sí. Es verdad. Yo… yo odiaba su ropa.

—Tan cara… —añadió Holmes con suavidad—. No tenía derecho a vestir así. ¡Con tanta gente pasando hambre! Y sus sombreros. Sobre todo uno de ala…

—…ancha, sí —dijo la anciana—. Se pavoneaba por Adam Street como si fuera de la realeza.

Edith suspiró.

—La empujé. No podía más. La seguí. Me puse a su lado… y la empujé cuando vi que llegaba el tranvía.

Entonces, la anciana sonrió.

—Sherlock Holmes… en mi humilde casa. Qué gran honor.

Holmes se acercó a Edith Crowley y cogió una mano entre las suyas, como si quisiera ofrecerle consuelo.

—Gracias por todo, señora. Ahora la policía la acompañará a sus habitaciones.

Ella asintió débilmente, aún sonriendo como si acabara de recibir la visita del rey Jorge en persona. Egan abrió la puerta del salón e hizo una seña a dos agentes, que se aproximaron y, con suavidad, ayudaron a la anciana a levantarse. Pero ella los rechazó y echó a caminar con paso firme, como si los años no le pesaran. Era una mujer enérgica; no aparentaba su edad. Me recordó, mientras se alejaba, a una institutriz prusiana que tuve siendo niño. Tenía, a pesar de su avanzada edad, la fuerza de una mula.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Luego Holmes se estiró la chaqueta y habló con determinación.

—Bueno, está todo claro, ¿no?

Egan se pasó una mano por su cabello rubio, despeinándolo más de lo que ya estaba.

—¿Claro? —dijo, perplejo—. Ha confesado, sí… pero ¿quién demonios es la señora MacGillicuddy? Nunca he oído hablar de ella.

Mary-Belle ladeó la cabeza.

—Yo tampoco.

Me volví hacia ellos.

—A mí no me miren. ¿MacGillicuddy? No recuerdo haber leído ese nombre en ninguna parte, ni siquiera la noticia de su muerte en los periódicos.

Holmes levantó una mano, como un prestidigitador listo para revelar su truco final.

—No han oído hablar de ella porque toda esa historia me la acabo de inventar. Su nombre, sus ropas, el tranvía, la caridad, la envidia, todo. Un crimen ficticio, creado para confirmar una intuición.

Mary-Belle abrió la boca, pero no dijo nada.

—Vamos, de verdad —prosiguió Holmes, cruzando la sala con paso rápido—, ¿no lo ven?

El inspector negó con la cabeza. Yo hice lo propio. Holmes señaló la puerta.

—Ahora lo entenderán. Que pase la señorita Barnsworth y podremos terminar, por fin, con esta investigación.

5
EL INTERROGATORIO Nº2

—Lo primero que me llamó la atención de esta pensión —dijo Holmes, deteniéndose frente a la chimenea— fue lo vacía que estaba. Diez habitaciones de doce completamente desocupadas. En Londres, incluso en tiempos de incertidumbre (hay crisis siempre, de una forma u otra), esto no tiene sentido. No en una zona como Craven Street, a un tiro de piedra del Támesis y de Whitehall. Desde el punto de vista empresarial, no me cuadraba.

La señorita Barnsworth, sentada en una silla junto a un piano cubierto de polvo, no apartaba la vista del detective. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo, el rostro impasible.

—Guardé esa información —prosiguió Holmes—. Sabía que llegaría el momento de usarla. Luego vinieron las pistas, pequeñas al principio, pero reveladoras si se sabían interpretar: la horquilla de la señora Crowley bajo la alfombra, los papeles encontrados en su habitación mostrando el conflicto creciente con el señor Pearce, la huella de unas botas de su talla en el alféizar de la ventana… Y lo más flagrante: una daga con sus iniciales escondida en el armario comunitario.

Mary-Belle asintió, absorta en las palabras del detective. Volvió la cabeza cuando Holmes señaló a Egan.

—El inspector nos encontró en plena calle en las primeras etapas de su propia investigación. Estoy seguro de que, de haber tenido más tiempo, habría reunido todas estas "pruebas" dispuestas con tanto esmero para incriminar a la señora Crowley.

—¿Incriminar? —pregunté.

—Oh, sí. Deliberadamente. Nos hallamos ante una obra de teatro cuidadosamente montada para dirigir la culpa hacia alguien que, lamentablemente, apenas puede defenderse.

Holmes dio una vuelta breve por la habitación y se frotó las palmas de las manos.

—Mi intención era interrogar primero a la señorita Barnsworth —continuó—, pero al entrar en este salón, la señora Crowley me lanzó una mirada… apagada, perdida. No soy alienista ni tengo formación

psiquiátrica, pero uno aprende a leer ciertos síntomas. Señales de lo que los manuales llaman debilidad senil o decadencia lúcida: fragmentación del juicio, alta sugestionabilidad. Una mente frágil, anciana, que ya no es capaz de gobernarse.

Sherlock miró de reojo a la señorita Barnsworth.

—Y pensé que debía calibrar el grado exacto de esa fragilidad. Medir cuánto podía ser manipulada. Ya lo vieron: con la voz justa, subiendo el tono en un punto, bajándolo en otro… habría confesado el asesinato de la reina Victoria si aún estuviera viva.

Entonces, se giró hacia la taquígrafa.

—Y llegados a este punto, es cuando por fin debo hablar con Margaret Barnsworth.

La muchacha compuso una mueca, pero no era un gesto amable, ni mucho menos. Era un gesto torcido, arrogante, que asomaba apenas por la comisura izquierda de su boca y subía hasta la mejilla, como si estuviera a punto de lanzar una carcajada.

—No sé qué piensa, qué se imagina y, todavía menos, qué insinúa —dijo con firmeza—. Pero si de verdad cree que tengo algo que ver con la muerte del señor Pearce, es usted un imbécil.

El inspector Egan se incorporó de golpe.

—¡Señorita! Le ruego que modere sus palabras o…

—Vamos, señor inspector —replicó Margaret con un encogimiento de hombros—. Tengo la impresión de que el señor Holmes quiere acusarme de asesinato. En estas circunstancias, los buenos modales no son mi principal preocupación.

—Pero…

—Déjela hablar como quiera —dijo Holmes con calma, poniendo una mano en el hombro de Egan—. Tal vez hable de más y acabe por cavar su propia tumba.

El joven inspector obedeció. Se dejó caer en su sillón, expectante, como todos nosotros.

—No sé muchas cosas, señorita Barnsworth —prosiguió Holmes, avanzando lentamente hacia ella—. Pero permítame compartir lo que imagino, y usted me corrige si me equivoco.

—Cómo no. Será un placer —dijo ella, sin una pizca de temor.

—¿Paga usted por vivir aquí?

—No. La señora Crowley me cogió afecto cuando llegué a Londres desde Cardiff. Hace tiempo que me dispensó de pagar. Dice que quiere que ahorre para tener una buena dote. Quiere que consiga un marido adecuado.

—¿Y la señora Crowley ha hecho testamento?

—No lo sé.

—Se lo preguntaré otra vez. ¿Ha hecho testamento?

Margaret bufó.

—No he visto el testamento y no tengo pruebas de que lo haya hecho. Pero alguna vez me ha dicho que, a su muerte, heredaré una buena cantidad.

—¿Una buena cantidad o todo el montante?

—Digamos que Edith no se habla con sus hijos desde hace más de treinta años. No creo que ellos hereden mucho. Sin embargo, usted ha tenido oportunidad de conocerla; creo que se habrá hecho una idea clara de lo que sucede: su mente le está fallando, sí, pero físicamente está como un roble. No creo que muera en diez años, al menos. Así que no me veo heredando próximamente.

—Pero… por muy fuerte que esté, si la cuelgan por matar a Lionel Pearce, creo que usted acabaría ganándose esa cantidad, grande o pequeña, que figura en su testamento.

Margaret parpadeó. El razonamiento de Holmes se deslizó como una daga por la mente de la muchacha. Una daga también con las iniciales E.C. Por un instante se quedó rígida; luego, la máscara comenzó a quebrarse. Sus ojos pasaron del enfado al sobresalto. Titubeó. Respiró por la boca, como si quisiera decir algo, pero no lo hizo.

—Reflexione, señorita Barnsworth —insistió Holmes—. Tenemos un móvil y, pronto, podré demostrar que pudo hacerlo. Móvil y oportunidad. Irá usted a prisión.

Margaret se enjugó el rostro con el dorso de la mano, se mordió el labio inferior y pareció tomar una decisión. Su espalda se enderezó

levemente. Con el mismo tono con el que antes había insultado, dijo:

—Está bien. Supongo que no tiene sentido mentir más.

—No lo tiene —dijo Holmes, cruzando los brazos.

Margaret inspiró hondo.

—Le hablaré de una chica que lo ha pasado mal. Muy mal. De verdad. Hambre en Cardiff. Una familia rota… un padre alcohólico que venía por las noches y golpeaba a sus hermanos. Otras veces, a ella. Una madre que no creía en nada. Ni en sus hijos. Ni en ella misma. No creía merecer nada mejor que el esposo y la vida que tenía.

Hizo una pausa.

—Esa chica de Cardiff —continuó— huye de su miserable existencia y llega a Londres. Pero no quiere volver a pasar hambre. Y no es fácil ganarse la vida. Así que aprende a hacer pequeños "trucos" para poder comer: cambiar etiquetas en las tiendas para comprar objetos de lujo a precio de ganga, coger un bolso olvidado, mentir para conseguir un empleo que no merece. Nada grande. Nada violento. Solo sobrevivir.

Se pasó una mano por el cabello, nerviosa.

—Luego encuentra trabajo de taquígrafa. En una buena oficina. Tiene que vestir bien, hablar con corrección. Y lo hace. Pero eso no basta. Una mujer sola no puede vivir dignamente de su sueldo. Todo se va en mil pequeños gastos. Se mata trabajando… y sigue siendo pobre.

«Un día, abre los ojos y se da cuenta de que todo el mundo en Londres está en su misma situación. Todos los que conoce trabajan hasta deslomarse… y nadie tiene nada; solo los mismos de siempre, los ricos, los que salen ganando mientras el resto vive en la pobreza. Y entonces, ya no le basta con robar migajas. Mira a su alrededor, buscando una oportunidad, y descubre que en la casa donde vive puede conseguir el premio gordo.

Miró hacia la puerta, por donde se habían llevado a la señora Crowley.

—Edith está sola. No habla con su familia. Se pelearon por unas tierras y jamás retomaron el trato. Apenas sale y… bueno, si una es observadora, puede darse cuenta de que a veces olvida cosas. Da vueltas por la casa, murmurando, sin saber en qué día vive. Incluso tiene alucinaciones, habla con sus hijos pequeños y los regaña por una travesura, aunque viven en Mánchester y tienen más de cincuenta años. Así que la chica de Cardiff comienza a pedirle dinero: pequeños préstamos que luego su casera olvida haberle dado. La convence más tarde de que no le cobre por la habitación. Y todo va bien, comienza a ahorrar… hasta que decide que quiere más. Y piensa en vender la pensión y quedarse con el dinero. Pero, para eso, hay que echar a los otros inquilinos. Y no es tarea fácil.

—Algunos tienen contratos de larga duración. Y, con la ley inglesa, no se les puede echar así como así. Habría que esperar meses, o… encontrar un modo de que se fueran por su cuenta, haciéndoles la vida imposible.

En ese momento, Holmes alzó de nuevo la mano. No para detenerla, sino para indicar que la había comprendido. Margaret prosiguió, pese a todo, como si contar aquella historia fuera más fácil que callarla.

—Así que esa chica imaginaria —añadió— empieza a provocar pequeñas fricciones con los demás inquilinos. Nada evidente, claro: comentarios inocentes que no lo son tanto, pequeños malentendidos, consejos "bienintencionados" que siembran cizaña. Y, poco a poco… los inquilinos se van. Uno por uno. A los que vienen a interesarse por una habitación se les piden precios imposibles o, directamente, se les invita a marcharse con excusas. La señora de la casa, con su pequeña pensión de viudedad y unos ahorros bien gestionados, no tiene problemas de dinero y delega en su joven inquilina casi todas las gestiones. "Ya vendrán otros", le dice la joven a la anciana. Pero no vienen. Y a esta no le preocupa demasiado. Probablemente ni se da cuenta.

»Al final… solo queda uno que resiste: Lionel Pearce. Un empleado de correos. Puntual, minucioso. Difícil de manipular. No se deja provocar. No responde a los desplantes. Pero esa chica consigue

engañar una vez más a la anciana propietaria, le dice que Pearce se está propasando con ella y la convence para que lo invite a marcharse de una maldita vez. La acompaña a presentar la denuncia cuando el hombre se niega y decide quedarse. Y, un buen día, queda tan solo una semana para que Pearce se vaya. Repito: una semana. Después de eso, ya no habrá obstáculos. La casa podrá venderse. Y nuestra chica podrá convencer fácilmente a la anciana de transferirle el dinero, "para que no se preocupe más por nada", "para que esté cuidada". El resto se lo pueden imaginar. La chica se va con el dinero y comienza una nueva vida.

Margaret clavó sus ojos en los de Holmes, desafiantes.

—Porque esa chica no tiene necesidad de matar a nadie. Y mucho menos de hacerlo de forma tan absurda. ¿Sembrar pruebas contra una mujer que, en una semana, le dará el dinero que necesita? ¿Qué clase de estafadora haría eso?

Holmes suspiró largamente.

—Así que usted admite ser una estafadora, pero niega ser una asesina.

La señorita Barnsworth apretó los labios.

—Algo así. Aún no he estafado realmente a la señora Crowley, apenas unas libras, y todo lo que he confesado no es un delito, o por lo menos nada grave. Pero sí, soy una timadora. Muy buena, por cierto. Y no, no he matado a nadie, y menos a ese idiota estirado de Lionel Pearce.

En la habitación, el tic-tac del reloj de pared era el único sonido que llegaba a nuestros oídos. Al menos, hasta que Holmes dijo:

—Regrese a sus habitaciones, señorita Barnsworth. Necesito pensar.

6
UNA LLAVE MAESTRA

Holmes se puso en pie con brusquedad y salió del salón sin mediar palabra. En el pasillo, su voz me llamó, escueta, grave:

—Watson, acompáñeme un momento.

Le seguí. Nos detuvimos en el recibidor, bajo un espejo empañado. Holmes me miró y, por un instante, su rostro dejó entrever algo que rara vez mostraba: incertidumbre.

—Dígame, Watson… ¿cree usted que una mujer en el estado de la señora Crowley podría, siquiera por momentos, volver a ser la que fue? Me refiero a ser ella misma, en pleno control de sus facultades.

Consideré con cuidado mis palabras antes de pronunciarlas:

—En medicina, lo que le pasa a Edith Crowley es comúnmente llamado "debilidad senil progresiva", aunque algunos prefieren hablar de "demencia presenil" o "melancolía involutiva". Hay quienes incluso distinguen entre "estado confusional crónico" y "alteración intermitente del juicio". En cualquier caso, Holmes, lo cierto es que… el cerebro sigue siendo, para nosotros, un misterio con muchas formas, como el famoso trastorno alemán.

—¿Trastorno alemán? ¿Se refiere al que describió el doctor Alzheimer?

—Exacto. Desde que Alois Alzheimer presentó aquel caso de Auguste D. en Fráncfort, hemos sospechado que existe un patrón degenerativo de origen orgánico: placas en el cerebro, fibras alteradas… pero aún no sabemos cómo, ni por qué. Y mucho menos cuándo. Algunos pacientes tienen períodos de lucidez incluso en fases avanzadas. Recuerdan cosas, actúan con lógica, parecen… ellos mismos. Y eso sin contar que hay muchas otras formas en que el cerebro se degenera que no son el Alzheimer. Este caso, particularmente, no me lo parece. Pero es algo similar, sin ninguna duda.

—Y, sea cual sea la enfermedad degenerativa que afecta a la señora Crowley, ¿qué podría provocar una súbita lucidez, eso que antes he descrito como *volver a ser ella misma*, aunque fuera temporalmente?

—Muchos factores. Un medicamento nuevo que se invente en el futuro, un objeto cargado de recuerdos. Pero, sobre todo, Holmes… un evento traumático. Un sobresalto emocional. Algo que sacuda, aunque sea brevemente, el alma atrapada entre la niebla.

Holmes cerró los ojos. Luego giró sobre sus talones y cruzó el pasillo con paso decidido.

—¿A dónde va? —pregunté.

—A confirmar una hipótesis —murmuró sin detenerse.

Y, por supuesto, le seguí. Como siempre.

Holmes cruzó el umbral de las habitaciones de la señora Crowley. Era un cuarto amplio, cálido, con muebles de época bien conservados, tapizados florales algo pasados de moda y una vitrina de cristal con porcelanas. Las cortinas estaban corridas a medias, dejando entrar una luz tamizada que acariciaba un bordado a medio terminar sobre una mesa de costura. El bordado tenía polvo; hacía meses que nadie trabajaba en él.

Sobre la cómoda había dos fotografías enmarcadas. La primera, la de un hombre de mediana edad, probablemente una foto antigua de su difunto esposo. La otra representaba una cuna rosa, vacía, adornada con encajes. Ningún bebé en su interior. Era una imagen insólita, casi inquietante por su ausencia. En la repisa no había retratos de niños, ni de jóvenes ni de adultos. Ninguna imagen de sus hijos varones.

—Hola de nuevo —dijo Holmes.

La anciana alzó la vista desde su butaca junto a la ventana, con expresión confusa.

—¿Nos conocemos?

Yo noté de inmediato la expresión de Holmes: había tomado la decisión consciente de no ser "Sherlock" para ella, no esta vez. No deseaba desencadenar una nueva crisis de admiración desbocada ni una de esas confesiones erráticas que tan bien había sabido arrancar antes. Ahora quería claridad.

—No nos conocemos, señora Crowley. Soy solo un investigador —dijo simplemente—. Quería hablarle de un pequeño problema que

me ha surgido a la hora de cerrar este caso.

—¿Qué caso?

—El caso de su inquilino fallecido. ¿Recuerda que ha muerto el señor Pearce?

—Ay, sí… Claro… perdóneme usted —dijo Edith Crowley, llevándose una mano al pecho—. A veces… se me va un poco la cabeza, ¿sabe? Pero sí, le ayudaré en lo que pueda. ¿De qué quiere hablarme?

Holmes se adelantó un paso.

—Verá… no podemos acceder a la habitación del señor Pearce. Se nos ha cerrado por error y hemos perdido la llave del inquilino. ¿Tiene usted copia? Ya sé que siempre dice que no, pero he pensado que tal vez…

—Oh, no, no la hay. Yo siempre he respetado la intimidad de mis huéspedes. Cada habitación tiene su llave… y solo su ocupante la posee. Es una norma de esta casa desde hace muchos años.

—Lo comprendo —dijo Holmes con paciencia—. Sé que usted llamó a la policía cuando su inquilino no dio señales de vida. Pero, y si… no sé, ¿qué pasa si se declara un incendio? O si alguien grita desde la cama, incapaz de moverse, pidiendo ayuda. ¿Qué se haría en una situación así? Seguro que hay pensada una excepción para un caso semejante.

La anciana lo miró fijamente por un instante, como sopesando una respuesta. Luego llevó un dedo arrugado a los labios y lo apoyó con suavidad.

—¡Psst! Si no dice nada, le cuento un secreto.

—Seré como una tumba.

—Tengo una llave maestra —susurró, con un gesto infantil.

Holmes se golpeó la frente.

—¡Por supuesto! La llave maestra. No una copia que encaja en una cerradura… sino una que las abre todas. Y usted nunca mintió, señora Crowley: siempre dijo que no tenía una llave que abriese una habitación en particular… porque tenía una que abría todas.

—Así es —dijo la señora Crowley con una sonrisa, señalando una de las dos fotos sobre la cómoda—. Fue idea de Tulius, mi querido

Tully. Mi marido siempre fue muy inteligente, tal vez por eso su madre le puso ese nombre, como Marco Tulio Cicerón, el gran político romano. Mi Tully pensaba en todo, ¿sabe?… Le echo de menos.

Hubo un breve silencio, no incómodo, sino respetuoso. Ahora sabíamos por qué la pensión se llamaba "Tully". Holmes bajó un poco la cabeza hacia su interlocutora:

—¿Sabe dónde está?

—Mi marido murió hace cinco años. Está en el cementerio de Kensal Green, al lado de su hermana... —Su voz se quebró por un momento—. Le llevo flores cada semana.

—No, no, señora. Lo que quiero saber es dónde está la llave maestra.

—Ah, claro —repuso Edith—. Está en mi joyero. Debajo de mi collar de cuentas de ámbar. Al fondo de todo, en un compartimento secreto.

Se levantó con lentitud, se acercó a una cómoda antigua y levantó la tapa de un joyero de madera clara con bisagras de latón. Holmes se aproximó a ella. Observé desde la puerta cómo alzaba un par de anillos y una cadena de plata.

—La llave no está en el fondo —dijo—. Está a la vista, entre las primeras joyas del cofre.

—No, no, claro. Ahora recuerdo. Es que… yo la cogí.

—¿Cuándo?

—No lo sé… creo que… —Edith se mordió un labio, buscando algo entre los pliegues de su memoria—. Fue cuando vi la pensión tan vacía… Me asusté. Pensé que tal vez… necesitaba tenerla en mi mano para… no sé. Me di cuenta de algo, pero ahora no recuerdo qué. Estoy algo confusa últimamente. ¿No se lo había dicho?

Holmes guardó la llave en su bolsillo con sumo cuidado y se despidió con una reverencia cortés.

—No se preocupe, señora. Ha sido usted muy útil.

Cerró la puerta con delicadeza y me miró sin decir palabra. Subimos hasta la habitación de Lionel Pearce. Holmes alzó la llave

del inquilino y la llave maestra, que obraban ambas en su poder. Introdujo la primera en la cerradura. La puerta cedió con un leve clic. Sherlock me guiñó un ojo.

—Entre, Watson. Y meta la llave de Pearce por su lado, pero sin girarla.

Obedecí. Holmes se quedó fuera. Cerró la puerta. Puse la llave en la cerradura y esperé. Un instante después, oí otro clic. Holmes había cerrado con la llave maestra, desde donde se hallaba, aún con la llave del inquilino en la cerradura.

—¿Entiende ya cómo fue posible? —preguntó desde el pasillo.

—No —respondí.

La puerta se abrió de nuevo.

—Ah, es muy fácil en realidad. Cuando todas las piezas están en su sitio, cualquier misterio resulta de lo más sencillo —dijo Holmes, enderezando la espalda—. Pero, si me permite, antes de resolver este caso, voy a llamar a nuestros amigos. Creo que todos merecen ser testigos de lo que va a acontecer.

7
RESOLUCIÓN

Tardamos apenas un par de minutos en reunirnos frente a la habitación de Lionel Pearce: Mary-Belle y el inspector Egan, expectantes, y yo mismo.

Holmes, por su parte, estaba en su elemento: muy tieso, los ojos brillando con inteligencia.

Entonces comenzó:

—Esto es lo que pasó.

Se volvió lentamente hacia la puerta.

—La señora Crowley discutió con el señor Pearce. Llevaba semanas siendo manipulada por la señorita Barnsworth. Esa joven malvada la había convencido de que el inquilino se propasaba con ella, que la incomodaba, incluso que era una amenaza física para ella. Las personas en el estado mental de la señora Crowley no recuerdan con claridad… pero se obsesionan fácilmente cuando se las presiona con constancia.

«Edith quería proteger a su inquilina. Tal vez la veía como la hija que nunca tuvo. ¿Recuerda, Watson, la fotografía de la cuna en su habitación? Una cuna rosa, sin un bebé en su interior. Ningún retrato familiar de sus hijos varones. Solo la niña nonata. Una hija que no llegó a nacer o murió a los pocos meses de vida.

Hizo una pausa dramática; luego continuó:

—La discusión ocurrió en la entrada de la habitación. Pearce estaba aún en pijama. Tal vez Edith le llamó antes de la hora del desayuno; ella fue el visitante silencioso. De cualquier forma, Pearce abrió la puerta… fue entonces cuando ella le apuñaló. No fue atacado en la cama, como pensamos al principio. El pobre hombre retrocedió tambaleante y cayó hacia atrás, desplomándose en el colchón. Por eso no había señales de forcejeo. La escena nos engañó porque parecía que el crimen ocurrió mientras dormía. Pero no fue así.

Holmes suspiró.

—Dudo que la señora Crowley esté en condiciones de confesar. Pero los hechos, como siempre, hablan por sí mismos.

—Pero… la pisada de la bota en el alféizar de la ventana —me

atreví a decir al fin—, ¿cómo llegó hasta allí?

—Llegaremos a eso a su debido tiempo. Antes, quiero que consideren otro asunto. La señora Crowley, horrorizada por el crimen que acababa de cometer, despertó de su letargo. Su mente, por un instante, regresó. El *shock* de la sangre en sus manos, el ver el cuerpo inerte del señor Pearce, la sacudió. Y lo comprendió todo, no solo el crimen que había cometido. Recuerde, Watson, que dijo haber cogido la llave maestra no cuando ocurrió el asesinato… sino cuando vio la pensión tan vacía.

—Sí, lo recuerdo, pero no veo la trascendencia de esa frase.

—Pero si es algo elemental, querido Watson. Esa es la clave de todo —repuso Holmes, con un destello en la mirada—. La señora Crowley, la pobre mujer engañada, manipulada, a punto de ser despojada de sus bienes, despertó tras el crimen y entendió que había matado sin causa real. Se dio cuenta, en un instante de lucidez, de que aquella muchacha a la que había considerado casi una hija no era sino una estafadora.

»Paseó por las habitaciones desiertas y comprendió que Margaret Barnsworth había echado, uno por uno, a todos los inquilinos. Que su negocio, aquel que había levantado con su difunto esposo, con Tully, se venía abajo. Y lo más terrible: comprendió, horrorizada, que ella misma no podría hacer nada por impedirlo. Se dio cuenta de que en minutos, tal vez segundos, volvería a ser un borrón, una sombra débil de sí misma, una marioneta de la que Margaret movería los hilos con dulzura envenenada.

Holmes hizo una pausa.

—Tenía una sola oportunidad. Una sola chispa de lucidez. Sabía que lo olvidaría todo. Sabía que su mente se nublaría otra vez, que volvería a ser una anciana dócil, confundida, incapaz de defenderse o siquiera recordar la traición. Así que, con ese instante prestado por los hados, hizo lo único que podía hacer: se convirtió en verdugo de su verdugo. Tenía solo un instante para destruir a su enemiga, porque en breves momentos su mente volvería a quedar inutilizada. Su destello fugaz de conciencia se desvanecería como se disipa el humo de una cerilla en la niebla. ¿Qué hacer?

—Dios… qué perspectiva más terrible —susurró Mary-Belle, palideciendo un poco.

—Lo es, señorita Shore. Pero no subestime a la señora Crowley —replicó Holmes con gravedad—. En su breve retorno a la conciencia, demostró más decisión, ingenio y sentido moral que muchas personas en plena posesión de sus facultades. Entendió que no podría protegerse a sí misma ni reparar el crimen cometido. Pero sí podía hacer algo: detener el plan diabólico de Margaret Barnsworth.

—¿Cómo? —pregunté, aunque ya intuía parte de la respuesta.

—Con otro plan diabólico. Tenía que incriminar a Margaret. ¿De qué forma? Una rápida, eficaz e irrevocable. Recuerden: disponía de muy poco tiempo y de una mente que ya comenzaba a difuminarse.

«Así que bajó al armario comunitario y cogió una bota manchada de barro. Creía, estoy seguro, que era de Margaret. Pero no lo era. Aquí el destino jugó su carta más cruel. En su confusión, en ese breve interregno de lucidez, eligió por error una de sus propias botas. ¿Cómo sé que estaba confusa? Porque se dejó allí mismo la daga con sus iniciales, la cual, de haber estado todavía en pleno control de sus facultades, habría escondido mejor, o lanzado a la basura, o sencillamente hecho desaparecer. Pero no, ya comenzaba su mente a caer de nuevo en la bruma y se equivocó de calzado.

—¡Por eso las pisadas del alféizar de la ventana son de sus propias botas! —exclamó Egan.

—Así es —admitió Holmes con pesar—. Ambas mujeres calzan casi el mismo número y poseen dos pares de botas muy similares, guardadas juntas en el mismo lugar. Son casi indistinguibles a simple vista. Yo mismo las comparé cuando examinamos el calzado: mismas proporciones, mismo modelo, misma fábrica, apenas diferenciadas por un ligero desgaste en la suela. En su estado, no es sorprendente que se confundiera.

—Y luego, ¿qué pasó? —preguntó Mary-Belle.

—Luego subió a la habitación de Pearce, puso la bota con cuidado en el alféizar, de forma que la marca fuera bien distinguible, colocó la llave de Pearce por dentro sin cerrar la puerta, salió y la cerró desde fuera usando la llave maestra. Una llave que guardó de nuevo

en su joyero, olvidando que solía depositarla abajo del todo, en un compartimento secreto. Para entonces… sus recuerdos ya se estaban disipando como la tinta en el agua. Y, de pronto, plof, sin darse cuenta… lo había olvidado todo. Y volvía a ser la anciana indefensa de costumbre.

El inspector Egan aplaudió con entusiasmo al escuchar la explicación final de Holmes. Se acercó a una ventana y llamó a dos de sus agentes, impartiéndoles las órdenes oportunas. Unos minutos después, dos policías de uniforme subían las escaleras para mostrarnos a la detenida.

—Pueden llevársela a comisaría —ordenó Egan, apenado pero decidido a cumplir la ley.

La señora Crowley se dejó guiar sin resistencia. No entendía por qué se la llevaban ni a dónde. Al pasar junto a nosotros, miró a Holmes fijamente.

—¿Me alquilará la habitación, señor... cómo me dijo que se llamaba?

—Sherlock Holmes —respondió él, quitándose el sombrero y haciendo una reverencia.

—Qué nombre tan elegante.

Y siguió su camino.

Holmes no se movió hasta que los pasos de la mujer y sus acompañantes se perdieron escalera abajo. Entonces, dominado por uno de sus súbitos arranques de energía, se dirigió al fondo del pasillo. Se agachó junto al montacargas y examinó el borde metálico. Allí, en la grasa acumulada, se distinguía una huella diminuta: la marca parcial de una mano. Demasiado estrecha para pertenecer a Edith Crowley. Y, además, descubrió la leve impresión de una moneda de penique incrustada.

—Revelador —murmuró.

Pero algo le arrancó de su inexplicable examen de aquel montacargas.

—¿Y la señorita Barnsworth? —preguntó Mary-Belle, aún junto a la puerta de la habitación de Pearce.

—Una mente afilada y maligna —replicó Holmes, incorporándose—. Pero no ha cometido ningún delito grave, como bien apuntó ella misma. Tal vez podríamos acusarla de estafa o abuso de confianza… eso habrá que discutirlo con el inspector Egan.

—¿Y heredará? —tercié, haciendo una mueca de desagrado.

Holmes se mesó la barbilla.

—No creo. Dadas las circunstancias médicas de la señora Crowley y la naturaleza del asesinato, dudo que la ahorquen. Lo más probable es que sea enviada a una institución psiquiátrica donde vivirá muchos años. Físicamente, ya lo saben, su salud es inmejorable.

Se volvió hacia la ventana, como contemplando un mundo que se escapaba a toda lógica.

—Serán sus hijos, con los que no se habla desde hace décadas, quienes heredarán sus bienes.

Mary-Belle no parecía contenta con aquel nuevo giro del destino.

—El mundo no tiene arreglo.

—Eso mismo estaba pensando yo —concedió Holmes—. El mundo es imperfecto, como nosotros. Injusto, como nosotros. Y por eso es tan interesante. Si fuese un lugar mejor, yo no tendría trabajo.

Salimos de la pensión Tully con paso lento. Había dejado de llover. Holmes, como de costumbre, iba unos pasos por delante. Al llegar a la acera, se detuvo bruscamente.

—¡Inspector Egan! —llamó.

El joven inspector, de pie frente a un coche policial, reaccionó de inmediato. Se aproximó y Holmes le dijo algo al oído. Fue una conversación breve.

Me acerqué a ellos, pero cuando llegué, Holmes ya se apartaba y Egan asentía con seriedad.

—Insisto. No le cuente esto a nadie, inspector. Es cuestión de vida o muerte.

—No se preocupe, señor Holmes. Puede confiar en mí —respondió Egan, llevándose dos dedos al ala del sombrero.

Esperé a que Holmes se reuniera conmigo.

—¿Puedo saber de qué hablaban? —inquirí.

—De otro caso. Algo que se resolverá en breve. Algo en lo que llevo trabajando un tiempo.

—¿El caso de los automatismos? —pregunté.

No pude evitarlo. Aquella palabra la había visto escrita en una pared de nuestra casa, acompañada de un misterioso grupo de letras, y también la había visto garabateada en su libreta hacía solo media hora.

Holmes clavó sus ojos en los míos.

—Sí —dijo finalmente—. Ese es el caso. Pero no adelantemos acontecimientos, ¿le parece? Cada cosa a su tiempo, mi querido Watson.

—¿No me contará nada ahora?

—No. Pero el caso se resolverá pronto, mañana mismo si mis cálculos son correctos. Y entonces le contaré todo sobre este nuevo misterio.

Asentí, aunque sentía una enorme curiosidad.

Reanudamos la marcha. Mary-Belle nos alcanzó poco después. Nadie dijo nada. Londres nos rodeaba con su murmullo constante: los cascos de un coche de caballos, el rugido del motor de un coche, el silbido lejano de un tren, las gotas que caían aún de las cornisas.

—A mí se me ha pasado el hambre —dije—. ¿O todavía quieren que vayamos al café Remy?

—Definitivamente, sí —dijo Holmes—. Me prometió el mejor bollo de grosella de la ciudad y debe cumplir su promesa.

—Y yo necesito una ración de pastel de limón para recuperar el buen humor —nos informó Mary-Belle.

Aquel momento de distensión duró poco. La niebla empezaba a levantarse de nuevo sobre los tejados del West End. Era una niebla espesa y tibia, de esas que se adhieren a la ropa y a los pensamientos. El caso del visitante silencioso había terminado. Pero algo, en la mirada de Holmes, me decía que el próximo sería distinto.

Más oscuro.

Terrible.

Y que ya había comenzado.

LIBRO CUARTO

LO QUE DE VERDAD PASÓ EN EL CASO DEL VISITANTE SILENCIOSO

1
MORIARTY CONCIBE OTRO PLAN

Por razones que ahora no vienen al caso, Moriarty consideró que debía dar muerte a Lionel Pearce. No tenía nada contra él, pero le estorbaba de una forma que ahora no vamos a precisar. Tenía que morir y punto. Una lástima. Aunque, en el fondo, no era para tanto, porque Moriarty no valoraba mucho la vida humana… bueno, una sí: la suya.

El caso es que, aparte de querer ver muerto al señor Pearce, su principal interés era poner de nuevo a prueba a Sherlock Holmes, ver los límites de su intelecto y cerciorarse de si era un rival a su altura.

Así que resolvió unir ambas historias en una sola. No le fue difícil porque, de una forma que tampoco va a explicarse ahora, estaban ya relacionadas.

Moriarty decidió que su plan necesitaba de sus dos colaboradores más cercanos: el pequeño Stephen Clay y su nueva amiga Bastianne Moran, una mujer que le estaba sorprendiendo gratamente. No solo por su inteligencia fría y metódica, sino también porque su maldad no necesitaba estímulo alguno; era natural, fluida, casi instintiva. Bastianne no era una aprendiz: era una socia. Una igual. Y eso, en el mundo reducido y controlado de Moriarty, resultaba extraordinario.

Con ella había descubierto lo que algunos psicólogos llamaban *folie à deux*: una locura compartida. Ambos eran criminales, sí, pero no vulgares criminales. Su maldad se respondía, se reflejaba, se aumentaba mutuamente. La violencia de uno era comprendida al instante por el otro. Y esa comprensión perfecta los sublimaba, los transformaba en algo superior: su maldad era una partitura, una forma de arte. Desde su perspectiva, era algo maravilloso.

Una tarde, mientras compartían un brandy a la luz de una lámpara de gas, le preguntó a Bastianne si sería capaz de matar. Ella no respondió de inmediato. Bajó la mirada, como si se avergonzara de su propia excitación.

—No lo sé —dijo—. Pero la idea me fascina. De solo pensarlo, me falta el aire. Me quedo sin respiración de pura emoción.

Moriarty le cogió la mano. La de él era fría, huesuda, precisa. La de

ella ardía.

—Ya verás, querida mía —susurró—. Cada vez es algo distinto. Pero vayamos paso a paso. Todo llegará.

Al día siguiente, Bastianne comenzó a visitar una floristería en Harley Road, una pequeña tienda llamada *Pétalos y Perfumes*, regentada por la joven Esme Delacroix, una muchacha de rizos rubios y manos siempre manchadas de polen. El local olía a rosas viejas y madera húmeda. Los jarrones estaban alineados como soldados en un desfile, y las flores, siempre frescas, daban al lugar el aspecto de un edén terrenal, como si alguien hubiese logrado domesticar la belleza.

—¿Qué flor busca hoy, señorita Moran? —preguntó Esme cuando, una semana después, comenzaban ya a conocerse.

—Una que le quede bien a un caballero. Alguien especial para mí.

—¿Un lirio blanco, tal vez? ¿O una orquídea negra?

—La orquídea suena perfecta.

Y así, Bastianne compró su flor.

"Una mujer no suele regalar una flor a un hombre, al menos de forma pública, a menos que sea su prometida", le dijo luego a Moriarty, al ponérsela en la solapa. "Pero aquí no seguimos las reglas. No somos ganado. Somos otra cosa. Únicos".

Y lo eran. De una forma terrible, sin duda, pero eran únicos. Bastianne y Moriarty compartían una visión del mundo que los alejaba de cualquier moral convencional. Eran dos mentes devoradas por el placer del control y la destrucción, tan distintas del resto que parecían de otra especie. No se guiaban por las leyes de los hombres: se guiaban por sus propias leyes y apetitos.

—Quiero que investigues a las personas que viven en la pensión Tully con un tal Lionel Pearce —le dijo Moriarty aquel día a su alumna predilecta—. Consígueme toda la información que te sea posible. Luego lo mataremos.

—¿Tendré que matarlo yo? —inquirió ella, temblorosa.

—Ya se verá. Primero la información, luego el plan y, al final… la ejecución del mismo, y también la ejecución de Lionel Pearce, por

supuesto.

Pero la tarea resultó más difícil de lo esperado. La pensión Tully no aceptaba fácilmente nuevos inquilinos. La propietaria, Edith Crowley, una anciana de ojos fríos y modales anticuados, le pidió a Bastianne una cifra escandalosa por una habitación diminuta, sin calefacción y con muebles apolillados. Y una inquilina, una joven llamada Margaret Barnsworth, la recibió con una mezcla de desprecio y hostilidad. La echó del lugar de malas maneras y sin darle ocasión de responder a la oferta de la propietaria.

—Ahí pasa algo —le dijo Bastianne a Moriarty esa misma noche.

—Sin duda —respondió él, sin levantar la mirada de un libro de matemáticas que hojeaba circunspecto.

—No será fácil conseguir la información que me has pedido.

—Oh, sí lo será. Precisamente porque parece algo sórdido. Tal vez criminal. Y esos secretos, querida mía, son los más difíciles de guardar. Solo hay que hacer la presión justa, y el hedor de la podredumbre saldrá a la superficie. Ya lo verás.

Moriarty mandó a Stephen que se hiciera amigo de los chicos de la calle Craven Street. No debía parecer un espía: tenía que integrarse, pelearse de vez en cuando, hacer gamberradas y pequeños hurtos. Todo eso se le daba bien. Así que el chico encajó pronto. Era listo, ágil y aprendía con la velocidad que solo se alcanza cuando uno ha vivido siempre al margen de la sociedad. En pocos días, ya formaba parte de una pandilla. Desde su posición privilegiada, a pie de calle, lo escuchaba todo, memorizaba lo importante y se lo llevaba a Moriarty en cuanto tenía ocasión. Su lealtad era absoluta.

Bastianne, por su parte, se encargó de interrogar a las mujeres del barrio. Sabía cómo acercarse a otras damas sin parecer entrometida. Tenía talento para la conversación casual, esa que empieza hablando del precio de las verduras y termina revelando secretos familiares. Se hizo amiga de una empleada en una tienda de comestibles, conversó largo rato con la dueña de un local de costura y se ofreció a ayudar en un puesto de jabones artesanales. Nadie sospechaba de ella. Sabía parecer inofensiva. Pero todo lo que oía lo memorizaba también (como Stephen) con la frialdad de una contable.

Poco a poco, la verdad emergió. Margaret Barnsworth estaba vaciando la pensión de huéspedes. A muchos les decía que la señora Crowley quería retirarse del negocio, y a otros que estaba enferma. Mentía con soltura, y cada mentira parecía más convincente que la anterior. La opinión más extendida era que quería quedarse con la propiedad o venderla y apropiarse del dinero. Pero en lo que todos estaban de acuerdo era en que la anciana ya no podía gobernarse por sí misma, que era una débil mental que había caído en manos de una estafadora.

Respecto a Lionel Pearce, era un hombre de rutinas inamovibles. Se levantaba a la misma hora, tomaba el mismo frugal desayuno, se iba a trabajar y regresaba diez horas después con el mismo gesto adusto con el que salió por la mañana. Las mujeres de la casa, especialmente Margaret, le hacían la vida imposible. Pero no se marchaba. Se negaba. Tal vez por orgullo, tal vez por necedad, tal vez porque estaba acostumbrado a aquella rutina, y abandonarla le resultaba más gravoso que soportar los delirios de aquellas dos arpías.

El día que dispusieron de toda la información requerida, se hallaban los tres conspiradores en una de las muchas casas que Moriarty tenía repartidas por Londres. Tomaban el té en una pequeña sala abuhardillada, con vigas de madera, dos sillas disparejas y un brasero encendido. Stephen contaba lo que había descubierto. Bastianne completaba los huecos.

Moriarty se mesó el mentón y dijo:

—Esta historia me encanta. Tardaré en conseguir que todas las piezas del puzle encajen, pero haremos que encajen, porque estos acertijos sórdidos son los más satisfactorios de resolver.

Se levantó, se acercó a Bastianne y dijo:

—Me encanta trabajar con usted, señorita Moran. Y con Stephen, claro.

Y entonces Moriarty le plantó a Bastianne un beso breve pero intenso en la boca.

Stephen aplaudió y se echó a reír. La primera vez que vio a Bastianne, mientras investigaba a su hermana Clara por orden de

Moriarty, había dicho de ella que tenía ”cara de enfadada y que daba miedo solo con mirarla”. Pero ahora era una mujer distinta, había encontrado, como él, su lugar junto al maestro. Se había transformado y eso alegraba al muchacho.

—Parecemos una familia, los dos padres y el niño —dijo Bastianne, divertida.

—No, por Dios, somos algo mucho mejor —corrigió Moriarty con una sonrisa feroz—: somos una banda de delincuentes.

2
INFILTRADOS

Como cada día, Bastianne se detuvo en Harley Road, frente a la pequeña floristería *Pétalos y Perfumes*. El escaparate, de marco blanco con molduras florales, estaba cuidadosamente adornado con ramilletes de lavanda, dalias frescas y jazmines recién llegados.

Unas campanillas de latón tintinearon al abrirse la puerta.

—Buenos días, señorita Moran —saludó con su habitual acento francés la florista, Esme Delacroix. Era una joven de rostro delicado, ojos color almendra y unas trenzas rubias hechas con esmero.

—Buenos días, Esme. Hoy te veo radiante. ¿O me equivoco?

La florista lanzó una risita, bajando ligeramente la mirada.

—¿Tanto se nota? Mi prometido vendrá a buscarme dentro de un rato. Pensé en llevar un vestido bonito y algo de color a las mejillas. Una tontería, supongo.

Bastianne negó con la cabeza.

—No es ninguna tontería. Es hermoso. El amor es lo más bonito de este mundo.

Ambas guardaron un breve silencio, reconociendo en la otra una sombra de sus propias ilusiones.

—¿Qué te doy hoy? ¿Otra orquídea?

—No. Hoy no —respondió Bastianne, pensativa—. Hoy quiero algo diferente. Algo especial.

Esme asintió. Tras unos segundos de búsqueda, extrajo una gardenia blanca de tallo largo y hojas brillantes. La sostuvo con delicadeza, como si portara una joya de incalculable valor. Bastianne se dio cuenta entonces de que le faltaba el final del meñique izquierdo. Aquello hizo que la florista le cayera aún mejor y la miró con benevolencia cuando dijo:

—La gardenia tiene fuerza y pureza, señorita Moran. Creo que le sentará bien a tu enamorado.

—Perfecto —repuso Bastianne.

Pagó, se despidió y salió de la tienda sin mirar atrás. Llevaba la flor en alto. Para ella, era una declaración de principios, algo más allá del romanticismo. Ambos, ella y Moriarty, eran acólitos de un culto

peligroso: el del crimen compartido.

Ese día, sin embargo, su enamorado no estaba disponible. Nadie sabía dónde se hallaba. Así que Bastianne decidió organizar el trabajo sin él. Estaba convencida de que la estaba poniendo a prueba. Moriarty, que manipulaba a todos, no solo a sus enemigos, sino también, y sobre todo, a los más cercanos, quería sin duda medir su iniciativa, descubrir si era capaz de reaccionar ante lo imprevisto.

Y ella no pensaba fallar. No solo quería cumplir con su deber, quería dejarlo boquiabierto.

Una hora más tarde, se reunió con Stephen Clay. Caminaban por los callejones traseros de Craven Street cuando ella le explicó su plan:

—Hay un montacargas en la pensión. Lo vi cuando estuve dentro, antes de que me echasen a patadas. Tiene polvo, telarañas… no creo que lo usen a menudo. ¿Qué te parece si te escondes ahí? Podrás observarlo todo sin ser visto. A veces los secretos se revelan solos si uno mira y sabe estar callado.

Stephen asintió con entusiasmo. Al haber tan pocos inquilinos, no le costó entrar subrepticiamente y deslizarse en el interior del viejo aparato, que chirrió apenas al acomodarse. Oculto entre los tablones del montacargas, Stephen se preparó para ser testigo en primera fila de la vida de los moradores de la pensión Tully.

La señora Crowley fue la primera que apareció. Hablaba sola, murmuraba frases inconexas, abría y cerraba puertas y luego desaparecía horas enteras.

Margaret Barnsworth llegó al acabar su jornada laboral como taquígrafa. Lo primero que hizo fue acercarse a la anciana y susurrarle al oído:

—Ese hombre… Pearce… es peligroso. No se quiere ir. Nos traerá problemas. Hay que echarlo.

Más tarde, poco antes de anochecer, Lionel Pearce entró en la casa. Miró en derredor, nervioso y subió las escaleras a grandes zancadas. Abrió la puerta de su habitación, y apenas había tenido tiempo de

quitarse el sombrero, cuando las dos mujeres se abalanzaron a gritos. Stephen, que iba subiendo y bajando de piso a pie, para luego colarse en el montacargas de cada planta, llevaba apenas una hora en el segundo piso cuando aquella escena tuvo lugar.

Margaret y Edith chillaban al unísono, como posesas. Se lanzaron contra la puerta con una furia desatada. Cuando Lionel trató de cerrarla, la señora Crowley, con los ojos desorbitados, arañó la madera como si intentara desgarrarla con las uñas, mientras Margaret Barnsworth golpeaba el marco con el bolso y gritaba a pleno pulmón:

—¡Hombre impúdico! ¡Alimaña!

—¡No es usted un caballero! —aulló la señora Crowley, a medio camino entre el llanto y la risa histérica—. ¡No merece vivir bajo mi techo!

Lionel Pearce, empapado en sudor y completamente desconcertado, empujaba la puerta desde dentro con desesperación. Logró cerrarla finalmente de un portazo, pero no sin recibir otra andanada de insultos y la señal de unas uñas en el cuello.

—¡No te quedarás mucho tiempo! —le espetó Margaret, antes de que la hoja de la puerta la empujara hacia atrás—. ¡Unos días te quedan! ¡Solo unos días! No te atrevas a quedarte más tiempo o llamaremos a la policía.

Stephen presenció la escena sin ser visto, con el corazón latiendo como un tambor. Aquello no era una simple disputa. Aquello era la guerra, una olla a presión a punto de estallar.

Pero Bastianne no se atrevió a culminar el plan sola, por supuesto. Había llegado lejos, sí, y sabía que iba a dejar a Moriarty sorprendido con la idea que había tenido sobre usar el montacargas de invisible atalaya. Pero aún no era tan temeraria como el Napoleón del crimen. Había cosas que todavía requerían la mente del maestro.

Cuando escuchó a uno de sus matones que Moriarty estaba de vuelta, fue a verle, le llevó su flor (la gardenia que había elegido con esmero esa mañana) y le explicó todo lo que había averiguado.

—La situación es insostenible —le dijo al maestro—. Pearce se irá

de ese infierno en cuanto le sea posible, estoy segura. Por muy apegado que sea a sus costumbres y sus rutinas, nadie puede aguantar un acoso semejante mucho tiempo. No creo que espere a que lo desahucien. Si quieres acabar con él en la pensión Tully, hay que hacerlo ya.

Moriarty le acarició una mejilla. Luego tomó la gardenia.

—Me has dejado impresionado —le dijo mientras aspiraba con placer el aroma de la flor—. Y sí, tienes razón. Debemos actuar de inmediato. Para ello, crearemos una serie de pistas que apunten hacia ambas mujeres. Luego retorceremos esas pistas hasta que parezca que apuntan a una sola. Y después, a la contraria. Como un péndulo. Hasta que Holmes no sepa qué pensar y se equivoque de nuevo.

Moriarty estaba confiado. Le había derrotado una vez y volvería a hacerlo. Le daba pena, porque aquello demostraba que, después de todo, no era un rival a su altura; había esperado demasiado de Holmes.

Algo decepcionado, explicó entonces por qué se había ausentado aquel día. Con la ayuda de otro de sus muchos peones, había reunido información valiosa sobre Margaret Barnsworth. Sabía que era ambiciosa, que trabajaba como taquígrafa en una oficina del distrito financiero, que venía de Cardiff y que tenía grandes planes. Planes despiadados de riqueza, de emancipación y de poder. En otras circunstancias, hasta le habría caído bien si no fuese parte de su plan para, una vez más (y acaso última), poner a prueba las capacidades de Sherlock.

Pero su investigación de la señorita Barnsworth había valido la pena. Eso le permitía poner en marcha la siguiente fase de su plan.

Feliz, relajado, seguro de su victoria. Le dio el horario de la joven taquígrafa a Bastianne y algo de ropa. Por la mañana, vestida como si fuera la verdadera y genuina Margaret Barnsworth, se preparó para entrar en escena.

Llevaba un vestido gris perla de falda recta hasta la rodilla, una blusa blanca con cuello alto abotonado hasta el final y una chaqueta corta entallada. En el pelo, un pasador discreto. Todo en su atuendo

hablaba de una modestia estudiada, la clase de sobriedad que una joven trabajadora debía mostrar si quería inspirar confianza y respeto. Moriarty había comprado aquel atuendo en la misma tienda que la propia Margaret y copiado su peinado y su estilo. Bastianne parecía su hermana mayor.

Entró en la pensión sin hacer ruido. Conocía la rutina de la persona a la que suplantaba. Margaret no regresaría hasta las cinco.

—¿Quién anda ahí? —dijo de pronto Edith Crowley, saliendo de su habitación con paso vacilante y la bata mal ajustada.

—Soy yo, Margaret, querida —respondió Bastianne, imitando con habilidad la voz suave de la otra.

La anciana frunció el ceño, confusa.

—Tú… tú no eres Margaret.

—Sí lo soy. ¡Qué cosas dice, señora Crowley! ¿Se encuentra bien?

—Pero… pero… tú no eres… ¿o sí…? ¿sí lo eres?

—Vamos a la cocina. Le haré un té. Vuelve a tener uno de sus días malos.

Preparó una infusión de valeriana, amapola y unas gotas de un somnífero que le había entregado el maestro. Edith bebió sin sospechar. Sus párpados comenzaron a caer. Cinco minutos más tarde, dormía profundamente sobre la mesa de la cocina, con una manta sobre las piernas.

Bastianne tuvo tres horas para inspeccionar la vivienda a fondo. Y las aprovechó bien.

Halló la daga en una cómoda de la habitación de Edith, dentro de una caja de madera con tapa de terciopelo azul. Al observarla de cerca, vio las letras grabadas con esmero en la empuñadura: E. C. (Edith Crowley, claro). El toque de las iniciales le encantó. Sabía que a Moriarty le fascinaría. Era una joya tanto como una prueba de asesinato.

Luego halló también la llave, oculta bajo el falso fondo de un joyero. Tuvo que hacer palanca con una horquilla para sacarla. La sostuvo en alto, admirando el brillo del metal, y sintió un escalofrío. No ponía "llave maestra", claro, pero intuyó lo que era nada más

verla. Aquel pequeño triunfo la llenó de confianza.

Finalmente, observó las botas. Las dos mujeres compartían armario de calzado en el pasillo y, aunque las suelas estaban gastadas en distinto ángulo, eran casi idénticas: negras, con el mismo número y modelo. Resultaba evidente que cualquiera podría confundirse. Era el tipo de pista falsa sutil que Moriarty requería: resultaba perfecta.

Usó la llave maestra para entrar en la habitación de Pearce. Tomó las botas de la señora Crowley y presionó con firmeza el tacón sobre el alféizar de la ventana abierta. La marca quedó impresa y clara. Sabía cómo eran los hombres: el inquilino no notaría nada o pensaría que era simple barro. Tal vez pediría a la casera que limpiara las ventanas. Aunque, tal y como estaban las cosas, lo más probable es que no dijera nada. Aunque tampoco la limpiaría él mismo, precisamente porque era un hombre.

Antes de marcharse, Bastianne dejó caer discretamente bajo la alfombra una horquilla plateada que había visto en el tocador de Edith. Nada demasiado evidente. Solo un pequeño error de la anciana tras cometer el crimen. Le podía pasar a cualquiera.

Devolvió la llave maestra al joyero, pero no en el fondo donde la había hallado. La dejó justo bajo la tapa de terciopelo, como si alguien la hubiese usado y la hubiera guardado con prisa. Una torpeza fingida.

Luego salió de la pensión sin ruido y, en la esquina, se encontró con Stephen Clay, que la esperaba frotándose las manos. Hacía frío.

—La vieja dormirá un buen rato todavía y la verdadera Margaret llegará en media hora, más o menos —le dijo Bastianne, entregándole la daga envuelta en un pañuelo—. Entra en la casa y aguarda en el montacargas.

Miró al pequeño largamente y añadió:

—¿Serás capaz?

—Claro que sí —dijo el niño, alzando la barbilla con una seguridad que parecía impostada.

—¿Seguro? —insistió Bastianne.

Stephen asintió.

—He hecho cosas peores.

—No, no has hecho cosas peores —le recordó ella.

Stephen la miró con una sonrisa torcida, y por un momento pareció un adulto en miniatura.

—De acuerdo. Nunca lo he hecho. Nunca he matado. Pero puedo hacerlo.

—Debería ser yo quien lo matase.

—Sabes bien que la muerte debe producirse con las dos mujeres en la casa para que ambas sean sospechosas. Yo puedo esconderme hasta el alba y ejecutar el plan sin ser visto. Y luego salir de allí en un descuido. ¿Tú qué harás? ¿Llamar a la puerta? ¿Que te vea la señora Crowley y correr el riesgo de que recuerde que te disfrazaste de su inquilina? Además, así lo ha mandado Moriarty. Eso es lo que cuenta. Y yo puedo hacerlo.

Pero Bastianne no estaba tan segura. Era un crío, un raterillo que hasta hacía pocos meses se ganaba el pan robando monederos y vendiendo tabaco de liar. Moriarty le había dado una misión que excedía con mucho sus habilidades presentes. Porque si bien el plan parecía sencillo, también precisaba de muchas agallas.

Además, Bastianne sabía que, en el mundo de Moriarty, nada era sencillo. ¿Quería que Stephen fallase? ¿Lo ponía también a prueba? Con Moriarty nunca se sabía. A veces, la trampa no era solo para sus víctimas… sino también para sus propios peones.

Se quedó unos segundos mirando al chico. Stephen le devolvió la mirada y luego, sin decir nada más, se dio media vuelta y cruzó la calle. Caminaba como si no tuviera miedo, pero, justo antes de alcanzar la verja de entrada, se secó las manos en el pantalón. Bastianne se dio cuenta de que estaba nervioso y de que, pese al frío, le sudaban las manos.

Le vio entrar en la casa y, mientras la puerta se cerraba tras él, sintió un nudo en el estómago.

3
DESPUÉS DEL CRIMEN

A la mañana siguiente, Pearce ya estaba muerto. Holmes resolvió el caso, Edith Crowley fue detenida y la rueda de los acontecimientos siguió girando.

Unas horas después, al poco de ponerse el sol, la pequeña banda de criminales regresó a su base: la nueva casa de Moriarty. Se hallaba en el barrio de Fitzrovia y era una vivienda de tejado irregular y ventanas angostas, con vistas al patio trasero de un viejo asilo y el sonido constante del viento colándose entre las rendijas. En el interior, las paredes estaban cubiertas de libros mal alineados, mapas antiguos y papeles escritos del puño y letra del maestro. El suelo de madera estaba parcialmente cubierto por una alfombra con estampado geométrico, desvaída por los años pero aún lo bastante vistosa como para marear la vista si uno la miraba demasiado tiempo.

—Todo ha salido bien —dijo Bastianne, con una expresión de satisfacción contenida.

—¿Estás segura? —repuso Moriarty, mientras se incorporaba de su butaca y comenzaba a pasear por la alfombra.

Tenía un andar característico, felino y distraído, como si la habitación no fuera una estancia sino un tablero de juego que él inspeccionaba pieza por pieza. Sus pasos crujían suavemente, avanzando sobre el patrón romboidal.

—Sí, señor. Las cosas han ido según lo esperado —dijo entonces Stephen, sin alzar la vista.

Moriarty se detuvo de pronto.

—¿Sabes una cosa, Stephen, amigo? Me pasé por la pensión Tully hace unas horas. Solo para comprobar cómo había ido la cosa. No me fue difícil esquivar a la policía; solo un hombre hacía guardia y parecía dormir de pie. Sea como fuere, el caso es que entré y… cómo decirlo… no me gustó nada lo que vi.

—¿No, señor? —dijo el niño, con un hilo de voz.

Moriarty caminó hacia él. Se inclinó levemente, como quien estudia un insecto bajo un cristal.

—¿Fuiste capaz de hacer tu parte?

Stephen titubeó. Tragó saliva. Sus ojos, normalmente vivaces, se oscurecieron.

—Sí. Pearce está muerto, ¿no es cierto?

—Pero…

—Está muerto, señor.

—Está muerto, pero…

El niño se derrumbó por fin, sometido a la mirada constante y al escrutinio de su amo.

—Quiero confesarle lo que pasó, señor Moriarty.

—Adelante.

Stephen miró hacia Bastianne, buscando apoyo. Ella asintió.

—Salí del montacargas justo cuando amanecía —dijo el pequeño—. En teoría faltaba casi una hora para que la señorita Barnsworth se levantase y un poco menos para que lo hiciera la propietaria. Habíamos estudiado sus horarios y sabía que Pearce era el primero en salir de la cama. Así que llamé a su puerta. Abrió con cuidado, seguramente pensando que era una de aquellas dos mujeres que le odiaban. Pero al verme pareció relajarse. Me miró. Iba a decir algo cuando vio la daga en mi mano y se dio cuenta de que yo temblaba. Se echó a reír. Una risa fea, de desprecio. La he visto otras veces en adultos. No me gusta.

Stephen bajó la mirada.

—"¿Te han contratado esas dos locas?", dijo. Se echó a reír. Y me abofeteó. Me dio una palmada fuerte en la cara; luego tiró mi arma al suelo y empezó a pegarme como si fuera un niño pequeño que ha hecho una travesura. Me agarró del brazo, me dio la vuelta y me zurró en el culo. Me dolía… pero lo peor era lo que sentía por dentro, la humillación…

La boca de Stephen tembló.

—Entonces apareció la señora Crowley. No sé cómo ni de dónde. Debió de oír mis gritos y subir corriendo. No dijo nada, solo corrió hacia el señor Pearce. Esa mujer… Dios, tiene la fuerza de un demonio. Me apartó de un manotazo.

Stephen alzó los ojos.

—”¡Deja a Margaret!”, chilló. Entonces vio la daga en el suelo. La cogió. Ni se lo pensó. Ni un segundo. Se la clavó en el pecho al señor Pearce. Él abrió mucho los ojos, retrocedió tambaleándose y cayó hacia atrás, sobre la cama. No dijo nada. Ni un grito. Solo se le fue la vida así, de golpe.

«Y entonces pasó algo extraño. Muy raro. La señora miró sus manos, la sangre, la daga… y luego me miró a mí. Y dijo: “Tú tampoco eres Margaret”. Y añadió: “Y esta no es mi pensión”. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a gritar: “¿Dónde está la gente? ¡Mis inquilinos! ¿Dónde están todos?”. Y se puso a dar vueltas como una loca.

Stephen movió la mano a derecha y a izquierda, imitando sus movimientos erráticos.

—Era como si despertara de un sueño. Como si volviera a ser ella misma después de mucho tiempo. Me miró de nuevo; su gesto ya no era el de una anciana; parecía más seguro, más de persona cuerda. No sé cómo explicarlo. El caso es que entonces gritó: “¡Márchate, chico! Tengo cosas que hacer. No vuelvas a aparecer por esta casa o hablar de lo que has visto, o te acusaré de haberme robado… o, peor, de haber matado a ese hombre”. Y yo… me fui. Corrí lo más rápido que pude. No sé qué pasó después. Pero, al final, todo salió bien. Pearce murió. Esa era la idea, ¿no es verdad?

Moriarty no respondió de inmediato. Le miró con frialdad, con una expresión profunda de desprecio.

—No, idiota: esa no era la idea. La idea era engañar a Holmes, ponerlo a prueba. Podría haber matado a Pearce cualquiera de mis chicos en la calle y fingir un robo que salió mal. Todo esto lo hice para poner a prueba su mente. Y tú me fallaste. Holmes lo adivinó todo. O casi todo. El detalle de las botas en el alféizar, la única parte que no hiciste tú… ese engaño salió bien. Pero el crimen que pretendíamos imitar acabó haciéndose realidad. Y la idea era que fuese falso, que Holmes se equivocase de nuevo y que yo pudiera medir si es o no rival para mi intelecto superior. Todo gran hombre necesita una Némesis que lo impulse a mejorar, ¿no lo entiendes?

Caminó por la habitación. El suelo y sus baldosas con dibujos geométricos parecían perderse bajo sus pasos.

—Pero eso no es lo peor —añadió, en un tono más bajo.

—Vamos, deja al niño —intervino Bastianne, que se había mantenido en silencio hasta entonces.

—Calle, señorita Moran. No he terminado.

Ella bajó la cabeza. Moriarty se volvió de nuevo hacia Stephen Clay.

—Lo peor es que fuiste descuidado. Dejaste pistas. Pequeñas, sí, pero reales. En el montacargas había una huella tuya, grasienta, diminuta. Demasiado estrecha para ser la mano de la casera o de cualquiera de sus inquilinos. Y no solo eso…

Moriarty respiró hondo, como si estuviese intentando contenerse, antes de decir:

—¿Sabes lo que más le llamó la atención con toda seguridad? Que en la grasa de esa huella había la marca de una moneda de un penique. Redonda. Imborrable. Como si alguien la llevara en el bolsillo y se le hubiera caído. ¿Y quién lleva un triste penique suelto en los bolsillos, Stephen?

El niño bajó la vista.

—Los críos, señor —murmuró.

—Exacto —confirmó Moriarty—. Los críos. Así que Holmes sabe que había un niño vigilando en el montacargas. Y sin duda se preguntará: ¿Quién es ese niño? ¿Qué vigilaba? Porque todo eso no parece parte del caso que acaba de resolver, no parece relacionado ni con la casera demente ni con la inquilina malvada y ladrona. Y su mente dará vueltas a ese asunto, atando cabos. Justo lo que yo no deseaba que pasase.

Moriarty miró a Bastianne.

—Y tú querías que dejara pasar esto por alto. Qué fácil sería.

En los ojos de Moriarty brillaba un goce perverso apenas contenido.

—Porque —prosiguió— no solo has fallado. Has dejado una pista que podría inducir a Holmes a pensar que todo era un engaño. Que la escena estaba manipulada. Que hay una mente detrás de este crimen, observando, maquinando... y sabe que no hay muchas

mentes en Londres capaces de algo semejante. Por todo ello, me has defraudado. Mucho, muchísimo… Stephen.

Y entonces, sin previo aviso, alzó las manos y comenzó a estrangular al muchacho. No con violencia explosiva, sino con una lentitud casi íntima, como si examinara la reacción del niño segundo a segundo, calibrando el miedo en sus pupilas.

—¡Moriarty, no! —gritó Bastianne—. ¡Le diste un papel para el que sabías que no estaba preparado! ¡Querías que fallase!

Moriarty aflojó un poco el cuello de su presa.

—Le ponía a prueba también. Pero él no debía fallar.

—Eso no es cierto —insistió ella—. Hacías lo mismo que haces siempre. Lo mismo que haces con Holmes. Nos pones a todos contra las cuerdas, quieres ver qué pasa, cómo reaccionamos cuando todo se desmorona. Es tu única forma de admirar algo: verlo fallar, caer, deshacerse. Por eso planteaste una secuencia de los hechos casi imposible de llevar a cabo.

Moriarty apretó los labios.

—Lo que tú llamas una secuencia de hechos imposible no lo era en absoluto. Stephen mataba a Lionel Pearce, cerraba la puerta por dentro y descendía por la fachada. Descender una pared así es mucho más factible que escalarla.

—Pero era un riesgo terrible —replicó Bastianne—. Le podrían haber visto. O haber dejado otras pruebas que Holmes habría visto. Huellas en la piedra húmeda, un hilo de su abrigo enganchado en un saliente, un rasguño con sangre en las manos al intentar apoyarse entre las grietas de los muros y deja una mancha…

Moriarty no contestó.

—Pero te diré una cosa —añadió ella, más suave—. El chico ha tenido suerte. Y eso, en nuestro oficio, también importa. La suerte es un don, casi tan valioso como el engaño o la planificación. Muchos criminales han salvado el cuello solo por eso: porque el viento cambió, porque un perro ladró en el momento justo, porque un policía se distrajo.

Moriarty la miró de reojo. Luego soltó al niño, que cayó de rodillas,

tosiendo. No estaba pensando en las palabras de la mujer; la lógica que empleaba era solo un artificio construido para empujarle, con delicadeza, a hacer justo lo que ella quería: salvar al niño. No, mientras Bastianne hablaba, Moriarty había pensado en su propio plan. Él, que exigía precisión absoluta, en el primer caso, el de la mujer enamorada, había cumplido cada paso del engaño en persona y a la perfección. Pero en ese segundo caso se dejó llevar y luego permitió que Bastianne sembrase en la pensión Tully las pistas finales; casi delegó en ella todo, como la búsqueda de la llave maestra o el detalle de las botas en la ventana. Era como si ya hubiese decidido que Holmes no era rival. Se había relajado demasiado, se había vuelto perezoso… Había fallado él aún más que el pequeño Clay.

—Puede que tengas razón, Bastianne —musitó al fin.

Y se apartó.

Pasaron unos segundos, casi un minuto. Entonces, se dio la vuelta. Su rostro se había transfigurado por completo. En sus labios, la sonrisa más amable. Su tono era dulce cuando dijo:

—De cualquier forma, ha fallado el plan A y ahora debemos pasar al plan B —anunció—. ¿Fuiste hoy de nuevo a la floristería de la señorita Delacroix?

—Sí —respondió Bastianne—. Mientras Holmes resolvía el crimen, hice lo que me pediste.

—¿Y te llevaste a mis hombres?

—Sí. Los que te acompañaron en el asesinato del bibliotecario. Ellos arreglaron el asunto.

Moriarty asintió lentamente, satisfecho.

—Bastianne no falla nunca, ¿lo entiendes, Stephen? No debes volver a fallarme. No me gusta confiar en los idiotas. No merecen segundas oportunidades.

El niño seguía en el suelo, acariciándose la garganta. No podía hablar, aún le costaba incluso respirar.

—¿Dónde está la joven damisela? —preguntó Moriarty, girando ahora hacia Bastianne.

—En el sótano. Allí la dejaron tus chicos —dijo ella.

Bajaron. La puerta del sótano crujió cuando Moriarty tomó el pomo con gesto ceremonioso y empujó. El olor a humedad y encierro les golpeó como una bofetada. Una bombilla colgaba de un cable deshilachado y parpadeó una vez antes de estabilizar su luz amarillenta.

Allí, sentada en una silla, estaba Esme Delacroix. La florista. Su vestido estaba rasgado por el hombro, sucio de barro y polvo. Tenía un pequeño corte en la frente y el maquillaje deshecho. Les miraba con los ojos muy abiertos, aterrada.

—¿Por qué me han raptado? ¿Qué… qué quieren de mí? —dijo, con voz temblorosa.

Moriarty dio un paso adelante.

—De momento, señorita, solo quiero que alargue el dedo meñique de su mano derecha —explicó, como quien pide un favor insignificante.

Esme rompió a llorar cuando vio la navaja en la mano de Moriarty, pero él ya no la miraba. Observaba su mano, sus pequeñas y hermosas falanges. Bastianne bajó la vista. Stephen, desde lo alto de las escaleras, se tapó los ojos.

—Vamos, vamos, solo será un corte diminuto, queridísima señorita Delacroix —dijo Moriarty—. Uno muy pequeñito. Se lo prometo.

LIBRO QUINTO

EL CASO DE LOS AUTOMATISMOS

(Junio de 1931)

1

POR QUÉ ES IMPORTANTE ESCRIBIR BIEN UNA FECHA

Recuerdo bien la fecha. Siempre la recordaré: 1 de junio de 1931.

¿Por qué la recuerdo? Bien podría decirse que es a causa de que el día anterior habíamos paseado, tomado unos dulces en el café Rémy y resuelto el caso del visitante silencioso.

Pero esa no es la razón.

Aquella mañana, como de costumbre, desayuné temprano. La prensa del día, un té fuerte, un huevo tibio. Todo parecía transcurrir con la normalidad habitual, hasta que subí las escaleras para encontrarme con Holmes. Apenas crucé la puerta del salón, supe que algo era distinto. Algo había cambiado.

—Prepárese —me dijo sin más—. El caso de los automatismos se resuelve ahora.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sin duda. ¿Va a tomar notas, como hace siempre?

Asentí. En efecto, cuando Holmes resolvía un caso, yo tenía por costumbre registrar cada paso, cada razonamiento, a fin de poder escribirlo después con fidelidad. Era parte de nuestra rutina compartida, tácita pero fundamental.

Así que me acerqué a la mesa, tomé un par de hojas de papel en blanco y una pluma. Holmes me observaba con atención, a un paso de mí, de pie, esperando.

—¿No va a poner la fecha antes de comenzar? —preguntó.

Le sostuve la mirada durante un segundo. No solía hacerlo. Pero me encogí de hombros y escribí con trazo firme:

1 / VI / 31

La tinta aún estaba fresca. Aún no había apartado la pluma del papel cuando sentí el frío inconfundible del cañón de un arma en mi sien.

—Sé que lleva un revólver colgado de su axila. Démelo, con mucho cuidado —dijo Holmes con una voz que no dejaba lugar a la réplica.

Giré apenas el rostro, lo justo para verle de reojo.

—¿Es una broma?

—No.

Tragué saliva con dificultad. El mundo pareció vaciarse de sonidos, reducido al zumbido sordo de mi propio pulso.

—Pues en ese caso —dije—, debo informarle de que acabo de desayunar. No llevo ahora mismo mi Webley. Mi arma está en la mesita de noche.

Holmes apretó la pistola contra mi sien.

—Levántese. Quítese la chaqueta —ordenó.

Lo hice con lentitud, sin un solo movimiento en falso. Le mostré que iba desarmado. Una vez satisfecho, Holmes me indicó con un gesto seco que volviera a sentarme, esta vez en una de las butacas junto a la ventana. Él ocupó su sillón habitual, con gesto estudiadamente sereno, y sin dejar de apuntarme.

—¿Quiere que le hable de automatismos, querido Watson?

—Por favor.

Holmes respiró hondo.

—Es muy sencillo. Cuando alguien ha servido en el frente… como usted, por ejemplo, adquiere ciertos automatismos: patrones de conducta profundamente arraigados, respuestas que se graban tanto en el cuerpo como en el alma. Se pueden imitar, hasta cierto punto, pero no se pueden fingir del todo. Aunque solo una mente entrenada como la mía podría detectar esas pequeñas grietas en el disfraz.

Guardó silencio unos segundos, quizás para asegurarse de que lo escuchaba con atención, o para dar mayor dramatismo a lo que iba a decir a continuación.

—Lo primero que me llamó la atención de usted… No, mejor vayamos al último suceso, el último automatismo fallido: el que acaba de suceder.

Me miró directamente a los ojos.

—Usted ha escrito "1 / VI / 31" como fecha del día, ¿no es así?

—Así es.

—La práctica corriente en el Ejército Británico es anotar "1 Jun 31" o "1st June 1931" o incluso "01-06-31". Pero solo un académico (alguien con estudios clásicos, habituado a la notación romana) escribiría "VI". Usted no ha servido en el RAMC, Watson. Nunca estuvo en Flandes. Usted no es usted. Aunque de momento no lo daremos por hecho, es solo una suposición.

Holmes, con el arma aún en la mano, añadió:

—Pero un automatismo que un hombre ha perdido no dice nada. Podría usted haber elegido conscientemente usar una forma más académica, más clásica, para marcar el abandono de su vida militar, para reafirmarse como civil. Tal vez incluso por afectación estilística. Hay muchas explicaciones.

No supe qué decir. Así que no dije nada:

—Pero —prosiguió—, ¿qué me diría de alguien cuyos automatismos están todos equivocados? No uno, ni dos. Todos. ¿Qué me diría de alguien que, aunque habla y se comporta como un militar retirado, comete pequeños errores que delatan que nunca lo fue?

—Diría que probablemente… es un impostor —murmuré, sintiendo cómo me ardían las mejillas.

—¡Muy bien, Watson! —exclamó Holmes, irónico—. Su mente ha mejorado de forma increíble. De un ayudante que no aporta nada, un cronista con tendencia a lo obvio… ha pasado usted, de pronto, a mostrar una mente preclara, casi brillante. Una transformación que rozaría lo milagroso… si no fuera tan cuidadosamente preparada.

Holmes estiró el brazo, hizo sonar una pequeña campanilla de bronce y ambos escuchamos pasos que subían apresurados por la escalera.

Nuestra joven sirvienta apareció en el umbral. Sherlock se irguió y escondió su arma a la espalda.

—¿Sí, señor Holmes?

—Quiero que usted y la cocinera abandonen esta casa de inmediato.

—¿Señor?

—Ha oído bien. De inmediato. La preparación de la comida no

importa, cualquier tarea pendiente queda postergada. Guarden sus cosas, salgan… y, una vez en la calle, preséntense en la comisaría de policía más próxima, la de Albany Street, y pregunten por el inspector Egan. Está esperándolas. Tras realizar esta misión, les doy a ambas el día libre. Pagado, por supuesto.

—Oh, gracias, señor.

—No hay tiempo para agradecimientos. Cumpla lo que le he dicho a la mayor brevedad. Es decir… ya.

La joven se marchó a toda prisa. La oímos bajar corriendo las escaleras, llamar a la cocinera y luego algunos sonidos que achaqué a estar recogiendo algunas de sus pertenencias. Luego, la puerta de entrada del falso 221B se cerró con un golpe seco.

Holmes volvió a su sillón, aún armado y apuntándome. Yo permanecí sentado frente a él, con las manos sobre las rodillas.

—Con su permiso, querido Watson, vamos a la habitación donde guardo los recortes.

Caminamos hasta llegar a la puerta contigua. Al abrirla, me invadió de nuevo esa impresión mezcla de inquietud y admiración que siempre me provocaba aquel lugar: cuatro paredes desnudas convertidas en una especie de mapa mental, un enorme esquema del crimen organizado.

Allí, hojas de periódico recortadas, cartas manuscritas, fotografías en blanco y negro, pequeños croquis, nombres escritos con tinta negra y flechas que los conectaban colgaban por doquier, fijados con alfileres de latón o chinchetas oxidadas. Se respiraba el olor del papel envejecido y de la tiza. Cada segmento del cuarto parecía tener una función definida: agrupaciones de estafas y malversaciones bancarias, con fechas y cantidades; robos de obras de arte, inventarios de galerías o informes de vigilancia. También complots políticos, atentados fallidos y tramas internacionales. Holmes cambiaba a menudo la distribución, lo que le daba la oportunidad de reflexionar sobre cada crimen que allí se exploraba.

Pero la pared que más destacaba (la única que no cambiaba, y que quedaba justo enfrente de la ventana), era otra cosa. Más densa, más obsesiva. Solo una palabra se repetía, una y otra vez, en

mayúsculas, en recortes y en notas manuscritas, subrayada o encerrada en círculos: **Moriarty**. Holmes se detuvo ante ella con una mezcla de concentración y reverencia, como si esperara que le hablara.

En un rincón de esa pared, se encontraba la zona donde Holmes solía escribir sus enigmáticos mensajes. Y debajo de ellos, una palabra legible escrita con trazo firme:

AUTOMATISMOS.

Holmes se inclinó, tomó un fragmento de tiza del alféizar y, con una precisión casi caligráfica, comenzó a escribir bajo esa palabra una nueva secuencia. No era un mensaje normal. Eran columnas de letras, cinco por grupo, perfectamente alineadas, como las que había visto antes. Una escritura en código. Un mensaje que no iba dirigido a mí, ni a la policía… sino, con toda probabilidad, al propio Holmes.

Lo observé, sin atreverme a interrumpir.

Holmes carraspeó ligeramente, sacudiéndose el polvo blanco de los dedos.

—Acabo de escribir la última pista que he encontrado —dijo, señalando con el mentón la palabra "automatismos"—. Es la de la fecha errónea. Pero le voy a explicar algunas de las anteriores, si me permite.

—Será un honor.

Me miró con un brillo frío en sus ojos.

—Le voy a hablar del día en que le observé encender una cerilla.

—¿Una cerilla? ¿Lo dice en serio? —pregunté, incrédulo.

—Una cerilla, sí. Lo digo completamente en serio. Ah, claro. Usted nunca ha sido soldado, Watson… o como se llame. No sabe cómo enciende una cerilla un hombre en las trincheras.

—¿Y qué tiene de particular cómo enciendo una cerilla?

Holmes se apoyó en el marco de la puerta.

—Un civil cualquiera —dijo— sujeta la caja de cerillas en una mano, habitualmente la izquierda, y con la derecha raspa la cerilla hacia

abajo sobre la lija del lateral. Es un gesto común, instintivo, heredado de la comodidad doméstica. Así lo hace usted. Pero no así un oficial que haya servido en el frente durante la Gran Guerra.

Le miré, intrigado.

—Los soldados británicos —continuó—, en especial los oficiales de campo, desarrollaban un reflejo condicionado: raspar la cerilla con una sola mano, cubriendo la llama con el cuerpo o con la palma de la otra mano. ¿Por qué? Porque en la trinchera muchas veces el viento y la muerte soplan demasiado fuerte y apagan llamas o vidas, por no hablar de los francotiradores, que agujerean a los incautos que no aprenden rápido a ocultar sus actos. Uno aprende a encender fuego con una sola mano y contra los elementos.

Me mordí el labio inferior. Holmes se dio cuenta.

—Usted, en cambio, encendió su cigarrillo como un hombre corriente, sin proteger la llama. No es el gesto que uno esperaría de un veterano de Flandes.

Lo dijo sin reproche. Pero en ese instante, comprendí que para Holmes hasta el más mínimo ademán era parte del retrato completo de un hombre. Y que yo, tal vez, había cometido el error de representar mal mi personaje.

—Y aunque tengo registrados varios automatismos más —explicó Holmes—, voy a compartirle uno adicional, quizá el más revelador de todos.

Hablaba con esa calma casi clínica que adoptaba cuando la verdad estaba a punto de manifestarse por completo.

—El otro día, en la pensión Tully, usted conversaba con el inspector Egan. Él le mencionó a su padre, ¿recuerda? Un sargento destinado en Ypres como usted durante la Gran Guerra. Y usted le respondió, palabras textuales: "Dele saludos de mi parte a su padre".

—Cierto. ¿Qué tiene eso de particular?

Holmes entornó los ojos.

—Watson, cualquier oficial retirado, cualquier hombre que haya vivido de verdad el frente, al oír que el padre de su interlocutor fue sargento, jamás se referiría a él como "su padre". No es una

cuestión de protocolo, es algo más profundo: un reflejo inculcado, una huella en el lenguaje, en el cuerpo mismo. Uno dice "el sargento Egan" sin pensarlo siquiera. Si usted hubiera servido como dice, esa frase jamás habría salido de su boca. Habría dicho sin pensar: "Dele saludos de mi parte al sargento Egan".

Quise objetar algo, mostrar un gesto de rebeldía, de que no aceptaba sus insinuaciones.

—Vaya, entonces según usted… todos esos detalles nimios prueban que no soy John Hamish Watson.

—Uno de ellos por separado… tal vez no, un par… quizás tampoco. Pero hasta el momento he contado once. John Hamish Watson, médico militar, veterano del RAMC, está muerto. Y usted lo ha suplantado.

Me incliné hacia adelante, los hombros tensos.

—¿Y por qué haría algo semejante? —pregunté.

Holmes no contestó. En vez de eso, levantó de nuevo el revólver y me apuntó al pecho.

—Ah… eso debería decírmelo usted, señor… Moriarty.

El nombre flotó en el aire como un cuchillo. Por un instante no supe si reír o gritar de felicidad. Porque acababa de comprender que todo había terminado. O que, tal vez, justo en ese instante, acababa de comenzar.

2
DE CÓMO SE RESUELVE UN CÓDIGO

Me volví. Sabía que Holmes no me dispararía por la espalda, o al menos eso esperaba. Me quedé mirando sus códigos de cinco letras escritos en la pared, seguí el contorno de la tiza y traté de leer de nuevo aquel galimatías.

GXZDI OKTKG UDEOZ JKAJK IFUGF
GMGIO JAEJK MDTCJ XROXT ETHVN
ZFAHO XNEDR EUSYL HYHER KPFKK
LCLFE FGIJV DSOQP EKZRR HGXER
RUOQK ONYSG YEHHI XLJHP EKWOW
YIAKL DTVZF IDKFX EIUHV NZFXA
EQFUH HYZKI GIVNW DUBRO FMDRD LZE

—Dejemos de lado el asunto de quién soy en realidad. Entre tanto… ¿me haría un favor, Holmes?

—Si está en mi mano, por supuesto.

—Mientras esperamos al inspector Egan —dije, lanzando un bostezo—, querría que me hablase de este código y sus símbolos. Parte de ellos los escribió cuando creyó detectar en mí esos automatismos que me ha descrito. Pero de lo que aún no me ha hablado (y es lo que realmente deseo conocer) es el texto original, la secuencia completa que empezó a trazar al poco de conocernos. El primer código. El origen de todo esto, que presumo que es el origen de sus dudas sobre mi persona.

Holmes comenzó a caminar por la habitación, como si sopesara mi demanda.

—¿Quiere conocer el texto, Watson? ¿O la clave para descifrarlo?

—Ambos, si puede ser.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Quién sabe, quizá resulte un buen pasatiempo mientras llega la policía.

Holmes tomó otra tiza.

—¿Ve usted esta primera secuencia, Watson? GXZDI. Son las cinco letras iniciales. ¿Qué significan? Muy sencillo. En realidad, no dicen nada… a menos que uno sepa cómo leerlas. Mire: equivalen al principio de la palabra "DESCONFÍO", es decir "DESCON".

Señaló con su arma hacia el exterior, hacia el salón y, particularmente, hacia el final de su biblioteca, que se intuía a lo lejos.

—Ahí está el *Bradshaw's Monthly Railway Guide*, en su edición de marzo de 1931. Lo he usado como libro-código. Ya lo sabe: horarios de trenes, estaciones, correspondencias, todo el sistema ferroviario británico comprimido en letra menuda. Lo conozco prácticamente de memoria. Si hubiera sido observador, se habría fijado en que lo he consultado mucho estos días.

«Para cifrar el mensaje utilicé la primera página del *Bradshaw*. Leí línea a línea y, conforme iban apareciendo letras nuevas, fui construyendo un alfabeto secreto. Así, por ejemplo, si la letra D es la cuarta del abecedario, la sustituyo por la cuarta letra que aparece en el libro, la que el *Bradshaw* me dicte. Cuando reuní veintiséis, tuve un alfabeto completo, pero en un orden alterado. Eso me bastó para cifrar palabra por palabra».

Holmes dio un par de pasos.

—Pero no me limité a cifrar mis escritos con una sola clave. Eso sería demasiado fácil de romper para alguien de gran inteligencia y, si mis sospechas eran correctas, podía estar enfrentándome a una mente extraordinaria. Añadí una segunda capa: la llamaré "desplazamientos". Cada letra del mensaje fue movida unas cuantas posiciones adicionales en el alfabeto, tantas como párrafos contenía la página correspondiente del *Bradshaw*.

—No entiendo.

—Letra uno, página uno del libro. Letra dos, página dos. Y así sucesivamente. Si en la página uno hay tres párrafos, la primera letra se corre tres posiciones. ¿Me sigue? Si es una D, pasa a ser una G. Lo mismo con la segunda letra y la página dos, la tercera y la página tres… y así hasta el final del mensaje. Un cifrado doble: clave

de sustitución y desplazamiento por párrafos. Un sistema tan sólido que solo podría romperlo alguien que conociera que estoy usando como clave el *Bradshaw*… y tuviera, como yo, una obsesión insana por la simetría.

Hizo una pausa y murmuró:

—Un sistema que pensé que ni Moriarty resolvería.

Fruncí el ceño. No demasiado. Pero creo que Holmes se dio cuenta.

—¿Y qué decía ese mensaje inicial?

—Dice: "Desconfío de Watson. ¿Por qué, cuando nos conocimos, llevaba en su maleta (a la vista) su cinturón de militar si viste de civil? Lo exhibe para reforzar el personaje, para que creamos en sus palabras. ¿Por qué necesita tal cosa?"

Me di cuenta de que había cometido un error básico el primer día que enfrenté a mi enemigo. Y eso que me había preparado con ahínco durante semanas, había leído todos los libros de medicina del verdadero Watson, había copiado su aspecto, incluso había pasado tardes enteras en las tabernas de Londres bebiendo con exmilitares para copiar su forma de hablar y tomar prestada alguna anécdota. Todo en vano.

La voz de Holmes regresó, alejándome de mis recuerdos:

—¿Y qué pensé yo entonces? —siguió—. Puede ser que vuelva de llevar su viejo cinturón a reparar. Que viniera de alguna ceremonia conmemorativa con su regimiento. O que el cinturón aún le sirviera como sujeción para llevar algún equipo médico. Todas eran explicaciones peregrinas, pero no imposibles. Lo sucedido no era una prueba de nada por sí sola. Pero no encajaba. Me sonó... forzado. Como si Watson quisiese anunciar, sin decirlo, que era quien afirmaba ser, un buen tipo apegado a sus recuerdos, un oficial médico retirado, alguien de confianza. Parecía un engaño pintado en un objeto, pensado para un observador que se fijara en los objetos. Un engaño pensado para mí.

Se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta, pero no sacó nada. Creo que le latía, como a mí, el corazón de pura excitación.

—Y como no me fiaba del todo de su interpretación de ese buen

tipo, del oficial médico John Hamish Watson —continuó—, decidí anotar mi sospecha. No podía acusarle, claro. Ni siquiera podía afirmar que no fuese usted quien decía ser. Pero esa posibilidad había que reflexionarla en el cuarto donde reflexiono sobre los misterios más complejos. Así que lo codifiqué para que no descubriese mis sospechas. Cinco letras por grupo. Y lo escribí en la pared, con la tiza. El primer bloque, ¿lo recuerda? GXZDI. Correspondía a "DESCO". La primera palabra: desconfío. Porque eso es lo que sucedía: desconfiaba de usted. Y con razón, porque…

Un sonido repentino interrumpió su discurso: el sonido inconfundible de la aldaba de hierro forjado que Holmes había escogido para su puerta principal. No le gustaban los timbres modernos.

—Creo que el inspector Egan ya ha llegado —anuncié.

Holmes señaló hacia la escalera.

—¿Bajamos a abrirle?

Descendimos juntos, aunque él se detuvo en el descansillo, dejando que fuese yo quien abriese. La casa estaba en silencio, como si aguardara, expectante, al siguiente acto de un drama ineludible.

Giré el picaporte. Afuera estaba Egan, su abrigo mojado por la neblina. Cruzó el umbral con decisión y cerró tras de sí.

Ya en el recibidor, extrajo su arma reglamentaria y la mantuvo baja pero lista. Holmes, al verlo, se permitió una mueca sutil de aprobación y guardó la suya en un bolsillo de su chaqueta.

—No le detenga aún, inspector —dijo entonces—. Antes de que le pongamos las esposas, hay algo que quiero discutir con el señor Moriarty.

Egan no protestó. Holmes dio un paso atrás, señalándome con un gesto que regresara a sus habitaciones. Volvimos a subir, los tres, uno detrás del otro, como actores que se encaminan al escenario para representar la escena decisiva.

Y eso era precisamente lo que pasaba: se avecinaba la verdad y el acto final de nuestro pequeño drama.

3
LAS DUDAS DE HOLMES

—Hay algo que quiero que me explique, Moriarty —dijo Holmes.

—Yo aún no he aceptado que sea esa persona —repliqué.

Holmes no respondió de inmediato. Se limitó a observarme. No era rabia lo que vi en sus ojos: era decepción.

—Por favor, no insulte mi inteligencia. ¿Quién podría haber urdido este plan salvo el Napoleón del crimen?

Sin teatralidad, hice un leve gesto de aceptación, quizás la más honesta muestra de respeto que le había ofrecido hasta aquel momento.

—Al menos como hipótesis… digamos que soy Moriarty. Solo como parte del juego.

—De acuerdo. Solo como un juego. Pero dentro de ese universo de hipótesis quiero que me explique cuántos de mis casos ha perturbado, manipulado... aparte de hacerse pasar por Watson.

Me acomodé en el sillón preferido de Holmes. Vi una tensión leve en su mandíbula. Fue maravillosamente placentero.

—El del visitante silencioso, seguro —continuó—. La huella de la mano infantil y el penique me dejaron claro que alguien muy joven había vigilado la casa desde dentro, y que todo lo que sabíamos podía ser falso. De hecho, la señora Crowley está en custodia, pero aún no ha sido formalmente acusada.

—Pues deberían hacerlo —confesé—. Porque ella mató a Lionel Pearce. Mi hombre… mi niño, para ser más exacto, falló.

—Ah, bien. Tenemos, pues, un caso manipulado. ¿Cuántos más? ¿Dos? ¿Tres?

—Solo uno más: el de la mujer enamorada.

Holmes retrocedió un paso. Y supe que le había golpeado donde más dolía. Creo que estuvo a punto de pedir que se lo repitiese. No era lo que había previsto. Aquel caso lo consideraba un triunfo.

—Ya veo. ¿Puedo confiar en su palabra? —preguntó fingiendo indiferencia.

—Puede —dije sin vacilar—. Esta vez le estoy diciendo la verdad.

Holmes se rascó la mejilla. No me creía. Al menos, no del todo.

—Antes de que me dé más detalles acerca de lo que realmente ocurrió en realidad en ese caso, el de Clara Carter… Hay algo que debo saber.

—¿El qué?

—La razón de todo esto. ¿Por qué se ha hecho pasar por Watson?

Fruncí los labios. Era una pregunta legítima, pero también era una pregunta peligrosa.

—¿No lo sabe?

—No.

¿Realmente no lo sabía? ¿O no estaba seguro?

—Lo hice para medir sus habilidades —le expliqué—. Para conocerlo a fondo. Para saber qué clase de rival voy a tener en adelante. Porque sé (y lo sé desde hace tiempo) que usted y yo vamos a combatir durante años. Una batalla de ingenios, de intuiciones, de planes que se diluyen en otros planes. Y necesitaba saber si usted valía la pena. Hasta hoy había dudado de sus habilidades, pero ahora le veo en toda su grandeza. Va a ser maravilloso enfrentarme a usted.

—No diga tonterías, Moriarty —espetó Holmes—. Tal enfrentamiento no va a tener lugar. Hoy mismo se lo van a llevar detenido. La policía lleva tiempo tras su rastro y se lo acabo de entregar en bandeja de plata. Su imperio del mal acaba aquí y ahora.

Fue en ese momento cuando saqué mi as de la manga.

—Bueno, sobre ese tema…

Hice un gesto con la mano, pequeño, casi descuidado.

Y entonces el mundo se inclinó a mi favor. Egan (el joven, ingenuo, orgulloso inspector) dio un paso hacia delante, levantó su arma… y apuntó directamente al corazón de Sherlock.

—Deme su revólver —ordenó.

Holmes le miró, atónito.

—Pero… no entiendo…

—Ahora —dijo Egan con voz firme—. O dispararé.

Los ojos del inspector brillaban al borde del llanto. Pero Holmes supo que decía la verdad: apretaría el gatillo si desobedecía. Con gesto lento y deliberado, Sherlock señaló uno de sus bolsillos y extrajo su arma con cuidado. La entregó. Yo me adelanté y tomé de otro de sus bolsillos mi revólver Webley, y lo deslicé en el interior de mi abrigo. Pero antes le dije al oído:

—No haga ninguna tontería, Holmes. Uno de mis hombres está esperando a que nuestra buena amiga Mary-Belle Shore termine su jornada de trabajo en la *Abbey Road Building Society*. Si no recibe noticias mías en una hora, le clavará un puñal en el corazón en cuanto ponga un pie en la calle. Yo mismo he visto cómo la mira usted, cómo acepta su presencia en nuestros casos... en fin: ambos sabemos lo que siente por esa joven.

Aquello detuvo su respiración. Se quedó completamente inmóvil. El color abandonó su rostro. Holmes parecía devastado, derrotado. No intentaría escapar ni capturarme. Podía estar tranquilo.

—¿Mi prometida está bien? —preguntó entonces Egan, dirigiéndose a mí.

—Esme Delacroix no está bien, pero está viva —respondí con tono pausado—. Se pasa las horas llorando, lleva un feo vendaje en la mano a la que le falta un dedo y pregunta por usted. Mi gente le ha prometido que en un ratito regresará a su lado. Eso es lo que todos queremos, ¿no es verdad?

—Sí, quiero que esto acabe y que mi prometida me sea entregada cuanto antes —afirmó Egan, apretando el puño derecho, como si una parte de él tuviera que contenerse para no golpearme.

—Y lo será, amigo mío, no se preocupe —dije, acariciando con mi mano su hombro—. Pero aquí el señor Holmes necesita saber más cosas; estoy seguro de que quiere saber cómo hice lo que hice y más información sobre el porqué. No querrá que seamos descorteses con un hombre como él, ¿no es cierto?

Egan rechinó los dientes.

—De acuerdo, pero sea breve —concedió, apartando mi mano.

—Seré todo lo breve o lo extenso que quiera —repuse, con una

sonrisa—. Y si vuelve a decir algo que remotamente me parezca una orden, le pegaré un tiro a usted y luego a la señorita Delacroix. ¿Ha quedado claro?

El policía soltó un gruñido.

—Muy claro. Hable con Holmes, explíquele lo que desee.

Le di otro golpecito amistoso en el hombro.

—Muy bien, Egan, mucho mejor. Ah, ¿dónde estaba? El cómo y el porqué, ¿no, Holmes?

—Si es tan amable.

—Voy a complacerle —dije, acomodándome un poco más en el sillón—. Mire, todo empezó cuando di muerte a mi mano derecha, un bruto, una bestia que me era fiel hasta la muerte: le hablo de Anton Karst.

LIBRO SEXTO

LO QUE DE VERDAD PASÓ EN EL CASO DE LOS AUTOMATISMOS

1
MORIARTY Y EL PLAN ORIGINAL

Moriarty vivía su propio ciclo de grandeza como amo y señor de los bajos fondos de Londres. Como Jonathan Wild en su día, como Charles "Darby" Sabini, Billy Kimber, Edward Emmanuel o Alf Solomon, su nombre era un rumor persistente, un eco, una sombra que firmaba todos los negocios sucios de la ciudad. Robos, chantajes, tráfico, asesinatos por encargo y apuestas amañadas dentro de unas redes de criminales que no se conocían entre sí, pero que respondían (sin saberlo) a un mismo cerebro: Moriarty.

Decir Moriarty o bajos fondos de Londres… era la misma cosa.

Pero el poder absoluto tiene un defecto: el tedio. Y el tedio es peor que el miedo. Es un monstruo sin rostro que se sienta a tu mesa, día tras día, sin pedir permiso. Aquel hombre, que tenía a la policía comprada, a jueces en su bolsillo y a decenas de sabuesos callejeros al servicio de sus apetencias, se sentía como un rey en lo alto de una montaña de oro que ya no necesitaba... como un rey Midas de pacotilla. Inmensamente rico, sí. Pero también vacío, aburrido... Y solo.

Y entonces ocurrió. Anton Karst, su hombre de confianza, su ejecutor más fiel, fue derrotado. Engañado. Superado. No por la fuerza bruta, no por una banda rival o por un traidor. No. Por una mente poderosa. Por alguien que, según los informes, trabajaba en nombre de la justicia (esa abstracción tan útil como falsaria). Un tal Sherlock Holmes.

Oh... para un hombre que se hacía llamar Moriarty, la aparición de alguien que se hacía llamar Holmes no podía ser casualidad. Era una señal. Una de esas señales que solo entienden los jugadores de alto nivel. Una señal de que los tiempos estaban cambiando. De que, al fin, en el tablero de Londres había aparecido una figura que no le pertenecía.

Quizás (solo quizás) el aburrimiento tocaba a su fin.

Pero una chispa no basta. El fuego necesita de una llamarada. Ese tal Holmes... ese supuesto paladín de la lógica... debía ganarse el derecho a ser su rival. Porque Moriarty no se medía con cualquiera. No bastaba con ser listo. Había que ser excepcional. Había que estar

a la altura del abismo.

Y aún no estaba claro si Holmes tenía lo que hay que tener.

Al principio, Moriarty pensó en manipular los casos de Holmes desde fuera. Al fin y al cabo, tenía los recursos: matones de barrio, vigilantes a sueldo, amigos en Scotland Yard, magistrados agradecidos y hasta algunos redactores de columnas judiciales en grandes periódicos que eran capaces de torcer la verdad hacia el lado que el Napoleón del crimen precisara.

Podía usar a su gente para manipular a Holmes con la facilidad con la que un mago saca un conejo de la chistera. Pero ver las cosas desde la lejanía le resultaba insatisfactorio, incluso aburrido. Ah… el tedio de nuevo. El viejo y constante compañero de Moriarty.

Antes de morir asesinado por el propio Moriarty (un acto de piedad más que un arrebato), Anton Karst le había enseñado un anuncio curioso que Holmes había publicado en los periódicos: buscaba a John H. Watson. No era la primera vez que lo hacía. Ya había contratado y despedido a tres. Todos fallidos. Todos inadecuados. Holmes seguía buscando un compañero. No uno cualquiera. Un Watson definitivo.

Moriarty comprendió algo de inmediato. Holmes estaba, como él, subido a una montaña (no de cadáveres ni de oro, sino de introspección). Estaba solo con su gigantesco intelecto. Necesitaba a alguien con quien compartir el vértigo de la investigación policial. Añoraba al Watson de los relatos de Doyle, quería recrearlo, que existiese su punto fijo en un mundo cambiante (tal y como había dicho el verdadero Sherlock), que fuese tan watsoniano que le permitiese a él ser plenamente holmesiano.

Y entonces se le ocurrió a Moriarty una idea loca, excéntrica, maravillosa: él sería Watson.

Era una genialidad. No solo por su audacia o teatralidad, sino por su justicia simbólica. Si Holmes buscaba a su confidente, a su sombra fiel, a su narrador devoto… lo encontraría. Pero encontraría no a Watson sino a Moriarty, a su antagonista, a la persona que, en realidad, siempre fue su motor y no a ese estúpido médico militar que parecía más un títere corto de entendederas que una persona

real.

El Napoleón del crimen puso a sus hombres a trabajar; su red de informantes y de contactos era, naturalmente, mucho más eficaz que cualquier anuncio en prensa que quisiera poner Sherlock. En apenas una semana, ya sabía quiénes eran los candidatos a Watson potenciales. Localizó a varios de ellos; algunos eran exoficiales, otros médicos retirados, todos ellos con el perfil adecuado (y, lo que es peor, disponibles y necesitados de trabajo). Moriarty descartó a la mayoría por inadecuados por una razón u otra. A un par los asesinó, simplemente para evitar que Holmes los eligiera, porque eran buenos candidatos pero difíciles de suplantar: tenían demasiados amigos o eran personas demasiado conocidas en sus vecindarios.

Y entonces dio con lo que estaba buscando. Su hombre ideal. No solo porque se llamaba John Hamish Watson (nombre que muchos estudiosos consideran el del personaje original de las novelas de Conan Doyle), sino porque la mayor parte de su biografía coincidía casi a la perfección con la del doctor ficticio.

Así que se puso manos a la obra y estudió a John Hamish Watson: exmédico militar, herido en campaña, hombre de ciencia y de hábitos discretos, y, lo más importante: un ermitaño. Un misántropo que vivía lejos, en Guildford, a las afueras, en una casa olvidada por el tiempo, medio oculta por setos crecidos y árboles sin podar, como si la misma naturaleza quisiera esconderlo del mundo.

Aquello era otro punto a su favor. Porque nadie le echaría de menos en su pueblo, porque pocos le conocían en persona, porque llevaba más de una década fuera del Reino Unido (entre destinos militares, hospitales de campaña y un par de estancias en las colonias), y porque, en suma, era un hombre al que, cuando Moriarty lo suplantase, el riesgo de que alguien se lo encontrase por la calle y exclamase "¡Este no es John Watson!" era muy, muy pequeño.

Cuando Moriarty fue a su casa en Guildford, halló a un hombre con una larga barba blanca, la mirada cansada, sin más compañía que un viento ululante y las ratas del granero. Vivía rodeado de polvo, botellas vacías de medicamentos y libros sin abrir, como si su

existencia se hubiera reducido a la subsistencia. Le mató sin ceremonias (porque no se necesita poesía para acabar con alguien que ya no espera nada) y dejó que sus matones se deshicieran del cuerpo con la eficacia de quien arranca una figura derrotada del tablero de ajedrez.

Tomó su nombre. Tomó su apariencia. Tomó su historia como quien toma prestado un abrigo a medida.

Y regresó a Londres, por supuesto.

Allí, con su identidad robada y el personaje ensayado, alquiló una pensión modesta pero respetable en un barrio discreto (no demasiado lejos del centro, no demasiado cerca de nadie). Luego, con el anuncio en la mano (el que Holmes había publicado por cuarta vez en *The Times*), se presentó en el falso 221B de "casi" Baker Street.

La trampa estaba lista. Solo faltaba ver si Holmes caería en ella.

2

DEBES SACAR PROVECHO DE CUALQUIER PROBLEMA QUE TE SALGA AL PASO

El plan de Moriarty tenía un defecto. Uno grande, en realidad. No por torpeza, sino a causa del azar (esa fuerza infame que siempre amenaza a los perfeccionistas). Revisando las cartas del difunto, Moriarty descubrió que el verdadero John Hamish Watson tenía dos vínculos con el pasado aún activos.

Y ambos se hallaban en Londres.

El primero: una antigua novia en el barrio de Sydenham (una tal Clara Carter). Con ella no mantenía contacto regular, pero sí cierta nostalgia epistolar. Se habían escrito dos veces en los últimos cinco años. Poca cosa, pero era un cabo suelto que había que atar.

El segundo vínculo era más preocupante. Un antiguo compañero de armas en Flandes, y buen amigo: Lionel Pearce. Vivía apenas a unas calles de la vivienda de Holmes, lo que lo convertía en un riesgo real, tangible, un hombre que podía tropezarse con Moriarty disfrazado por la calle, oír su nombre y, en un instante, delatar su impostura.

Peor aún: había estado de visita en Guildford la primavera anterior, cosa que citaba el verdadero Watson en su diario, un viejo libro lleno de pensamientos suicidas e ideas inconexas que halló Moriarty en una estantería en el sótano de la casa. Sea como fuere, Lionel Pearce no solo sabía de su existencia, sino que conocía su aspecto actual.

Así que Moriarty tenía esos dos problemas girando en la órbita de su representación, de esa obra de teatro para un solo espectador llamada "Hola, señor Holmes, me llamo John Hamish Watson".

Pero él, hombre positivo a la vez que pragmático, no veía en ellos un obstáculo, sino una oportunidad. Para Moriarty, todo reto era una ventaja disfrazada. Toda dificultad, un peldaño más hacia la maestría. Todo problema, algo que podía (y debía) usarse para mejorar su espectáculo.

"Cualquier cosa que acontece me viene como anillo al dedo. Solo debe ser modificada para transformarla en un beneficio". Esa era una de sus máximas. Una convicción profunda, casi una ley. El universo debía ser aceptado tal como se presentaba, para luego ser

corregido, moldeado si era necesario, hasta que el azar (ese enemigo insolente) se plegase a su voluntad.

¿Acaso Moriarty no pretendía poner a prueba a Holmes? ¿Y qué mejor forma de hacerlo que aprovechando el asesinato de esas dos personas que, por desgracia, podían reconocerle como un falso Watson?

Haría que Holmes investigase los crímenes, lo manipularía, movería las piezas sin mostrarse, y vería si era capaz de descubrir el engaño. Una partida entre dos Grandes Maestros, al fin. Un reto con cadáveres reales, pistas distorsionadas y consecuencias impredecibles. Perfecto. Pluscuamperfecto.

En el caso de Clara Moran, la antigua prometida del verdadero Watson, todo salió a la perfección. Era una mujer de costumbres previsibles, con un historial emocional que podía explotarse sin dificultad. Sus hábitos de lectura, su rutina de paseos por librerías y bibliotecas, su progresiva melancolía, todo facilitó la ejecución del plan. Y Holmes fue engañado y Clara flotó en las aguas del Támesis. Un plan de diez… salvo por una sola salvedad: su hermana, Bastianne Moran.

Bastianne, a diferencia de Clara, era otra clase de mujer. Con más aristas. Y más peligrosa. Conocía el nombre del prometido de su hermana (John Hamish Watson), y supuso que el acompañante de Holmes era, por fuerza (sería demasiada casualidad que no fuese así), el mismo hombre. Pero no actuaba como si la conociese, ni dijo nada al respecto las dos veces que habló con él y con Sherlock. ¿Podría ser otro Watson, después de todo?

Escribió a una vecina que fue muy amiga de su hermana Clara en la adolescencia. Ahora vivía en Holanda, pero no tardó en responderle que nunca vio a aquel hombre en persona, aunque recordaba que Clara fue a visitarle en varias ocasiones a Guildford, a casa de sus padres. Bastianne ató cabos.

Tras algunas averiguaciones adicionales y un corto viaje a Guildford, Bastianne estuvo segura de que el John Hamish Watson que cortejó a su hermana, era (o decía ser) el mismo hombre que investigaba al lado de Holmes. ¿Por qué no había dicho que fue su

prometido? Algo no encajaba. Algo se le escapaba.

Releyó la carta que le había llegado de Holanda y descubrió que la razón por la que el joven Watson era tan retraído (cosa que nunca le gustó a Clara y que precipitó la ruptura de su noviazgo) fue que le faltaban dos dedos de la mano derecha. Un accidente de trabajo en la granja. Watson soñaba con ser militar, pero su defecto le había empujado al cuerpo médico, ya que temía ser rechazado en un regimiento de combate. Y se podía ser un cirujano de primera aunque te faltasen dos dedos de tu mano no dominante.

Pero al Watson que había visto junto a Holmes no le faltaba ningún dedo. Lo había observado de cerca: ambas manos completas, seguras, hábiles. Sin embargo, en Guildford había obtenido pruebas (en el registro) de que eran la misma persona.

Y entonces dedujo la verdad: si el hombre que había conocido no era el Watson que decía ser, si se hacía pasar por él, debía haber una mente perversa detrás. Una mente con un propósito criminal. Ella necesitaba dinero para mantener la casa familiar de los Moran, y alguien capaz de urdir un plan semejante debía tener por fuerza amplios recursos (y no solo económicos).

Así que lo abordó en la calle e, instantáneamente, saltó una chispa de conexión entre ambos. Algo denso, oscuro. Una energía que los unía en un propósito común.

Una vez más, el Napoleón del crimen recurrió a su ley sagrada ("Cualquier cosa que acontece me viene como anillo al dedo"). Bastianne, por tanto, no era una amenaza. Sería un recurso. La convirtió en su aliada. Y no solo en aliada. Finalmente, en su amante.

Una solución elegante a un contratiempo peligroso. Y no solo satisfactoria en lo estratégico, sino (para su sorpresa) en lo personal. Porque aunque Moriarty despreciaba las emociones, apreciaba a las mujeres singulares. Y Bastianne era de una singularidad deliciosa. Una mente sin culpa. Una mujer sin miedo. Un espejo imperfecto que le devolvía su propio rostro, transformado en mujer. De alguna manera, se hacía el amor a sí mismo, lo cual era un sueño hecho realidad.

Pero el caso de Lionel Pearce lo cambió todo. Seguramente se confió. No lo planificó todo con la meticulosidad del caso Moran y tal vez por eso, las cosas se torcieron.

Al principio, sin embargo, no hubo problemas. Moriarty, fiel a su estilo, no necesitó grandes despliegues. Se limitó a invitar a Holmes y a Mary-Belle Shore a tomar unos dulces en un café cercano a la pensión donde, casualmente, había muerto aquella misma mañana el amigo y compañero de armas del verdadero John Watson.

Entonces cometió su primer error. El plan original era dirigirse al café Rémy, en Villiers Street, con la excusa de tomar algo dulce. Pero Moriarty (aún bajo el disfraz de Watson), tras sugerir el paseo, tomó el camino equivocado. Un desvío imperceptible para un caminante casual, pero una grieta para un observador entrenado como Holmes.

En lugar de avanzar por Oxford Street hacia Regent Street, como dictaba la ruta más directa al café Rémy, giraron por Tottenham Court Road. Desde allí, su avance los llevó a Charing Cross Road y, luego, hacia la calle Strand, una ligera inclinación que desviaba su eje hacia Craven Street. Esa calle, por supuesto, no era su destino oficial, pero sí la ubicación exacta donde aquella mañana había aparecido muerto Lionel Pearce y donde Moriarty quería realmente llevarlos.

Fue un acto reflejo, un desliz de la memoria muscular. Albergaba la urgencia por un nuevo enfrentamiento con Holmes, y su cuerpo (más rápido que su mente en ese instante) optó por el trayecto más rápido hacia la escena real del asesinato y no hacia el lugar al que se suponía que iban. A fin de cuentas, eran apenas dos calles paralelas, dos venas urbanas casi idénticas. Pero para Holmes, cada calle decía algo. Cada elección tenía significado.

Moriarty se dio cuenta tarde. En cuanto doblaron por Tottenham Court Road, notó la leve rigidez en la mirada de Holmes, ese gesto sutil (como quien guarda una pregunta sin formularla aún) y comprendió que había sembrado la primera semilla de duda.

El resto del trayecto, Watson-Moriarty habló de trivialidades, del clima, de dulces franceses y de la elegancia decadente de los cafés

del West End, pero sabía que Holmes ya había visto la costura. No podía retroceder ni enmendar. Aceleró el paso, confiando en que la inercia del día, del caso, de la charla, arrastrara a su rival más allá de aquel error diminuto.

Pero no lo olvidó. Holmes jamás olvidaba un error.

Y entonces pasaron delante del edificio de la pensión Tully. Los hados quisieron que fuese el inspector Egan quien llevase el caso, y eso lo facilitó todo. Egan era previsible, fácil de impresionar y con tendencia a hablar más de la cuenta delante de quien no debía. Y admiraba a Holmes desde que lo vio en acción en el caso del escultor mudo de Hammersmith.

Si eso no hubiese sucedido (si Holmes no se hubiese detenido, si Egan no hubiese aparecido), Moriarty tenía preparado un plan de contingencia, como siempre. Uno de sus hombres se hallaba ya en los alrededores, comentando con fingida preocupación y una entonación que podía oírse en media calle, que el muerto era su vecino, un tal Lionel Pearce. La idea era sencilla y teatral: Moriarty se llevaría las manos a la cabeza y exclamaría, con la mezcla exacta de dolor y asombro: "¡No será mi queridísimo amigo y camarada! ¡No! ¡Dios mío, me dijo que vivía por esta zona!" Y habría corrido a la pensión, deshecho en lágrimas, seguido por Holmes, que no habría podido resistirse a acompañarlo.

Pero no hizo falta.

Y todo salió a la perfección. O casi.

Porque cometió otro error. Uno pequeño, casi paternal, pero error al fin. Confió demasiado en Stephen Clay. Lo trató como a un hombre, como al remedo precoz del difunto Anton Karst, cuando en realidad no era más que un niño de doce años con hambre en los huesos y más ambición que habilidades. Demasiado joven para una tarea tan delicada.

Moriarty quiso verlo como un heredero. Se engañó a sí mismo. Fue un descuido emocional, impropio en él; tal vez por eso casi estranguló al muchacho, no porque el error de Stephen lo mereciese, sino porque sentía que había tenido un momento de debilidad, y eso era algo que no podía permitirse. Los cementerios

están llenos de criminales que tuvieron un momento de debilidad.

De cualquier forma, no fue algo decisivo. Porque para entonces Holmes llevaba tiempo desconfiando de él. Desde el primer día, con toda probabilidad. Tal vez por eso lo había invitado a vivir en su casa: no por afecto, sino por estrategia. Para observarlo. Para medirlo en las distancias cortas.

Porque Sherlock intuía el engaño y los disfraces con que ocultaba quién era en verdad: la antigua túnica del Royal Army Medical Corps, los viejos manuales de anatomía, los instrumentos médicos cuidadosamente ordenados en vitrinas, las ediciones gastadas de tratados sobre cirugía de campaña... Cada uno reafirmaba al personaje que decía ser, al Watson que fue médico en el frente. Pero Holmes se había dado cuenta de que no había desviación alguna, ni un solo objeto que no perteneciera al pasado. Ningún rastro de gustos nuevos, pasiones tardías o intereses adquiridos desde su regreso a la madre patria. Y eso, precisamente, era lo que traicionaba al impostor. Porque ningún hombre auténtico permanece idéntico a lo que fue. Si Watson hubiese sido real, habría evolucionado, habría acumulado rarezas, contradicciones, algún cuadro torpe comprado en un mercadillo, algún vicio nuevo, un libro que no fuese de medicina sobre la mesilla de noche. Pero allí todo estaba detenido, fosilizado, como si el tiempo se hubiese parado justo después del frente.

Un decorado perfecto. Demasiado perfecto.

Los automatismos que no poseía habrían terminado, de cualquier forma, por delatarle. Porque era cierto: no era un soldado. Nunca lo había sido. En realidad, despreciaba profundamente a quienes se mataban por orden de los poderosos. Soldados, oficiales, patriotas de uniforme disfrazados de imbéciles, muertos vivientes que desfilaban saludando con la mano en la visera. Le repugnaba esa especie de moral de bayoneta que convertía en virtud la sumisión, que glorificaba fallecer por una causa que jamás se cuestionaba. ¿Por qué morir por una bandera, por tu país, por los poderosos de turno o por un ideal prestado? Él no estaba hecho para eso. Su ideal era él mismo. Nunca marchaba en fila con los idiotas.

Eso no impidió, claro, que dedicara semanas enteras a pulir su disfraz de excombatiente. Estudió informes, diarios de campaña, el argot médico de las trincheras y hasta los reglamentos militares. Practicó (frente al espejo) el modo en que un hombre herido se toca sin querer el hombro donde le rozó la metralla, la forma de cojear casi imperceptiblemente, el gesto repentinamente triste del que ha visto morir a sus amigos y algo se lo recuerda. Pero, por supuesto, no poseía los automatismos de uno de esos hombres verdaderos (hombres con galones, medallas y recuerdos que dolían por dentro). No tenía, por ejemplo, el gesto automático al escribir una fecha en formato militar. Ni la forma exacta (por Dios, ¡quién habría imaginado que Holmes sabría algo semejante!) en que un veterano de las trincheras enciende una cerilla. Y cometió el error (imperdonable entre hombres de armas) de no llamar por su rango a un "sargento".

Admitámoslo. Siempre supo que su disfraz era temporal. Que acabaría saliendo de esa vida prestada para regresar a los bajos fondos. Así que estaba preparado. Conocía bien a Holmes. Sabía que, en el fondo, era un sentimental disfrazado de racionalista. Y sabía que, cuando llegara el momento de desenmascararle, no le abatiría de un disparo sin pruebas ni juicio previo. Haría las cosas bien. Llamaría a la policía. Pero no a un inspector anónimo. No. Llamaría a alguien de su confianza. Y eso significaba que llamaría al tonto de Egan, que le tenía aprecio, que le seguía como un perrito faldero… pues era, irónicamente, más Watson que Moriarty transfigurado en Watson.

Cuando regresó por la tarde a la pensión Tully y revisó las huellas de la mano de Stephen Clay en el montacargas, y la leve impresión de una moneda de un penique incrustada en la grasa, supo que Holmes estaba cerca de cerrar el círculo de sospechas contra él.

Holmes había demostrado al fin que era un hombre extraordinario. Un rival (casi) a su altura. No podía seguir con aquella mistificación por más tiempo.

Así que tenía que actuar. Y pronto.

3
SE ACABA LA FUNCIÓN

La idea era simple: raptar a Esme Delacroix, la prometida del inspector Egan, y usarla como moneda de cambio.

Llevaba semanas preparando el golpe. Sabía, por boca de Bastianne, que la joven tenía una pequeña imperfección: uno de sus meñiques era más corto que el otro. Le faltaba el final de la uña, perdido en un accidente infantil con una prensa de imprenta. Aquello le resultó a Moriarty un detalle curioso y esperanzador. Bastianne había descubierto que le faltaban dos dedos al verdadero John Hamish Watson y ello le había permitido descubrir que él era un suplantador. Ahora utilizaría una anomalía semejante para que pudiese salir bien librado de su suplantación.

Era como cerrar la cuadratura del círculo.

Le hubiese encantado a Moriarty estar presente cuando uno de sus hombres se presentó ante Egan con el dedo de Esme Delacroix primorosamente guardado en una bella caja de terciopelo burdeos, con un cierre dorado y un interior forrado de satén blanco (de esos que suelen contener una joya de compromiso, una alianza o algún recuerdo familiar). Aunque ahora contenía una falange cercenada, completamente reconocible para el inspector como perteneciente a su dulce prometida. El contraste entre el envoltorio elegante y el contenido macabro era un gesto típico de Moriarty: lo estético al servicio de lo atroz.

Egan, como era de esperar, palideció. Era débil. Era previsible. Y el emisario de Moriarty le dejó claro, con cortesía profesional, que recibiría a su prometida a trocitos, como si fuera una serie por entregas (al estilo de aquellas viejas publicaciones de los casos de Holmes en *The Strand Magazine*), a menos que aceptara formar parte, por un día, del equipo del Napoleón del crimen.

El policía se quebró. Lloró de rabia y prometió servir a Moriarty.

Tenía a aquel idiota en sus manos.

Egan confesó también a su emisario lo que Moriarty ya sospechaba: que Holmes, al salir de la pensión Tully, le había revelado que al día siguiente le llamaría para culminar el caso de los automatismos y detener a un peligroso criminal. Añadió que, bajo

ningún concepto, debía decir nada a nadie. Ni a Watson. "Especialmente a Watson", le había advertido, lo cual extrañó al inspector, aunque ahora, claro está, le veía todo el sentido.

Y el resto fue muy sencillo.

Moriarty, aún disfrazado, desayunó con hambre (la emoción siempre le daba hambre; incluso el miedo, si alguna vez lo sentía, le abría el apetito). Luego subió, puntual, a las habitaciones de Holmes para ser detenido. Todo salió según los planes del detective (y del criminal), hasta que llamó a la policía, claro.

Lo que nos lleva al momento presente, con Holmes derrotado y Moriarty vencedor. Con Mary-Belle vigilada por un matón listo para asesinarla si las cosas se tuercen para su jefe, con Egan apuntando al gran Sherlock y su archienemigo preparado para levantar el vuelo.

Pero no hay en verdad vencedor ni vencido, todo es parte de un plan mayor, de una simbiosis entre ambos. Porque la luz, sin sombra, no existe. Y la sombra, sin algo que la proyecte, no tiene forma.

Moriarty lo sabía. Holmes ahora también.

Se necesitaban.

Sin una inteligencia criminal que le desafiara, el detective acabaría oxidado, encallado en casos tediosos, en esas "banalidades" que tanto despreciaba. Sin un rival que le saliese al paso valiéndose de brillantes deducciones, el genio delictivo sería un simple delincuente. Un burócrata del crimen condenado también al tedio y a la repetición banal que acosaba a su adversario.

El libro que ambos protagonizaban (porque eran un libro, una historia, una mitología) retrataba esta interdependencia con un eco darwiniano: cada adversario obliga al otro a evolucionar, a trascender su propia forma. El mal no se presenta solo como fuerza a derrotar, sino como el cincel que esculpe la grandeza moral del investigador; mientras que el bien actúa como el espejo necesario que otorga sentido, épica y dirección al designio perverso.

Sin Moriarty, Holmes seguiría buscando crímenes magníficos en un mundo con villanos insignificantes. Sin Holmes, Moriarty no tendría

esa luz que daba forma a su sombra.

Pero juntos… juntos eran otra cosa. Eran leyenda.

—En adelante —dijo Moriarty, despojado ya de su condición de Watson, con la voz eufórica del actor tras quitarse la máscara—, cada vez que perpetre uno de mis planes criminales sentiré el terror en mi espina dorsal. ¿Estará Holmes a la vuelta de esa esquina? ¿Intentará atraparme? ¿Me pisa los talones o está ya esperando en la penumbra? Oh… qué maravillosos años de felicidad nos esperan.

—Creo que no tenemos la misma noción de lo que es la felicidad. —repuso Holmes, sin pestañear.

—Sí la tenemos. Solo sucede que usted, hasta ahora, veía el tablero a medias. Por fin contempla la magnitud del reto que enfrentamos. ¿Recuerda cuando me habló de los ciclos criminales? ¿De los criminales que gobernaron Londres? Pues bien… este es mi ciclo. Yo soy el rey. Y usted… usted es mi aprendiz de revolucionario, el que lucha y luchará por hacerme caer. Aunque creo que no lo conseguirá.

—Se equivoca. Usted no es un rey, es un tirano. Y todos los tiranos acaban cayendo.

—¿Por las cataratas de Reichenbach? —inquirió Moriarty, divertido —. Ya veremos. No hay cataratas en Londres, querido Sherlock.

Holmes estaba a punto de estallar, de dejarse arrastrar por uno de esos arrebatos súbitos de energía que a veces lo dominaban, pero se contuvo. Por el inspector Egan, que aún le apuntaba con mano temblorosa (pero decidida). Pero, sobre todo, por Mary-Belle. No haría nada, jamás, que la pusiese en peligro.

—Buscaré esas cataratas, Moriarty. Y le arrojaré al vacío desde la cima.

—No me cabe duda. Es usted un hombre admirable. Esperaré ese momento magnífico en que me haga caer por el torrente de agua, y vivir esa caída final donde se sellan las leyendas. Pero recuerde algo, Holmes… el verdadero Holmes, cayó junto a Moriarty.

—Yo soy el verdadero Holmes.

—¿De verdad? —dijo su adversario, con una mueca cargada de

malicia pero también de respeto—. Pues entonces yo debo ser el verdadero Moriarty.

Se miraron en silencio, como dos jugadores que han jugado todas las manos y ahora solo esperan el momento de levantar sus cartas y que los hados designen al vencedor. Entre ellos no había odio. Había reconocimiento. Tal vez incluso una extraña y sofisticada complicidad. Como si supieran que ninguna historia presente ni futura sería digna sin el otro.

—Me marcho —dijo el Napoleón del crimen, el rey de Londres—. Ha sido un inconmensurable placer derrotarle, luego ser derrotado y finalmente escapar al castigo.

Moriarty no esperó respuesta. Salió de las habitaciones de Holmes sin titubear. Sabía que Egan seguía encañonando al gran Sherlock.

—En menos de una hora, su prometida, la dulce Esme Delacroix, aparecerá en su floristería —anunció, mientras descendía la escalera a toda velocidad—. Sana y salva. El dedo fue un préstamo. Nada más. Puede devolvérselo en mi nombre.

Egan, sin bajar el arma, gritó desde lo alto:

—¡Le encontraré! ¡Y acabaré con usted! ¡Es una promesa!

—Oh, pobrecito... ¿Acabar conmigo? ¿Usted? —replicó Moriarty en tono condescendiente—. Usted no es Holmes. No podría dar conmigo ni aunque la dulce Esme señalara en mi dirección con el meñique que no le he amputado.

Salió de la casa riendo a carcajadas, y allí le esperaba un automóvil negro brillante, con detalles cromados y carrocería alargada. El motor ronroneaba con una elegancia felina, y las luces parecían mirar al mundo con desdén. Era un coche hecho para alguien como él: poderoso, sobrio, intocable.

Bastianne Moran estaba al volante, con guantes de cuero y un sombrero ladeado que resaltaba su sonrisa.

—¿A dónde te llevo?

—A donde sea —respondió Moriarty—. Esta es mi ciudad. Cualquier lugar servirá. Allí donde vayamos, estaremos a salvo. ¡Larga vida al rey!

El coche se alejó con un rugido suave y veloz, deslizándose por las calles y precipitándose al tráfico de la noche.

Moriarty rio de nuevo. Había vencido en una partida peligrosa, compleja y agotadora. Era una sensación maravillosa. ¡Afuera el tedio! ¡Afuera la soledad! Por fin se sentía vivo.

Y Bastianne rio con él. Porque ahora Londres también tenía una reina.

EPÍLOGO

Moriarty y Bastianne en la cima del mundo

(Diciembre de 1931)

Habían pasado siete meses y la rueda del destino seguía girando. No se detiene por nadie, ni siquiera por los hombres (o las mujeres) más extraordinarios.

Moriarty y Bastianne regresaban de dar un golpe (uno de esos de los que se habla durante años). Había tenido lugar en Amberes, Bélgica, en la sede de una prestigiosa casa de subastas especializada en piedras preciosas sin tallar. El botín: tres diamantes azules de origen colonial y un rubí birmano de más de 30 quilates conocido como *El Lamento de Vishnu*. Una operación rápida, limpia, sin un solo disparo. Solo identidades falsas, dos disfraces irreprochables y una retirada en tren privado bajo pasaportes diplomáticos de dudosa procedencia.

Ahora estaban de vuelta en Londres, hospedados bajo un nombre supuesto en un discreto hotel de Bloomsbury. La habitación tenía muebles de nogal, papel de pared florido y cortinas de terciopelo que amortiguaban los sonidos de la ciudad.

Una criada tocó la puerta y entró con una bandeja.

—Aquí tienen el desayuno, señores Watson —dijo, mientras dejaba sobre la mesa una tetera humeante, huevos escalfados, tostadas, mermelada y un pequeño cuenco de frutas frescas.

Cuando la chica salió, cerrando con suavidad la puerta, Moriarty y Bastianne se miraron... y rompieron a reír a carcajadas.

—¡Señores Watson! —dijo ella, secándose una lágrima.

—¿Acaso no lo somos? —repuso él, aún sonriente.

—Bueno, al menos en parte. De eso no hay duda.

Desayunaron sin prisas. Ella untaba pan con mantequilla, él removía el té sin probarlo. Porque Moriarty no estaba del todo presente. Miraba por la ventana con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Bastianne.

—Nada, querida. Solo pensaba.

—¿En Holmes?

Hubo un silencio breve. Luego, una inclinación de cabeza.

—En efecto.

—¿Y por qué no pasamos a verlo? ¿Acaso tenemos algo mejor que hacer?

Moriarty la miró con ternura.

—Querida, tus ideas son cada día más brillantes. ¿Cómo habría de negarme?

Se levantó despacio, tomó su bastón y, con la elegancia sin prisa de los hombres que dominan el mundo, se dispuso a salir a la calle.

Una hora más tarde se hallaban en un discreto piso franco (una "habitación de alquiler" en los registros municipales, pero en realidad un escondite meticulosamente preparado), cuyo balcón trasero daba, en la distancia, al falso 221B donde vivía Sherlock Holmes. Era un cuarto estrecho, con apenas un par de sillas, una mesa plegable y una larga cortina oscura que evitaba que la silueta del observador se recortase contra el cristal.

Moriarty, de pie junto a la barandilla, observaba con unos largos prismáticos de latón pulido, montados sobre trípode. Eran de fabricación alemana, óptica de precisión, con el acabado en cuero negro y lentes cuidadosamente calibradas.

A su lado, Stephen Clay (recién cumplidos los trece) se mantenía erguido, concentrado en su papel de joven espía.

—Sherlock Holmes puso a prueba a un quinto y un sexto Watson —dijo el niño, sin apartar la vista del cuaderno donde anotaba observaciones—. Pero tras el último de ellos, dejó de poner anuncios en los periódicos.

—¿Ya no busca compañía? ¿Ya no necesita una muleta en la que apoyarse? —murmuró el Napoleón del crimen, con ese tono cínico que usaba en ocasiones—. No lo creo. Holmes necesita un Watson tanto como a un Moriarty.

—Creo que ya lo ha encontrado —intervino Bastianne, sentada junto a la ventana con una copa de jerez en la mano—. Por eso ha dejado de buscar.

Moriarty no respondió. Ajustó los prismáticos con un leve giro de muñeca y observó. En ese momento, Holmes salía a la calle, cogido del brazo de Mary-Belle Shore. Ella vestía un abrigo azul marino con

cuello de terciopelo y llevaba un libro en la otra mano (¡*Estudio en escarlata*, nada menos!). Él caminaba con calma, el sombrero ligeramente ladeado, y una leve inclinación del cuerpo hacia ella. No hablaban. No hacía falta.

—Ella se mudó a su casa hace dos semanas —informó Stephen.

Moriarty bajó los prismáticos y asintió, casi con admiración.

—Ya veo... Ahora tiene a su señora Hudson y a su Watson en un solo ser. No podría imaginar solución más perfecta.

El Napoleón del crimen observó a la pareja alejarse, admirado. Fascinado, incluso. Se fijó en cada detalle: la forma en que Holmes giraba la cabeza al hablar a la joven, cómo Mary-Belle apretaba suavemente su brazo al cruzar la calle, la sincronicidad callada de quienes han aprendido a caminar juntos.

—Ellos, a su manera, también han dado un gran golpe —dijo al fin —. Y vuelven con su propio botín de piedras preciosas.

—Buscas demasiados paralelismos entre Holmes y tú —replicó Bastianne, sin levantar la vista de su copa.

—¡Bah! Déjame. Me encanta buscarlos, encontrarlos, imaginarlos: son puentes secretos entre nosotros. Hacen que todo sea más ameno, más trágico, más...

Pero entonces, Holmes se volvió de pronto. Se detuvo un segundo y miró en dirección al balcón. Y Moriarty calló abruptamente. Dio un paso atrás y cerró con suavidad la cortina.

—¿Puede vernos? —preguntó a Stephen Clay.

—Hice la prueba —respondió el muchacho, con tono seguro—. Me coloqué delante de la casa mientras uno de tus hombres montaba el trípode. Es imposible reconocer un cuerpo, y menos un rostro, a esta distancia, pero...

—¿Pero?

—Puede verse un reflejo. La lente brilla con la luz del sol.

—Eso le basta y le sobra a Holmes para sospechar.

Moriarty chasqueó la lengua, pensativo.

—¡Vámonos! Si Egan aparece de nuevo en escena, sospecho que será menos amable que la última vez.

Stephen alzó el mentón y explicó:

—El inspector Egan fue expulsado del cuerpo. Aunque las autoridades comprendieron que intentaba salvar a su prometida, lo cierto es que permitió escapar a un asesino, retuvo a un civil a punta de pistola y, según la ley, eso basta para darle la baja inmediata. Tuvo suerte de no ir a juicio. Regresó a Gales, con su familia. Mandé a un par de tipos a comprobar que sigue allí. Se ha llevado a la señorita Delacroix con él. Creo que ya no quiere meterse en líos.

Moriarty revolvió el cabello de Stephen casi con ternura. Siempre se había vanagloriado de no valorar demasiado la vida humana… bueno, una sí: la suya. Pero ahora valoraba dos, pues amaba (a su manera) a Bastianne. Y acaso tres contando a aquel diablillo. Sufriría enormemente el día que tuviera que sacrificarlos para salvar el pellejo.

—Maravilloso —dijo—. Lo tienes todo estudiado. Lo has hecho magníficamente. Te estás convirtiendo en alguien imprescindible... y aún eres un crío. Un crío brillante. Bien hecho. Muy bien hecho.

Stephen se puso rojo de emoción. Bastianne le cogió de la mano. Se guiñaron un ojo. Ahora, más que nunca, eran una familia… o acaso una banda de delincuentes, como prefería llamarlos Moriarty. O ambas cosas.

Bajaron a la calle por la escalera de servicio. Nadie los vio. Salieron por una puerta trasera, discreta, que daba a un callejón estrecho bordeado por fachadas de ladrillo.

Y se fueron en dirección contraria a aquella por la que habían visto alejarse a Holmes.

—¿Y ahora? —preguntó Bastianne, mientras ajustaba su sombrero frente a una vitrina.

—Ahora —respondió Moriarty—, nos tomaremos unas vacaciones. Los tres.

—¿A dónde? —saltó Stephen, ansioso.

—Yo voto por Montreux —dijo Bastianne—. Aire limpio, vistas al lago Lemán y ni un solo inspector de Scotland Yard en más de quinientos kilómetros a la redonda.

—Eso suena como música para mis oídos —añadió Moriarty.

Stephen dio un par de saltos, entusiasmado. Caminaba al lado de Bastianne, hablándole en voz baja, quizás preguntando cosas sobre ese viaje que iban a emprender. "¿Montreux dónde se encuentra? ¿En Suiza? Nunca he estado en Suiza, bueno, nunca he estado más que en esta vieja ciudad de Londres".

Moriarty les contempló conversar animadamente. De pronto, se detuvo.

Giró apenas el rostro y miró hacia el punto distante donde sabía que estaba el falso 221B. El viento le movió el abrigo. El momento duró exactamente dos segundos, pero fueron dos segundos de dicha plena.

—Hasta pronto, querido enemigo —murmuró.

No lo dijo con sorna. Ni como amenaza. Lo dijo con gratitud.

Extrañamente satisfecho, se unió a su familia, a su banda, y se alejaron juntos por una ciudad que, más que nunca, parecía pertenecerles.

FIN

El próximo caso de esta saga se llamará

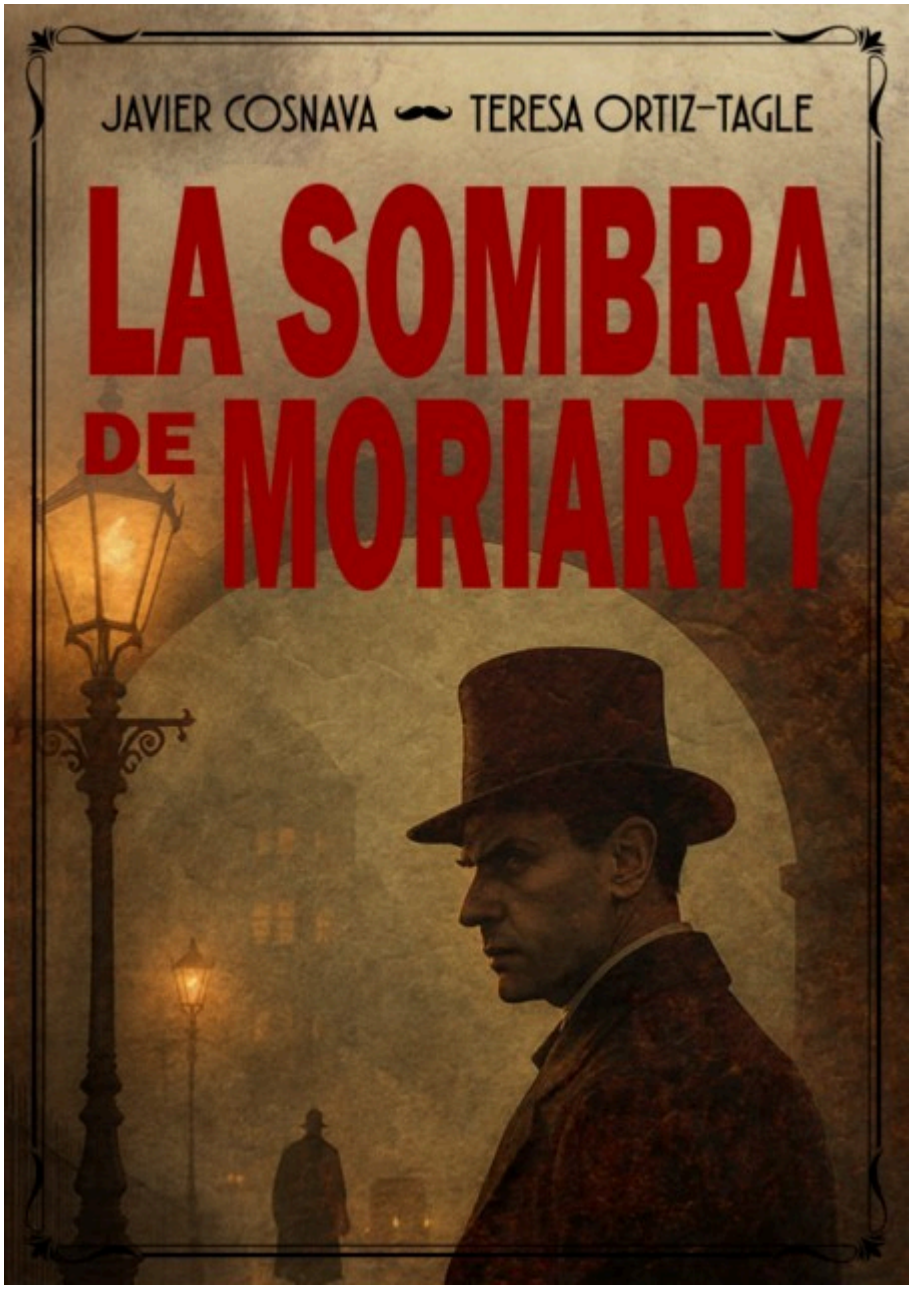
“LA SOMBRA DE MORIARTY”

En el Londres de 1932, un caso imposible pone a prueba la mente de Sherlock Holmes como nunca antes.

La sombra de Moriarty se cierne de nuevo, pero esta vez no le será tan fácil lograr sus objetivos.

Un duelo legendario, un misterio oscuro e indescifrable… y una oportunidad para Holmes para desquitarse ante su mayor enemigo.

(Los casos del falso Sherlock Holmes nº 2)



YA A LA VENTA

(Nota: la preventa ayuda a posicionar el libro entre los más vendidos cuando es publicado y

a que las ventas se mantengan en el tiempo. Al comprarlo en preventa, en oferta y a bajo precio ayudas a que salga a cuenta seguir escribiendo libros de esta saga. GRACIAS)

NOTA FINAL

(No leas lo que sigue hasta terminar la novela pues podrían revelarse pistas sobre el culpable o culpables.)

Por Teresa Ortiz-Tagle y Javier Cosnava

A lo largo de las últimas décadas, diversos autores y creadores han imaginado a Sherlock Holmes en épocas muy distintas a la suya. El detective ha aparecido, sin demasiadas explicaciones, en el Londres contemporáneo de la serie *Sherlock* (BBC, 2010), en el Nueva York del siglo XXI en *Elementary* (CBS, 2012), e incluso ha protagonizado aventuras futuristas en *Sherlock Holmes in the 22nd Century* (1999), ambientada, como es lógico, en el siglo XXII. Y hay muchos otros ejemplos.

En todas estas versiones, Holmes simplemente está allí, como si siempre hubiera existido en ese tiempo alternativo, como si no necesitase una justificación.

Nosotros quisimos hacer algo diferente.

Queríamos que nuestro Holmes apareciese en otra época, sí, pero con una razón. Con una explicación y un porqué. En nuestro mundo, las obras de Arthur Conan Doyle existen, son conocidas, se citan. El nombre de Sherlock Holmes no es una presencia mítica ni un secreto de iniciados: es el de un personaje literario famoso, del que se han hecho libros, pastiches y adaptaciones. Así que, si alguien dice ser Holmes en este mundo, hay consecuencias, dudas que no pueden ignorarse.

Si el lector desea una explicación somera sobre el origen de este Holmes (quién es, qué lugar ocupa en un mundo que le mira con suspicacia), puede encontrarla en la novela *Yo no soy Sherlock Holmes*, sexta entrega de una saga policial distinta, centrada en la vida y las novelas de Agatha Christie. Ese libro funciona como una especie de precuela difusa: no revela todo, pero deja suficientes migas para que los lectores más atentos se hagan una idea bastante aproximada del trasfondo que se esconde tras nuestro Sherlock.

La identidad de nuestro Holmes (falso o acaso verdadero, según quiera verlo cada lector) se irá desvelando poco a poco con más detalle a lo largo de estos nuevos libros.

Dicho esto, queremos dejar claro que esa cuestión (su identidad) no es esencial para disfrutar de nuestras historias. La saga del falso Sherlock Holmes estará compuesta por novelas cortas, cada una

dedicada a un caso (o, como máximo, dos), y no exige haber leído los otros libros ni seguir un orden estricto. Si hay una mitología de fondo, estará allí para quien quiera buscarla, pero no será un requisito.

Este primer libro ha sido una excepción. Más largo, con tres tramas entrelazadas, funciona como carta de presentación: una introducción a los personajes, sus métodos, sus tensiones internas.

A partir de aquí, las historias serán más contenidas, más centradas en el enigma y su resolución (o eso creemos, porque luego los personajes hacen un poco lo que quieren).

Esperamos, en suma, que las disfrutéis. Nosotros hemos disfrutado mucho creando este misterio.

Un abrazo,

Cosnava & Ortiz-Tagle
Asturias, junio de 2025

P.D. Ah, y para los que se lo pregunten: el caso del escultor mudo de Hammersmith no es una invención. Ya está escrito y formará parte de una próxima recopilación de cuentos cortos holmesianos. Muy pronto.

APÉNDICE

(Antes de continuar: Lo que sigue es una inmersión en la mente de Holmes y sobre cómo cifró sus "automatismos" en una pared del falso 221B. Solo para lectores con paciencia y gusto por los desafíos matemáticos. Es un texto algo árido. Estás advertido. Puedes pasar página hacia las biografías de los autores y demás si no te interesa.)

Cómo hizo Holmes su mensaje cifrado

En cada historia de esta saga, siempre que sea pertinente, colocaremos un apéndice con la resolución de un misterio complejo, o de una pista, ampliando algo que en la novela no se pudo hacer por razones de ritmo narrativo o concisión.

Vamos, pues, a explicar en detalle cómo creó Holmes el mensaje cifrado que escribe en la pared de su habitación de los recortes.

A. EL LIBRO CLAVE

Holmes extrae del *Bradshaw's Monthly Railway Guide* la "clave alfabeto": recorre la primera página, anota cada letra nueva que aparece y, cuando ha reunido 26, la usa como alfabeto sustitutorio.

Encabezado del libro, edición marzo de 1931

BRADSHAW'S MONTHLY RAILWAY GUIDE

For Every Station, Junction, and Hotel in Great Britain & Ireland

LIST OF RAILWAY COMPANIES ("BIG FOUR").

GWR Great Western Railway LMS London, Midland & Scottish

LNER London & North Eastern SR Southern Railway

Principal Office: 236 Strand, London W.C.2.

Symbols: † Fast or Limited **Express** · ‡ Restaurant-Car Attached · § Sleeper Service · ¶ Luggage in Advance.

KEY TO FARES AND ROUTES.

All Enquiries respecting this Guide should be addressed to the Principal Office.

Issue No. 1 427 · MARCH 1931 · Price Two Shillings & Sixpence

B- LA CLAVE BÁSICA

¿Cómo obtuvo Holmes su alfabeto clave?

Avanza por la página línea a línea; cada vez que aparece una letra que todavía no ha salido, la anota y sigue adelante. Así reunió las 26 en este orden:

Primeras apariciones de cada letra (orden de lectura)

N.º	Letra	Primera palabra donde aparece
1	**B**	**B**radshaw's
2	**R**	B**r**adshaw's
3	**A**	Br**a**dshaw's
4	**D**	Bra**d**shaw's
5	**S**	Brad**s**haw's
6	**H**	Brads**h**aw's
7	**W**	Bradsha**w**'s
8	**M**	**M**onthly
9	**O**	M**o**nthly
10	**N**	Mo**n**thly
11	**T**	Mon**t**hly
12	**L**	Month**l**y
13	**Y**	Monthl**y**
14	**I**	Gu**i**de
15	**G**	**G**uide
16	**U**	G**u**ide
17	**E**	Guid**e**
18	**F**	**F**or

N.º	Letra	Primera palabra donde aparece
19	**V**	E**v**ery
20	**J**	**J**unction
21	**C**	**C**ompanies
22	**P**	**P**rincipal
23	**X**	E**x**press
24	**K**	**K**ey
25	**Q**	**Enq**uiries
26	**Z**	**S**ixpence (en la palabra sixpence, la "s" inicial acaba leyéndose "z" en la tipografía de Holmes) por dos razones: 1- Las prensas antiguas acumulaban tinta. Décadas atrás, la "s" inicial de sixpence no se habría compuesto con la "s" moderna, sino con una "s" alargada de estilo antiguo, parecida a una "f" sin la barra horizontal completa. Cuando la tinta se emborronaba, esa "s" alargada se cerraba por arriba y abajo… y terminaba pareciendo una "z". un detalle que Holmes conoce y recuerda (aunque las prensas de 1931 ya no cometían ese error), convirtiendo esa "s" en "z" y en la vigésima sexta pieza de su alfabeto. 2- Para aumentar la complejidad para cualquier descifrador. La "z" no figura en la página; por tanto, el descifrador casual deducirá un alfabeto de 26 símbolos con el último erróneo (o faltante) y el cifrado resultará incoherente. Sólo quien sepa de historia tipográfica advertirá que esa "zeta fantasma" está ahí.

Alfabeto resultante:

B R A D S H W M O N T L Y I G U E F V J C P X K Q Z

Con esa tira de 26 letras, Holmes cifró su mensaje sustituyendo A→B, B→R, C→A, etc.

El refinamiento posterior (sumar los párrafos de cada página) vino después.

C- LA PRIMERA SUSTITUCIÓN

Holmes aplica un simple reemplazo letra por letra al mensaje original, que era:

"Desconfío de Watson. ¿Por qué, cuando nos conocimos, llevaba en su maleta (a la vista) su cinturón de militar si va de civil? Lo exhibe para reforzar el personaje, para que creamos en sus palabras. ¿Por qué necesita tal cosa?"

Veamos la primera palabra. Agrupa las letras en grupos de cinco escritos con tiza sobre el muro.

Ignora los acentos, así que trata la "Í" como "I". Esto le deja con las letras D, E, S, C, O, N, F, I, O… para mapear.

Para cifrar una palabra, toma cada letra del texto, busca su posición en el alfabeto normal y escribe la letra situada en la misma posición dentro del alfabeto cifrado.

Letra	**Letra cifrada**
D	**D**
E	**S**
S	**V**
C	**A**
O	**G**
N	**I**
F	**H**
I(í)	**O**
O	**G**

Así, DESCONFIO se convierte en DSVAG IHOG
A partir de ahí, prosigue, palabra a palabra, en grupos de 5 letras.

D- EL DESPLAZAMIENTO

Para evitar que Moriarty (que Holmes sospechaba ya que podría estar disfrazado de Watson) descubra la clave, decide añadir una segunda capa de complejidad.

La idea es desplazar cada letra ya obtenida por el número de párrafos en las páginas del *Bradshaw*. Por ejemplo, si en la página 1 hay 3 párrafos completos, la letra 'D' se desplaza 3 lugares y se convierte en 'G'.

Hay 178 letras, luego hay que contar los párrafos completos en las 178 primeras páginas. Cada letra del texto cifrado original se adelanta en el alfabeto tantas posiciones como párrafos completos contenga la página que corresponda del *Bradshaw's Monthly Railway Guide* (marzo 1931).

Páginas y párrafos completos en cada página.

Páginas 1 10	1 :3 2 :5 3:4 4:3 5:2 6:6 7:3 8:5 9:4 10:3
Páginas 11 20	11:2 12:6 13:3 14:5 15:4 16:3 17:2 18:6 19:3 20:5
Páginas 21 30	21:4 22:3 23:2 24:6 25:3 26:5 27:4 28:3 29:2 30:6
Páginas 31 40	31:3 32:5 33:4 34:3 35:2 36:6 37:3 38:5 39:4 40:3
Páginas 41 50	41:2 42:6 43:3 44:5 45:4 46:3 47:2 48:6 49:3 50:5
Páginas 51 60	51:4 52:3 53:2 54:6 55:3 56:5 57:4 58:3 59:2 60:6
Páginas 61 70	61:3 62:5 63:4 64:3 65:2 66:6 67:3 68:5 69:4 70:3
Páginas 71 80	71:2 72:6 73:3 74:5 75:4 76:3 77:2 78:6 79:3 80:5

| Páginas 81 90 | 81:4 82:3 83:2 84:6 85:3 86:5 87:4 88:3 89:2 90:6 |

|Páginas 91 100| 91:3 92:5 93:4 94:3 95:2 96:6 97:3 98:5 99:4 100:3 |

| Páginas 101 110 | 101:2 102:6 103:3 104:5 105:4 106:3 107:2 108:6 109:3 110:5 |

| Páginas 111 120 | 111:4 112:3 113:2 114:6 115:3 116:5 117:4 118:3 119:2 120:6 |

| Páginas 121 130 | 121:3 122:5 123:4 124:3 125:2 126:6 127:3 128:5 129:4 130:3 |

| Páginas 131 140 | 131:2 132:6 133:3 134:5 135:4 136:3 137:2 138:6 139:3 140:5 |

| Páginas 141 150 | 141:4 142:3 143:2 144:6 145:3 146:5 147:4 148:3 149:2 150:6 |

| Páginas 151 160 | 151:3 152:5 153:4 154:3 155:2 156:6 157:3 158:5 159:4 160:3 |

| Páginas 161 170 | 161:2 162:6 163:3 164:5 165:4 166:3 167:2 168:6 169:3 170:5 |

| Páginas 171 178 | 171:4 172:3 173:2 174:6 175:3 176:5 177:4 178:3 |

(Cada número indica--- página : párrafos completos)

Mensaje recifrado que Holmes deja en la pared:

GXZDI OKTKG UDEOZ JKAJK IFUGF
GMGIO JAEJK MDTCJ XROXT ETHVN
ZFAHO XNEDR EUSYL HYHER KPFKK
LCLFE FGIJV DSOQP EKZRR HGXER
RUOQK ONYSG YEHHI XLJHP EKWOW
YIAKL DTVZF IDKFX EIUHV NZFXA
EQFUH HYZKI GIVNW DUBRO FMDRD LZE

Cualquiera que desee descifrar el código debe saber el libro usado para codificar, tener la tabla de párrafos a mano (o memorizada como Holmes) y conocer el uso en forma de clave que se ha dado a la primera página.

Para cualquiera sin todas estas piezas, el muro no muestra más que una ristra de bloques indescifrables de 5 letras cada uno. Ni siquiera Moriarty podría resolver un enigma semejante.

Cabe añadir que la edición del Bradshaw es inventada (aunque basada en la edición real y en el estilo de estas publicaciones) y que los autores no son matemáticos ni expertos en claves, por lo que animamos al lector a encontrar errores y hacérnoslos saber. Será un pasatiempo muy sano y muy "holmesiano".

Os invitamos a hacerlo y os emplazamos para la siguiente novela.

SAGA HOLMES

1 EN BUSCA DE WATSON

2 LA SOMBRA DE MORIARTY

En el Londres de 1932, un caso imposible pone a prueba la mente de Sherlock Holmes como nunca antes.

La sombra de Moriarty se cierne de nuevo, pero esta vez no le será tan fácil lograr sus objetivos.

Un duelo legendario, un misterio oscuro e indescifrable… y una oportunidad para Holmes para desquitarse ante su mayor enemigo.

SAGA AGATHA CHRISTIE

(Los casos de Héracles y Agatha)

1 YO NO SOY HÉRCULES POIROT
2 YO NO SOY AGATHA
3 AGATHA EN EL ORIENT EXPRESS
4 ELLA QUIERE MATARME
(El primer caso de la verdadera Miss Marple)
5 AGATHA SE CITA CON LA MUERTE
6. YO NO SOY SHERLOCK HOLMES
(La verdadera Miss Marple nº2)
7. AGATHA EN EL NILO
8. DOS CADÁVERES EN LA BIBLIOTECA
(La verdadera Miss Marple nº3)
9. AGATHA ANUNCIA UN ASESINATO

TERESA ORTIZ-TAGLE

Es una autora asturiana cuyas obras se centran en descubrir mujeres a lo largo de la historia, heroínas que realizaron grandes gestas y han sido olvidadas con el paso del tiempo.

Ha publicado en la editorial Grijalbo (Penguin Random House) la novela "La espía roja" bajo el pseudónimo de Sofía Dealma.

También es autora de novelas policiales junto a Javier Cosnava.

Muchas de sus novelas se han situado entre las más vendidas en Amazon.

Destacan entre sus obras:

- LOS CASOS DE AGATHA Y HERACLES:

UNA SAGA DE NOVELAS ESCRITAS AL MÁS PURO ESTILO AGATHA CHRISTIE.

Un maravilloso homenaje a las novelas de misterio con personajes complejos y pistas que debe desvelar el lector

Una saga inspirada en las pesquisas del oficial británico Michael Clapp, que ha investigado una reunión que tuvo lugar en 1914 en casa de su abuela, Alice Graham Clapp, y donde una joven llamada Agatha Christie conoció a un grupo numeroso de refugiados belgas.

Uno de ellos, un gendarme retirado, pudo haber sido el punto de partida para crear años después a Hércules Poirot.

En esta saga podrás conocer la vida y la obra de Agatha Christie.

-MUJERES DE AL-ANDALUS:

Fátima y Asunta, abuela y nieta, buscarán un enigma increíble que las llevará hasta los confines del Islam y los reinos cristianos. Una obra que lleva ya varios meses entre las más vendidas en novela histórica en español en Amazon.com.

-LA DAMA DEL AMAZONAS:

Aventuras, acción, misterio y una mujer que luchó hasta más allá de cualquier límite. La más grande historia de amor del siglo XVIII. Y tal vez la más grande de todos los tiempos

- LAS INDOMABLES.

Una novela adulta, apasionante, que mezcla acción, aventuras y una historia de amistad inquebrantable.

SI QUIERES LEER MÁS NOVELAS DE TERESA ORTIZ-TAGLE,
DESCÁRGALAS AQUI

JAVIER COSNAVA

Es un escritor y guionista residente en Oviedo.

Ha publicado 30 obras en papel entre novelas, ensayos y cómic, en España y Francia, y en editoriales tan prestigiosas como Dolmen, Suma de Letras (Penguin Random House) o, en Francia, Sarbacane (Flammarion)

Ha ganado 37 premios literarios, destacando el Ciudad de Palma, el Serra i Moret de la Generalitat de Cataluña y el premio Haxtur del Festival del Principado de Asturias.

Autor prolífico, publica con varios pseudónimos en formato digital y sus obras superan ya los dos millones de descargas.

Destacan entre sus obras:

2ª GUERRA MUNDIAL SERIE

1- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, LA NOVELA (1939-1941)

La ficción histórica que nos muestra no solo las batallas sino la vida privada de Hitler y de sus generales, los enfrentamientos entre sus esposas o las luchas de poder dentro del propio partido nazi.

2- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, Barbarroja y el Norte de África

Continúa la novelización del conflicto militar más importante de todos los tiempos

3- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, Stalingrado y El Alamein

Llega el momento exacto en que la Alemania de Hitler perdió la segunda guerra mundial.

4- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, La Caída de Berlín

Alemania ha perdido ya la guerra, aunque nadie se atreve a decírselo al Führer.

ASESINATO EN MAUTHAUSEN

Una novela que no olvidarás fácilmente, que te llegará al corazón y te hará reflexionar sobre la condición humana.

Un policial que se desarrolla en el famoso campo de concentración de Mauthausen y en sus aledaños, durante los años de la eliminación de deficientes mentales (Aktion T4).

¿QUIÉN ESTÁ ASESINANDO A LOS GUARDIAS DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN?

Esa es la pregunta que deberán resolver los investigadores, los dos hermanos Weilern. Pero ni en la peor de sus pesadillas podrían imaginar el horror que van a encontrarse.

SI QUIERES LEER MÁS NOVELAS DE COSNAVA,
DESCÁRGALAS AQUÍ